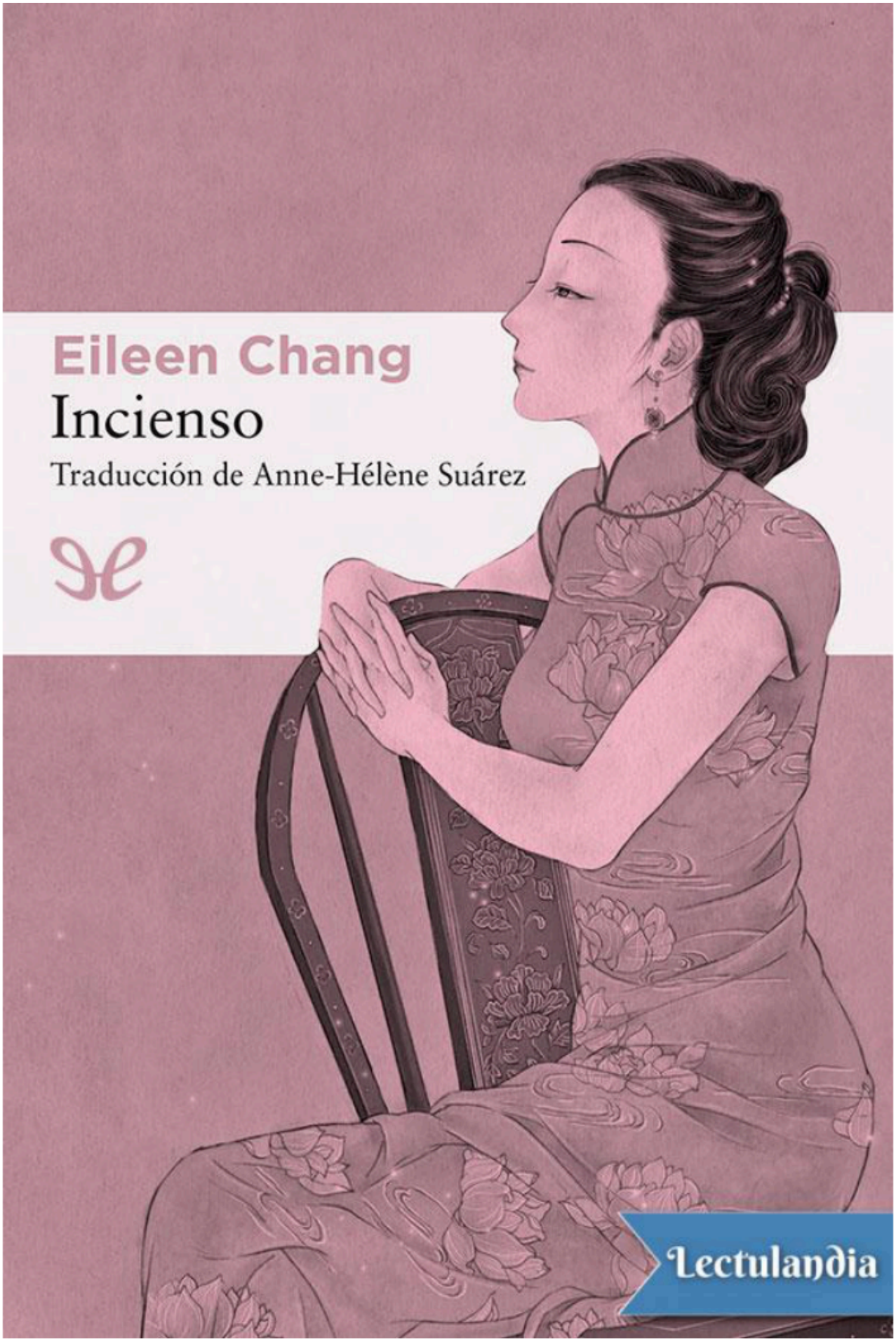
Eileen Chang

Incienso

Traducción de Anne-Hélène Suárez



Lectulandia

Cuando Ge Weilong se presenta inesperadamente en casa de su tía, la señora Liang, para pedirle que la acoja y así poder proseguir con sus estudios en Hong Kong, no se imagina hasta qué punto ese encuentro cambiará su vida. La señora Liang le abrirá las puertas a un ambiente mundano, regido por la suntuosidad y la hipocresía, y Weilong tendrá que decidir si quiere formar parte de él. Así arranca la primera de las dos novelas cortas que contiene este volumen: un retrato espléndido de la decadente China colonial. Dos historias que, como apunta la narradora, se leen en el tiempo que tarda en arder un puñado de incienso.

Eileen Chang

Incienso

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2020

Título original: *Chenxiang xie diyi luxiang / Chenxiang xie dier luxiang*
Eileen Chang, 1943
Traducción: Anne-Hélène Suárez
Con la colaboración de: Qu Xianghong

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Primer incensario

Busque, por favor, en su casa, un incensario de familia, de bronce jaspeado de cardenillo, llénelo de virutas de agar, enciéndalo y escúcheme contarle una historia del Hong Kong de antes de la guerra. Cuando el incienso haya acabado de arder, mi historia también habrá terminado.

Al principio de la historia, Ge Weilong, una joven shanghaiana normal y corriente, se encontraba en la veranda de una gran mansión situada en la falda de una montaña; tenía la mirada perdida a lo lejos, hacia el jardín. Llevaba ya dos años en Hong Kong, pero los lujosos barrios residenciales de las laderas seguían resultándole bastante insólitos. Era la primera vez que iba a casa de su tía. El jardín no era más que un rectángulo de césped rodeado de un murete de mármol blanco con diseño de esvásticas [1], más allá del cual se extendía el monte agreste. El jardín parecía una bandeja de laca dorada suspendida en el aire, en medio de las montañas. También tenía una hilera de arbustos perennes impecablemente podados y, espaciados, un par de macizos de espléndidas rosas inglesas, todo ello cuidadosamente dispuesto en perfecto orden, como la pálida pintura detallista de una bandeja de laca. En una esquina del césped, una diminuta azalea estaba en plena eclosión, con flores de un rosa levemente dorado, un luminoso tono camarón. De muros adentro, la primavera holgazaneaba; pero «la menor chispa puede incendiar la pradera», y la primavera del jardín se había propagado de muros afuera cual reguero de pólvora, abrasándolo todo monte abajo con azaleas silvestres de un rojo resplandeciente. Más allá de las azaleas se extendía el mar, de un azul intenso, donde fondeaban grandes navíos blancos. Aquí no solo los fuertes contrastes cromáticos daban al espectador una vertiginosa sensación de irrealidad; los contrastes estaban por todas partes: todo tipo de ambientes de lugares y épocas dispares componían una forzada amalgama que creaba una especie de territorio extraño e ilusorio.

La casa blanca en la falda del monte poseía una forma aerodinámica y una estructura geométrica como las de las salas de cine más modernas; en cambio, la cubría un tejado a la antigua usanza, de tejas esmaltadas en color esmeralda. Los cristales de las ventanas también eran verdes, con marcos de un amarillo crema ribeteados en rojo y unas rejas ornamentales de hierro pintadas a juego. Una espaciosa veranda con suelo de ladrillo rojo rodeaba la casa; sus imponentes columnas de piedra blanca, de unos ocho metros de altura, recordaban a las antiguas mansiones sureñas de Estados Unidos. Bajo el porche, una puerta acristalada daba a un salón con decoración cubista al estilo occidental, aunque adornado con esos objetos chinos de un *buen gusto* tan común: en la repisa de la chimenea se alineaban tabaqueras de jade verde esmeralda y una escultura en marfil de la diosa Guanyin; delante del sofá se abría un pequeño biombo de bambú moteado. Sin embargo, el poco sabor oriental allí presente estaba claramente destinado a los amigos extranjeros. Si los ingleses venían de tan lejos para visitar China, qué menos que darles algo chino que ver. Pero la China de allí era la del imaginario occidental: extravagante, exquisita, grotesca.

Ge Weilong atisbó su propio reflejo en la puerta acristalada: ella también formaba parte del color local propio de las colonias, con su uniforme de alumna del instituto Nanying, compuesto de una túnica de percal azul turquesa hasta las rodillas y, por debajo, un pantalón estrecho como los que se llevaban en las postrimerías de la dinastía manchú de Qing. Vestir a las estudiantes al estilo de la antigua cortesana Sai Jinhua había sido una de las muchas medidas tomadas por las autoridades de Hong Kong para agradar a los visitantes occidentales. Aun así, a Weilong, como a las demás jóvenes, le gustaba ir a la moda, y llevaba un chaleco corto de punto por debajo del cual sobresalía gran parte de la túnica, lo cual resultaba todavía más disparatado.

Frente a la puerta acristalada, Weilong se alisó la ropa, se atusó el pelo. Tenía la cara pequeña y aniñada, sin relieve pero bonita; ahora este tipo de rostro en forma de borla de plumón ha quedado anticuado. Sus ojos gráciles, con un delicado pliegue en los párpados, se alargaban hasta las sienes. La nariz era fina; la boca, pequeña y carnosa. Quizá su fisionomía pudiera resultar un tanto inexpresiva, pero precisamente ese aire reservado la dotaba de una dulzura y una gentileza que recordaban a la China antigua. Había lamentado tener la tez tan blanca, y deseado de todo corazón broncearse para corresponder al canon de belleza saludable de los tiempos modernos, pero al llegar a Hong Kong se fijó en que la mayor parte de las bellas cantonesas tenían la tez aceitunada. Y en el instituto Nanying, como lo excepcional era valioso, no faltaba quien admirara la blancura de su piel; incluso alguien había emitido este juicio: si las bellezas del sudeste, de mirada profunda y pómulos altos, eran chuletitas de cerdo caramelizadas, las

shanghaianas eran suaves filetes de panceta empanada y cocida al vapor. Mientras Weilong se contemplaba, esa impertinencia regresó a su memoria. Se volvió, con las cejas fruncidas, y se apoyó de espaldas a la puerta acristalada.

En casa de su tía, las doncellas y sirvientas parecían adecuarse todas ellas al personaje de criada bonita y pizpireta, de la categoría «chuletita de cerdo caramelizada»; calzadas con sandalias de madera, iban y venían por la veranda repiqueteando con las suelas. De repente, Ge Weilong oyó a una de ellas preguntar zalamera:

—Didi, ¿quién está en el salón?

—Creo que es una parienta de la joven señora —contestó Didi.

Por la voz, Didi debía de ser la que acababa de servirle el té, de cara ovalada y cintura cimbreante. Aunque llevaba, como las demás, una trenza en la espalda, un suave flequillo le caía sobre la frente. Weilong se extrañó: ¿a quién se refería el título de «joven señora»? No había oído decir que su tía tuviera un hijo, así que ¿de dónde saldría esa nuera? ¿O acaso se trataba de su propia tía? Desde que había pasado a ser la cuarta concubina de Liang Shiteng, un rico hombre de negocios cantonés, había roto las relaciones con su hermano, el padre de Weilong, y ya no se hablaban. Todo eso había ocurrido antes de que naciera Weilong, pero ella había oído hablar mucho, en casa, de su tía, que era dos años mayor que su padre y que, por lo tanto, tenía más de cincuenta años. Si las doncellas seguían llamándola «joven señora», sin duda llevaban muchos años a su servicio.

—¡Ya es raro que la joven señora salga tan temprano! —comentó Didi interrumpiendo sus cavilaciones.

—¡Hum! —exclamó la otra—. Seguro que es ese demonio de decimotercer señorito Qiao, que ha dicho que se la llevaba a Repulse Bay a darse un chapuzón.

—¡Ah, ya! Entonces ¡a saber a qué hora volverá! —exclamó Didi.

—¡Y que lo digas! —repuso la otra—. Después del chapuzón, se van al Lido a cenar y a bailar. Esta madrugada, ni había amanecido siquiera cuando me mandó traerle un vestido de noche y los zapatos plateados: quería llevárselos para cambiarse luego.

Didi lanzó una risita ahogada.

—¡Con la de estropicios que ha causado ese niñato Qiao! Yo creía que la joven señora habría desistido, pero ya veo que él, por muy listo que sea, ha acabado cayendo en sus manos.

—¡Ya está bien! —dijo la otra—. Déjate de cháchara, que hay gente.

—¡Pues le decimos que se vaya! No vamos a dejarla esperar para nada, que eso da mal karma —respondió Didi.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Dices que es de la familia de la joven señora? Pues yo creo que habrá venido a darle un sablazo, así que no hace falta andarse con tanta consideración.

Didi se quedó callada un buen rato.

—Aun así, más vale que le digamos que se vaya —dijo al fin, risueña, atiplando la voz—. En cualquier momento llegará el ruso que afina el piano.

La otra dio una palmada con una risa ahogada de gallina clueca:

—¡Tú lo que quieres es vaciar la sala para poder tontear con Alexander Alexándrovich! ¡Por eso ahora sales con sermones, haciéndote la niña buena que no quiere dejar que las visitas se queden plantadas! ¡Ya decía yo que había gato encerrado!

Didi la persiguió para golpearla. Se oyó una andanada de manotazos.

—¡El hombre noble recurre a la palabra, el villano recurre a la violencia! [2] —chilló la otra.

Didi lanzó a su vez una sarta de quejidos.

—¡El villano usará las manos, pero la que usa las pezuñas es la burra perdida! ¡Serás burra! ¡Hasta das coces de verdad!

Apenas había acabado la frase cuando una primorosa sandalia de laca roja con ramas de ciruelo doradas entró en vuelo directo por la puerta abierta y fue a dar de lleno en la rodilla de Weilong, que se dobló de dolor, frotándose la pierna. Cuando levantó la cabeza, vio a una doncella, morena pero bonita, cual gallo de combate con el espolón en alto, entrar a la pata coja, calzarse la sandalia y salir pavoneándose, con la cabeza bien alta y sin dirigirle ni una mirada.

Weilong no pudo evitar enfurecerse; entonces recordó el refrán: «Más vale ver al diablo que tratar con sus demonios: cuando cruza el umbral, todos se inclinan». Eso era lo que había que soportar cuando se venía a pedir algo. En vista de lo ocurrido, ese día no había nada que hacer, ¿para qué seguir allí, fastidiando a los demás? Por otra parte, habiendo venido a la montaña desde tan lejos, habiendo tenido que mentir para conseguir un permiso en el instituto… ¿Podría faltar un día más a clase? Además, nada garantizaba que su tía fuera a estar en casa al día siguiente, y el asunto que la había traído no era como

para llamar por teléfono para concertar una entrevista.

«Bueno, ¡pues me voy!», se dijo después de dudar un buen rato. Al salir por la puerta acristalada, vio justo enfrente a Didi apoyada en una de las columnas de piedra blanca, con una pernera del pantalón remangada, masajeándose la pantorrilla todavía enrojecida en la parte que había recibido las patadas. La morena se asomó al extremo de la veranda y se esfumó de inmediato.

—¡No huyas, Nini, que quiero ajustar cuentas contigo! —exclamó Didi.

—¡Ni que tuviera yo tiempo para tonterías! —respondió Nini entre carcajadas—. Si te gusta tanto enredar, espera al diablo ruso y enredas con él.

Didi la llamó deslenguada entre dientes, aunque sin poder reprimir la risa. Luego se volvió y vio a Weilong.

—¿No se queda?

—No, no me quedo —dijo Weilong sonriendo—. Ya vendré otro día. ¿Le importaría acompañarme al jardín para abrirme?

Cruzaron el césped hasta la pequeña verja de hierro forjado pintada de verde. Debido a la humedad del clima, en Hong Kong las mansiones de las familias ricas suelen edificarse sobre unos cimientos de piedra de una docena de metros, de ahí que, una vez cruzada la verja, hubiera que bajar una larga escalera de caracol para llegar a la carretera. Didi estaba tirando del pestillo cuando abajo sonaron varios bocinazos. Como surgida de la nada, Nini se deslizó entre Didi y Weilong y —¡clac, clac, clac!— bajó como una exhalación la escalera de piedra exclamando alborozada:

—¡La joven señora ha vuelto! ¡La joven señora ha vuelto!

—Pues vaya cosa —dijo Didi sarcástica, encogiendo los hombros—. Yo no pienso descalabrarme para llegar antes. Somos igual de esclavas la una que la otra, pero yo no me rebajo a esas vilezas —añadió antes de dar media vuelta y volverse por donde había venido.

Weilong se había quedado plantada junto a la verja, sin saber qué hacer. El jaleo armado por Nini la había dejado un tanto confundida. Sujetando la cancela, miró abajo: la portezuela del coche se abrió y salió una mujer joven, menuda y grácil, vestida a la occidental, de negro de pies a cabeza, con un sombrero de paja a juego y un velo verde en el cual había prendida una arañita de esmeraldas, del tamaño de una uña, que espejeaba al sol sobre su mejilla, ora destellante como una lágrima a punto de caer, ora opaca como un lunar. El velo de la dama, de un par de metros de longitud, la envolvía como un chal y flotaba sobre sus hombros. No se veía bien al conductor del coche, parecía un hombre joven; se asomó para despedirse, pero la dama irguió la cabeza y empezó a subir la escalera, donde Nini llevaba ya un rato esperando para darle la bienvenida.

—¿No sube el decimotercer joven señor Qiao a tomar una cerveza? —preguntó radiante.

—¿Quién tiene tiempo que perder con tonterías? —respondió la dama.

Al oír el tono contrariado de su señora, Nini dejó inmediatamente de sonreír y le cogió la maletita de mimbre.

—¡Estará cansada! ¡Qué temprano ha vuelto! —musitó.

La dama se volvió a mirar el coche, que ya se alejaba, y escupió al suelo con fuerza.

—¡Eso, vete de una vez! —increpó—. ¡Y ni se te ocurra volver! ¡Lo nuestro se acabó!

Viendo que estaba realmente furiosa, Nini ya no se atrevió a intervenir. La dama la miró un instante, inicialmente sin dignarse a desahogarse con ella, un tanto aturdida.

—No te lo vas a creer, Nini —dijo al fin con una sonrisa amarga—. Si ha venido con tanta prisa al amanecer, a proponerme ir a la playa, ha sido para usarme de tapadera. Lo que quería era invitar a Marlene Zhao, pero esas familias cantonesas son tan chapadas a la antigua que temía que el padre no le diera permiso; y claro: si había una mayor para vigilar, el tesorito de los Zhao tendría protección. ¡Y va y me confiesa sus intenciones!

Nini se apresuró a mostrar su indignación con un pataleo.

—¡Maldito sea ese Qiao! —exclamó.

La dama ni siquiera le prestó atención.

—He propiciado muchos encuentros galantes —dijo, recuperando el aliento tras una pausa—, pero ese Qiao tendría que habérmelo planteado con claridad, en lugar de tratar de engañarme. Que he tratado a muchos hombres y, cuando un hombre se fija en mí, no puede fijarse en otra. En cualquier caso, si lleva la opereta hasta la escena del noviazgo clandestino en el jardín de atrás, no seré yo quien haga de carabina. ¡Ni que fuera una comparsa! ¡Bastardo Qiao, por mucho que tu padre haya conseguido un título de *sir* lamiendo las botas a los ingleses, tu madre no deja de ser una ramera portuguesa salida de a saber dónde, alguna cajera de casino de Macao! ¡Serás granuja, mira que intentar embaucarme a mí, ni más ni menos!

Mientras iba desgranando agravios echó atrás el velo por encima del sombrero con un gesto enérgico y empezó a subir las escaleras. Weilong pudo por fin ver su rostro, ligeramente ajado al fin y al cabo: el maquillaje blanco traslucía una tez grisácea; el violeta oscuro de sus labios era el *Rouge mûre* que acababa de salir en París esa misma temporada. Aun así, Weilong reconoció sus ojos adormilados. En el álbum de su padre había un retrato familiar, todo amarillento pero cuidadosamente conservado, donde había visto esos mismos ojos. Su belleza se había marchitado, pero sus ojos habían quedado intactos. A Weilong el corazón le dio un vuelco y le ardieron las mejillas.

—Por muy listo que se crea ese Qiao —oyó decir a Nini, que seguía a su tía—, no le llega a usted ni a la suela de los zapatos. ¿De verdad se creía que usted lo acompañaría a buscar a la señorita Zhao?

Al oír estas palabras, la expresión de la dama resplandeció.

—¡No soy tan boba! Cuando estábamos en el coche y me dijo eso, le respondí: «¡Muy bien, vamos a buscarla! Pero que conste que ser tres puede quedar raro, mejor que busques a alguien más para que venga con nosotros». Dijo que sí, que de acuerdo, pero que prefería ir primero a buscar a Marlene y luego a otra persona, para evitar que al señor Zhao le pareciera sospechoso ver a dos parejas. Entonces le dije: «¿Para qué complicarnos la vida? Que se venga el señor Zhao con nosotros, ¿no es lo mejor? No sé nadar, él tampoco, así tendré compañía para tomar el sol en la playa». Qiao se quedó un buen rato sin decir ni mu, y al final contestó: «Dejémoslo. Mejor nos quedamos tú y yo solos, tranquilamente.» Dije: «¿Qué te pasa?», pero él siguió conduciendo, callado. Cuando vi que estábamos a punto de llegar a Repulse Bay, fingí una insolación, lo cual lo obligó a dar media vuelta y regresar sin parar ni un momento. Como estaba agotado y sudoroso, quiso detenerse a tomar un refresco, pero le dije que no; así, al menos, me he desquitado.

—¡Qué a gusto se habrá quedado, joven señora! —dijo Nini dando palmadas—, lo tiene dominado. Pero entonces, supongo que su invitación a la recepción de mañana queda anulada. ¿Hay que buscar a alguien para sustituirlo? Espero las órdenes de la joven señora.

La dama ladeó la cabeza.

—¿A quién puedo invitar? —dijo tras reflexionar un instante—. Los oficiales ingleses solo vienen por mis licores; pero tienen mal vino, en cuanto beben tres copas se ponen como cubas. Ah, por cierto, recuerda: que no vuelva a venir el teniente del ejército de tierra, que cuando se emborrachó estuvo persiguiendo a Didi por todas partes; ese hombre no tiene modales.

Nini iba asintiendo sin parar.

—¿Ha llamado *sir* Qiao Cheng? —preguntó la dama.

—No lo entiendo —contestó Nini con un gesto negativo de la cabeza—. Antes, cuando vivía el señor, los Qiao al completo, jóvenes y viejos, se pasaban el día llamando, intrigando en secreto para poner en apuros a la joven señora. Las doncellas vivíamos en vilo, temiendo que el señor se enfureciera si se enteraba. Y ahora que ya tienen vía libre, se vuelven altivos y arrogantes.

—¿Qué es lo que no entiendes? Son rastreros por naturaleza, y punto. Solo disfrutan haciendo las cosas a hurtadillas.

—Joven señora, debería usted buscar a un hombre adecuado y casarse —opinó Nini—. ¡Se morirían de envidia!

—¡Bah! ¡Otra vez con esas tonterías! —replicó la dama—. Te diré una cosa…

Llegó entonces a lo alto de las escaleras y, al descubrir la presencia de la desconocida junto a la verja, dejó la frase en suspenso.

Armándose de valor, Weilong dio un paso adelante y saludó a su tía. La señora Liang alzó la barbilla y la miró entornando los ojos.

—Tía, soy la hija de Ge Yukun —se presentó Weilong.

—¿Ha muerto? —le espetó entonces la señora Liang.

—Mi padre, afortunadamente, sigue con vida.

—Y ¿sabe que has venido a verme? —inquirió la señora Liang.

Al pronto, Weilong no supo qué responder.

—Por favor, vete cuanto antes. Si llega a enterarse, se armará una buena. No te conviene venir a mi casa, que puede estropear tu buena reputación.

—Comprendo que esté usted enfadada, tía —dijo Weilong sonriendo a modo de disculpa—. Llevamos ya tanto tiempo en Hong Kong, y ni siquiera hemos venido a presentarle a usted nuestros respetos, tía, ¡es imperdonable!

—¡Huy! ¡Así que has venido hasta aquí tan solo para presentarme tus respetos! Soy demasiado desconfiada. Y yo que pensaba que no vendríais a verme por nada, que seguro que tendríais algo que pedirme… Ya lo dije hace tiempo: el día en que Ge Yukun llegue al fin de su vida, yo pondré lo que haga

falta para pagarle un ataúd como está mandado. Ahora bien, mientras viva, ¡que ni se le pase por la cabeza pedirme un solo céntimo!

Tras ese ataque directo, Weilong, que era joven y vergonzosa, se vio incapaz de seguir con las cortesías. Su sonrisa, inicialmente radiante, se congeló en sus labios.

Junto a ella, Nini sintió cierta lástima al verla tan apurada.

—La señorita no ha tenido tiempo ni de abrir la boca —intervino sonriente—, ¿cómo sabe la joven señora que viene a pedirle dinero? Ya lo dice el proverbio: «Aquel a quien mordió una serpiente hace años se asusta hasta de las cuerdas». Hay algo que usted no sabe, señorita Ge: en esta casa, a lo largo de todo el año, van viniendo parientes y paisanos a dar el sablazo; la joven señora está ya escarmentada. No tenga prisa, señorita. Ya que ha venido de tan lejos a visitar a su tía, no se vaya sin haber conversado con ella en privado; siéntese en el salón mientras la joven señora descansa un poco. Vendré a avisarla cuando se sienta mejor, no se preocupe.

—¡Habrase visto una criada disculpándose en mi lugar! —dijo la señora Liang con una fría sonrisa—. ¡No te metas donde no te llaman! ¡A saber qué propina habrás recibido!

—¡Huy, ni que no hubiera visto yo dinero! Además, mire que la señorita no parece muy pudiente, ¡dudo que me ofreciera lo suficiente para comprarme!

El discurso partía de una buena intención, la de ayudarla, pero resultó hiriente para Weilong. Se esforzaba en sonreír, pero enrojeció y palideció sucesivamente, sin saber qué actitud adoptar. Nini se había aproximado a la señora Liang.

—Olvida usted siempre, joven señora, que el doctor Feng, del instituto de belleza, le aconsejó que no frunciera el ceño porque favorece las patas de gallo —al oírlo, la señora Liang recobró inmediatamente una expresión afable—. Y si se queda parada a pleno sol, ¡ojo con las pecas!

Mientras hablaba, Nini arrastró a la señora Liang a casa como un torbellino.

Weilong se quedó aturdida unos instantes bajo el sol. Las mejillas le ardían, y las lágrimas que por ellas rodaban le parecían heladas, de un frío que le laceraba el corazón. Las secó con el dorso de la mano y se encaminó con paso cansino hacia la veranda, para ir a sentarse en el salón.

«La reputación de mi tía no es intachable», pensaba. «Pero yo creía que era porque las malas lenguas se dedican a difamar a las viudas. Como Liang Jiteng era uno de los hombres más ricos de Hong Kong y mi tía era su favorita, le dejó muchísimo dinero, además de propiedades, así que hay muchos envidiosos que, lógicamente, hablan mal de ella. Pero por lo que he visto hoy, ¡resulta que es verdad! He venido para nada a ensuciarme en agua turbia; una chica como yo ni tirándose al río Amarillo podría lavar el honor familiar. Voy a tener que cancelar mis planes y replanteármelo todo; pero hay que ver lo que he tenido que soportar hoy, no puede decirse que haya valido la pena.»

Al recordar lo que acababa de pasar, no pudo evitar sentir de nuevo congoja.

Aunque procedente de una familia de clase media, a Weilong siempre la habían mimado, y nunca había recibido una reprimenda tan directa. Desconsolada, de pronto oyó confusamente una regañina en una habitación vecina. Una puerta se cerró de golpe, sonaron llantos, sollozos. Una joven criada entró al salón para recoger las tazas de té, seguida de otra, muy agitada, que tiró a la primera de la manga.

—¿Con quién se ha enfadado la joven señora? —preguntó.

—La que recibe es Didi —contestó la otra riendo—. ¿Por qué te asustas tanto?

—¿Cómo ha sido descubierta?

—Porque es una descuidada. Como la joven señora no conseguía invitar a *sir* Qiao Cheng, ha acabado comprendiendo que Didi se había citado varias veces con él fuera de casa. Él estaba encantado de que Didi saliera, así se evitaba tener que venir aquí para verse con ella a escondidas.

De sus cuchicheos, Weilong captó solo un tercio. Luego salieron, llevándose las tazas de té.

Weilong levantó la mirada y vio, encima del piano, un cactus a punto de florecer en una maceta azul zafiro. Sus gruesas hojas de un verde grisáceo asomaban en todas las direcciones cual nido de serpientes, que con los capullos rojos en la punta, parecía que dispararan sus lenguas. Detrás de la planta, la cortina se movió, y apareció Nini, toda risueña. Weilong se estremeció. Nini le hizo señas, y la joven la siguió por el pasillo.

—No ha tenido usted suerte viniendo justo cuando la joven señora está de malas —dijo Nini en voz baja —. Ya venía disgustada; y luego se encuentra con que, en su propia casa, una chica engreída incumple sus reglas. Y así, atacada por los dos lados, ha tratado injustamente a la señorita.

—¡No es para tanto, hermana! —contestó Weilong sonriendo—. ¿Qué injusticia he sufrido? Que una mayor se burle un poco de una joven es algo que puede pasar, más aún si es su tía, de su misma sangre. Incluso si me hubiera dado un par de manotazos, tampoco habría sido gran cosa.

—Es usted muy sensata, señorita —dijo Nini, antes de conducirla sin más demora a una minúscula biblioteca, arreglada en este caso al estilo chino tradicional, con las paredes blancas y el suelo cubierto de linóleo azurita, muebles de laca dorada, cojines y cortinas de damasco escarlata. Alguien de la edad de Weilong rara vez veía empleada esa seda a la antigua en otra cosa que en las colchas. En el suelo se erguía un jarrón cuadrado de *cloisonné* de más de medio metro de alto con un ramo de pequeños capullos blancos, que a primera vista podían parecer tuberosas, pero que alguien que hubiera vivido tiempo en el sur podía reconocer como flores de tabaco.

Después de muchas cavilaciones, Weilong pensó que puesto que había venido y para que el desplazamiento no fuera en vano, lo mejor era seguir el plan inicial, plantear su petición a su tía y que fuera ella la que decidiera. «Si me rechaza, puede que incluso sea para bien.» Esa idea la sosegó. Observó la estancia, que le pareció de un estilo común y, sin embargo, encantador. La señora Liang estaba sentada con abandono en una butaca de tijera de laca dorada, con una pierna encima del reposabrazos. Su chinela de tacón, de trenzado dorado, se columpiaba en la punta del pie, amenazando con caer al suelo —¡clac!— en cualquier momento. Se había quitado el sombrero y llevaba puesto un turbante de andar por casa, verde periquito. Weilong no pudo evitar preguntarse de qué color sería el cabello oculto bajo el turbante y si se lo teñía. Su tía no parecía haber advertido su presencia; con un paipay sobre el rostro, más bien parecía dormida.

Weilong vacilaba, dispuesta a irse, cuando brotó una palabra de entre los dientes de la señora Liang:

—¡Siéntate!

La señora Liang no añadió nada, esperando aparentemente que hablara su interlocutora. Weilong no tuvo más remedio que tomar la palabra en voz baja y tono humilde.

—Tía, es usted una persona de preclara lucidez, sería vano tratar de engañarla. Así que voy a decirle la verdad: hace dos años, debido a los rumores de guerra que corrían en Shanghai, vinimos toda la familia a refugiarnos en Hong Kong. Ingresé entonces en el instituto Nanying. Ahora, la vida es cada día más cara en Hong Kong, y los escasos ahorros de mi padre no podrán mantenernos aquí. Paralelamente, la situación en Shanghai ha ido mejorando y pensamos que es mejor regresar. Pero yo he estado reflexionando; aquí mis estudios van bien, y podré diplomarme el verano que viene; en cambio, si vuelvo a Shanghai, cambiaré de instituto y perderé un año. No obstante, si me quedara sola en Hong Kong, mis gastos de estancia serían un problema, y me temo que los de escolaridad no podría permitírmelos. No he hablado con nadie de lo que le estoy diciendo, ni siquiera a mis padres. No serviría de nada, más que para preocuparlos. Después de dar muchas vueltas a la cuestión, he pensado que lo mejor era venir a verla a usted, tía, para que me ayudara a encontrar una solución.

La señora Liang hacía girar sin parar el mango del paipay entre sus finas manos, arrojando a través de los pliegues de las hojas tenues rayos de sol que ondeaban sobre su rostro.

—Has pensado en todo, señorita —dijo—, pero no poniéndote en mi lugar. Aunque quisiera ayudarte, no podría hacerlo. En cuanto tu padre se enterara, me incriminaría por secuestrar a la hija de una familia respetable. ¿Quién soy para tu familia? La que se rebajó por iniciativa propia, la que hundió el buen nombre de su estirpe. Rechacé al marido que mis hermanos habían elegido para mí y, para colmo, me convertí en concubina de un Liang, deshonrando a mi arruinada familia. ¡Bah! Esas viejas familias venidas a menos, cuanto más pobres se vuelven, más parecen ladrillos de letrina: duros y apestosos. Naciste tarde, te perdiste la escena, no oíste los insultos que me dedicó tu padre por aquel entonces.

—Papá tiene esa mentalidad rígida de viejo intelectual despistado, no tiene remedio —reconoció Weilong—. No sabe medir sus palabras, no me extraña que esté usted disgustada, tía. Sin embargo, han pasado muchos años de eso, y usted es abierta y magnánima, no querrá guardarle rencor hasta el punto de tomarla con sus hijos, ¿verdad?

—¡Pues sí, soy rencorosa! ¡Sí, me gusta rumiar las viejas ofensas! ¡Y no, no olvidaré las cosas que me dijo!

Al inclinarse el paipay, unos rayos de sol dorado tamizados por los pliegues le acariciaron las comisuras de los labios, estremeciéndose como bigotes de gato salvaje.

—Si usted no lo olvida, tía, tampoco yo —respondió Weilong con una sonrisa de disculpa—. Deme la ocasión de expiar la falta que cometió entonces mi padre con sus palabras. Si se encarga usted de mi educación hasta mi mayoría de edad, seré hija suya y podré redimirla poco a poco.

Sin inmutarse, la señora Liang se puso a abrir, una a una, finas fisuras en los pliegues del paipay. De repente, Weilong se dio cuenta de que, si su tía se ocultaba el rostro con el abanico, era porque la estaba observando detenidamente a través de las rendijas. No pudo evitar ponerse colorada. La mano de la señora Liang bajó, y el paipay fue a golpear lentamente su barbilla.

—¿Tienes intención de convertirte en alumna interna? —preguntó.

—Si mi familia se va, pienso que no tendré más remedio que vivir en el instituto —respondió Weilong—. Me he informado, no es mucho más caro que ser externa.

—No se trata de que sea caro o no. Si vivieras conmigo, yo tendría a alguien más a mi lado para charlar y hacerme compañía, estaría bien. Además, en casa hay coche, el chófer podría perfectamente llevarte al instituto todos los días.

Weilong hizo una pausa.

—¡Eso sería maravilloso! —acabó diciendo.

—Pero con una condición: ¿me garantizas que tu padre no dirá nada? No puedo asumir la responsabilidad de un drama familiar.

—Si mi padre dice una sola palabra en contra, tía, nunca más vendré a visitarla.

La señora Liang lanzó una risita regocijada.

—¡Muy bien! Inventa lo que te parezca para engatusarlo. Pero sobre todo ¡que no te pille!

Weilong iba a defenderse diciendo que no pensaba mentir, pero la señora Liang cambió de tema.

—¿Sabes tocar el piano?

—He estudiado unos años, pero soy bastante torpe, no toco bien.

—Tampoco hace falta que seas sublime. Con que practiques unas cuantas canciones de moda, de esas que a todo el mundo le gusta cantar, lo justo para poder acompañarlas, es suficiente. En Inglaterra, todas las niñas de familia bien saben hacerlo. Aquí, en Hong Kong, seguimos las normas inglesas, pero imagino que tu padre, con su educación chapada a la antigua, no te permite participar en reuniones mundanas. Lo que no sabe es que más adelante, incluso cuando estés casada, necesitarás tener alguna habilidad con las relaciones sociales, no puedes pasarte la vida sin ver a nadie. Estando conmigo, podrías aprender un poco. No deja de ser una suerte para ti.

Weilong asentía a cada una de sus frases.

—Si sabes jugar al tenis —prosiguió—, tendré a alguien con quien entrenarme.

—Sí, sé jugar.

—¿Tienes ropa de tenis?

—Solo el uniforme de deporte del instituto.

—¡Ah, ya! Esos pantalones bombachos, demasiado largos y amorfos. Pruébate la mía, para ver qué medidas tienes, y mañana, cuando venga el sastre, le encargaré un conjunto para ti.

La señora Liang mandó a Nini a buscar una camisa de seda de color amarillo patito y un short gris paloma. Weilong se los puso y encontró que le iban grandes, de modo que Nini se los ajustó a la cintura con alfileres.

—Tienes las piernas un poco flacas, pero suele pasar en las jóvenes —dijo la señora Liang.

Weilong estaba un tanto ansiosa, tenía prisa por volver a casa, decírselo a sus padres y ver cuál era su reacción. Así, se despidió precipitadamente, se cambió y se fue con su sombrilla, acompañada, naturalmente, de una de las criadas, que bajó a abrirle la verja.

Nini acudió expresamente para despedirse de ella.

—¡Buen regreso, señorita! —exclamó, con una amabilidad distinta a la que había mostrado hasta entonces.

Cuando Weilong inició el descenso de la montaña por la carretera, el sol ya estaba declinando y tras los montes resplandecían arreboles de escarlata y púrpura mezclados con un dorado verdoso en una espectacular escena que recordaba a la etiqueta de una caja de puros, con las palmeras y bananos cubriendo las laderas, expuestos al sol despiadado, resecos y tostados, ahuecados y crespos como tabaco picado. En el sur, las puestas de sol son fugaces, el crepúsculo dura un instante. Cuando, a un lado, el sol no había desaparecido aún, al fondo de la carretera, donde fronda y neblina se confundían en una inmensidad verde, asomaba ya una tenue silueta lunar. Weilong andaba hacia el este y, a medida que avanzaba, la luna iba tornándose más blanca y cristalina, semejante a un fénix opulento, posada al otro lado de la curva de la carretera, anidada en las ramas de los árboles. A medida que avanzaba, a Weilong le iba pareciendo que la luna estaba allí, delante de ella, en los árboles; pero al llegar, la luna había desaparecido. Se detuvo para descansar un poco; no podía sino sentirse un tanto confundida. Miró de nuevo la casa de su tía: todavía se veían los marcos de las ventanas amarillos con ribete rojo, y los cristales verdes que reflejaban el mar. La majestuosa mansión, con su cubierta de tejas esmaltadas, parecía un mausoleo imperial.

Weilong se sentía como el letrado de los *Cuentos fantásticos del Liaozhai*, que, en su camino de regreso tras haber visitado a sus parientes, mira atrás y descubre que la rica mansión se ha transformado en un túmulo funerario. Si la blanca residencia de los Liang se hubiera transformado en tumba, probablemente a

Weilong no la habría sorprendido. Le parecía que su tía tenía el poder de retener la inmensa rueda del tiempo: su pequeño universo conservaba la atmósfera decadente de finales de la dinastía Qing, y en ella reinaba cual emperatriz manchú, como una mini-Cixi, una vez cerrada la puerta.

«Y yo que he entrado con los ojos bien abiertos en ese mundo fantasmagórico y nebuloso, ¿a quién voy a reprochar si me contamino? Pero soy su sobrina, al fin y al cabo, está obligada a guardar las apariencias. Si tengo un comportamiento irreprochable, no tendré que temer ninguna inconveniencia por su parte. Y si algunos hablan mal, que cuenten lo que quieran; yo seguiré con mis estudios. Cuando un día conozca al hombre que me quiera sinceramente, sabrá comprenderlo y no hará caso a los cotilleos.»

Durante el camino de vuelta a casa, Weilong estuvo cavilando y sopesándolo todo con detenimiento. Teniendo que mentir a su padre, no le quedaba más remedio que entenderse con su madre si quería tener una aliada secreta en Shanghai. Ambas estarían de acuerdo y el riesgo de que la mentira fuera descubierta sería menor.

Una vez tomada su decisión, contó detalladamente a su madre la visita a la tía Liang, y cómo esta había aceptado pagarle la matrícula y cómo, además, le había propuesto que se quedara a vivir con ella. Eso sí, Weilong corrió un tupido velo sobre lo que había visto y oído en aquella casa.

Su madre, aunque preocupada por dejarla sola en Hong Kong, no deseaba retrasarla en sus estudios. A pesar de que su cuñada había sido objeto de habladurías en el pasado, todo eso era agua pasada, un vestigio de la historia que ya se había desvanecido del recuerdo. Su cuñada ya era mayor, y los años debían de haber corregido su comportamiento. Era magnífico que reparara las antiguas desavenencias mostrándose generosa con su sobrina y que estuviera dispuesta a financiarle los estudios. La madre de Weilong dijo que iría en persona a expresarle su agradecimiento, pero Weilong la retuvo con vehemencia, pretextando que la señora Liang iba a ingresar en un hospital para operarse de apendicitis y que el médico le había recomendado reposo. Las dos cuñadas llevaban tantos años sin verse que el reencuentro provocaría lágrimas y efusiones probablemente poco favorables para su estado. La señora Ge tuvo que desistir. A su marido Ge Yukun le explicó que, debido a los excelentes resultados de Weilong, el director del instituto había querido premiarla solicitando para ella una beca que cubriría los gastos de escolaridad y la pensión completa. Ge Yukun, un intelectual un tanto flemático e informal, no daba la misma importancia a las cuestiones de cortesía que su esposa y, al oír la noticia, se limitó a felicitar a su hija con un par de frases, sin mencionar siquiera la posibilidad de ir a presentar sus respetos al director del instituto o a darle las gracias por su esfuerzo en formar nuevos talentos.

Los padres de Weilong estaban deseando regresar a su hogar cuanto antes. Prepararon a toda prisa el equipaje y devolvieron las llaves de la casa. Solo tenían a su servicio a una vieja criada que les hacía de cocinera. Como llevaba muchos años con ellos, ya desde los tiempos de Shanghai, los acompañaría en su regreso al continente. También tenían a una mujer de la limpieza, la tata Chen, que habían empleado en Hong Kong. A ella, le pagaron un finiquito y la despidieron. Cuando Weilong volvió de despedirse de sus padres en el barco, ya había anochecido. Acompañada de la tata Chen, que le llevaba la maleta de cuero, se dirigió a casa de la señora Liang.

Era una de esas noches húmedas de la primavera de Hong Kong, famosas por la niebla en las montañas. La blanca mansión de los Liang se había fundido con la densa bruma blanca, y ya solo se veían, a través del verde de los cristales de las ventanas, las vacilantes luces, tenues y cuadradas como cubitos de hielo en un vaso de licor de menta. Poco a poco, los cubitos se derritieron… La niebla había espesado, y las luces de las ventanas se habían desvanecido. La mansión de los Liang era la única residencia en esa calle. La calzada asfaltada estaba totalmente desierta, profundamente silenciosa. Sin embargo, había una hilera de coches aparcados. «Llego en mal momento», dijo Weilong para sus adentros. «Mi tía tiene invitados, no va a poder atenderme.» El largo tramo de escaleras ascendentes desde la carretera solo estaba iluminado por una linterna de cobre labrado, a imitación de las de los antiguos palacios, situada junto a la pequeña verja de hierro. Una vez allí, seguía sin oírse el menor susurro, no parecía que hubiera invitados en el interior. Aun así, aguzando el oído se percibía un tenue entrechocar de fichas de mahjong al barajarlas: debía de haber cuatro o cinco partidas en curso.

Las grandes mansiones de Hong Kong eran más compactas, modernas, más funcionales que en Shanghai. La atmósfera era distinta. Weilong se disponía a llamar al timbre cuando la tata Chen, que estaba detrás de ella, le advirtió:

—¡Cuidado, señorita, que hay perros!

No había acabado la frase cuando unos perros se pusieron a ladrar uno tras otro. La tata Chen se asustó. Llevaba una flamante bata de percal azul, rígida de almidón. Al verse en apuros, se revolvía en su bata azul haciendo crujir y susurrar la tela. Al igual que las doncellas de la señora Liang, Didi y Nini, iba peinada con

una trenza, pero tan rabiosamente prieta que semejaba una de esas barras de acero de nueve segmentos articulados que aparecen en las novelas de aventuras y artes marciales. Por unos instantes, Weilong tuvo la impresión de no conocerla de nada, de no haberla visto nunca objetivamente: las mujeres al servicio de sus padres, que tan familiares le habían resultado siempre, ¿eran en realidad así de impresentables?

—Vuelve a casa, tata Chen —le dijo entonces—, que, si tardas más, la carretera de la montaña te dará miedo. Aquí tienes dinero para el viaje de vuelta. Deja aquí la maleta, vendrán a recogérmela.

Después de despedir a la tata Chen, llamó al timbre.

Una joven criada anunció su llegada. Dentro, la octava ronda de mahjong acababa de finalizar, y estaban a punto de pasar al comedor. Cuando la señora Liang supo que su sobrina había llegado, estuvo dudando un momento. Siempre muy cuidadosa en los negocios, todavía no tenía claro si invertir en su sobrina: ¿cómo saber si la cría prometía lo suficiente como para que mereciera la pena semejante dispendio? Los gastos de escolaridad, sin ser muy grandes, tampoco eran moco de pavo. Menos mal que todavía no había desembolsado nada, así podía aprovechar la presencia de los invitados de esa noche y pedir a la muchacha que se arreglara y viniera a presentarse. Ya lo decía el refrán: «El oro auténtico no teme la prueba del fuego». Solo había un inconveniente: los hombres y mujeres que había invitado esa noche estaban cuidadosamente distribuidos en las mesas de juego, se había esforzado mucho en colocarlos formando parejas. Si la cría causaba sensación nada más llegar, pasaría como cuando la joven ave fénix canta con voz más cristalina que las aves mayores: provocaría agitación y se rompería el equilibrio. Si, por el contrario, Weilong no servía, la cosa tampoco iría bien: esa niña allí plantada como un tronco en medio del sarao sería una aguafiestas. Además, había otro detalle que tener en cuenta: había allí demasiado hombre ávido. La señora Liang echó una ojeada al anciano menudo y enjuto sentado frente a ella, el único que quedaba de los innumerables amantes que había tenido en su época de esplendor. Se llamaba Situ Xie, era un pequeño potentado de Shantou, donde poseía una fábrica de orinales esmaltados. Aunque la señora Liang tenía un amplio círculo de relaciones, se centraba siempre en los honkoneses más influyentes, en los caballeros con cierto aire de mandarín, pero nunca había podido renunciar a ese comerciante porque era un hombre avezado y sociable, hábil en complacer a las damas. Con el tiempo, la señora Liang había llegado a tenerle en consideración, y lo trataba con mucho miramiento, incluso con cierta cautela. Y si, tras veinte años de relación, Situ Xie trataba a la señora Liang como el primer día, era porque ella conocía bien su temperamento y se deshacía en atenciones con él. Además, aunque no pudiera decirse que ocasionara muchos gastos a la señora Liang, se ahorraba alguno al tener la posibilidad de usar la mansión de su amiga para sus recepciones: un marco elegante, un trato exquisitamente atento, a nadie le amarga un dulce. La señora Liang había organizado la partida de mahjong y el banquete de esa noche en su honor, pues el hombre volvía a Shantou a casar a su hija. Si Situ Xie se fijaba en Weilong, sería capaz de no volver, lo cual conllevaría complicaciones de todo tipo. Así pues, la señora Liang llamó a Nini en voz baja.

—Ve a atender a la joven Ge —le ordenó—. Dile que tengo que estar con mis invitados y que ya la veré mañana por la mañana. Pregúntale si ha cenado. La habitación de invitados azul es para ella, acompáñala allí.

Nini asintió y salió. Llevaba una túnica corta y ajustada de color lila y un pantalón turquesa de tobillos estrechos; con las manos metidas en su chaleco de brocado blanco y oro, parecía una sirvienta de *Sueño en el pabellón rojo*. En contraste, su rostro liso, sin maquillaje ni polvos, únicamente bruñido con aceite de semillas de té, poseía un tono cobrizo que le daba un encanto especial. En cuanto vio a Weilong, se apresuró hacia ella y cogió su maleta.

—La joven señora lleva todo el día preocupada, preguntándose por qué no había venido usted todavía; lástima que haya llegado usted justo en un momento en que hay tantos invitados —le dijo, y añadió, susurrándole al oído—: Son damas y caballeros de cierta edad. La joven señora teme que no tengan ustedes nada que decirse y, para evitar incomodarla a usted, me ha dicho que le sirva la cena aparte, en el primer piso.

—Muchas gracias, ya he cenado —dijo Weilong.

—Entonces la acompaño a su habitación —replicó Nini—. Si más tarde tiene hambre, solo tiene que tocar la campanilla y pedir que le suban unos sándwiches; en la cocina habrá alguien toda la noche.

Mientras Weilong subía a su habitación, abajo empezaba la cena. Mecido por el son cadencioso de la música difundida por la radio, el pequeño dormitorio de Weilong se asemejaba a una barca a merced de las ondulaciones del agua; el aplique mural de gasa roja, levemente descolorido, parecía fluctuar. En ese cuarto, Weilong se sentía flotar, plácida y alegre. Descorrió los visillos y se asomó a la ventana. Fuera había un exiguo balcón. Más allá de la barandilla de hierro, se extendía una inmensidad de niebla, densa y lechosa, y daba la sensación de estar admirando el mar desde la cubierta de un barco. Weilong abrió la

maleta para guardar sus cosas en los cajones. Al mirar en el armario, vio que unas ropas espléndidas colgaban de las perchas. Dejó escapar una exclamación de sorpresa. «¿De quién será todo eso?», se preguntó. «Mi tía habrá olvidado vaciar el armario». Como al fin y al cabo seguía teniendo un carácter infantil, no pudo resistirse a encerrarse con llave para probarse a escondidas cada uno de los vestidos. Pero al ver que todos le quedaban bien, comprendió que su tía los había comprado especialmente para ella. Vestidos de uso diario de brocado, de gasa, de seda, de raso; chaquetas, abrigos, capas para ir a la playa, camisones, trajes de baño, vestidos de noche, vestidos de tarde para cóctel o vestidos de recepción para una cena informal en casa; había de todo, mucho más de lo que una estudiante pudiera usar. Ge Weilong se apresuró a quitarse el vestido que se había probado, lo arrojó encima de la cama y, sintiendo flojear sus piernas, se sentó, mientras el calor le subía a oleadas a las mejillas. «¿En qué me diferencio de una chica comprada para una casa de cortesanas?» Al cabo de un momento, se levantó para devolver cada una de las prendas a su percha. Todas llevaban colgadas unas bolsitas de satén blanco llenas de pétalos de lilas cuyo perfume embriagador inundaba el armario.

Weilong estaba colocando de nuevo las bolsitas perfumadas en su sitio cuando oyó de repente, procedentes de la planta baja, unas carcajadas de mujeres, a la vez socarronas y aduladoras, y no pudo evitar sonreír: «Nini ha dicho que los invitados de hoy eran unas damas y unos caballeros de cierta edad. Los caballeros, no sé cómo serán de mayores, pero las voces de las damas no suenan como de señoras, ni siquiera como de jóvenes esposas.»

Abajo, una vez acabada la cena, se barajaron de nuevo las fichas de mahjong para jugar, aunque la mitad de los invitados encendió el fonógrafo y se puso a bailar. Weilong no pudo cerrar los ojos en toda la noche; si los cerraba, se veía vagamente a sí misma, probándose ropa sin parar: prendas de punto suavemente afelpadas como un provocativo jazz; densos terciopelos de seda como melancólicas arias de ópera clásica; satenes mórbidos y suaves como el *Danubio azul*, estremecedores y frescos, rodeaban y envolvían su cuerpo entero. Apenas se adormecía un instante, cambiaba la melodía y se despertaba. Abajo estaba sonando una rumba trepidante. Weilong no pudo sino pensar en el largo vestido púrpura de seda tornasolada que aguardaba en el armario, y que a cada paso de rumba debía de cimbrearse susurrante. Al pensarlo, dijo en voz muy baja sobre lo que sucedía abajo: «¡Habrá que verlo!». Lo dijo moviendo los labios, sin voz. Aun así, ocultó la cabeza bajo las sábanas para que nadie la oyera. «¡Habrá que verlo!», repitió con voz queda, antes de quedarse dormida con una sonrisa.

Al día siguiente, como estaba acostumbrada a levantarse temprano, a las ocho bajó, ya lavada y peinada. El torneo de mahjong acababa de finalizar. En el salón, la atmósfera estaba cargada de una mezcla de humo, perfumes y olores corporales. Unas jóvenes criadas recogían las fuentes de dulces bajo la supervisión de Nini. La señora Liang, descalza y con las piernas cruzadas encima del sofá, estaba fumando mientras regañaba a Didi, quien, reclinada en la mesa de mahjong, iba cogiendo lentamente las fichas del juego y echándolas al desgaire en la caja de caoba filipina, donde caían entrechocándose ruidosamente. La señora Liang llevaba un turbante de crepé de seda azul noche del que sobresalían los diamantes de sus pendientes lanzando destellos como ojos risueños, pero su rostro era hermético. Cuando vio entrar a Weilong, la saludó con la cabeza.

—¿A qué hora tienes que ir a clase? —preguntó—. Pide al chófer que te acompañe. Acaba de volver de acompañar a unos invitados y todavía está levantado.

—Aún no han terminado las vacaciones de primavera —contestó Weilong.

—¿Ah, no?… Lástima, podríamos charlar un rato tranquilamente tú y yo, si no fuera porque ahora estoy rendida. Nini, ve a preparar el desayuno para la señorita.

Dicho esto, hizo como si Weilong no estuviera allí y siguió fumando su cigarrillo. Al aparecer Weilong, Didi había creído que la señora Liang había acabado de regañarla, de modo que cogió la caja de mahjong y se dispuso a salir.

—¡Alto ahí! —exclamó la señora Liang, y Didi se detuvo de espaldas—. Vamos a dejar lo ocurrido con Georgie en el pasado. Todo lo que ya te dije al respecto te entró por un oído y te salió por el otro. Pero ahora que tengo prohibido a ese sinvergüenza que entre en mi casa, ¡resulta que te ves con él a escondidas! ¿Qué creías, que no me enteraría? ¿Eres tan rastrera como para darte sin más? ¡Si es que no vales más que para servir!

Didi era joven, y no quiso verse humillada delante de Weilong.

—«Me doy así, sin más, ¿y no me quiere?» —dijo sarcástica, imitándola— «Y a mí, que no soy sirvienta, ¡ni se me acerca! ¡La verdad, no entiendo por qué!»

La señora Liang se puso en pie de un salto y le dio un bofetón. Didi perdió los papeles.

—¿Quién habrá estado intrigando contra mí? ¡Seguro que ha sido el chófer de los Qiao! Usted tiene

controlada a toda la familia Qiao, desde el más viejo hasta el más joven. Seguro que incluso ya tiene el ojo echado al último señorito, al que acaba de parir la séptima nuera. Usted no dejaría que se le escapara ni el chófer. ¡Pégueme! ¡Pégueme todo lo que quiera! ¡Pero no espere de mí que diga de usted cosas buenas!

La señora Liang se sentó y se echó a reír inopinadamente.

—¡Cuenta, tú cuenta lo que quieras! —dijo—. ¡Hasta a los periodistas, si te apetece! Será publicidad gratuita; por mí, encantada. No tengo ni padres ni descendientes. Lo que sí tengo, y en abundancia, es dinero y amigos, así que ¿a quién voy a temer? Todavía estás a tiempo de evitar hacer más tonterías. Tengo años de experiencia llevando la casa, no será una persona de baja estofa quien pueda amenazarme. ¿Crees que no puedo prescindir de ti?

Didi se volvió y echó una mirada a Weilong.

—¿Cómo no va a poder prescindir de mí? —dijo torciendo la boca—. ¡Si ya tiene usted al relevo! Ahora sí que estará satisfecha, es de su misma sangre, las personas de la misma familia se llevan la mar de bien, y así el estiércol no abona el campo ajeno.

—¿Y ahora quieres ensucian a los demás? ¡Vaya boca más sucia tienes! ¡Y yo que tenía intención de solucionar este asunto contigo tranquilamente! Ahora ya estoy demasiado cansada, no estoy de humor para dejar que me importunen. ¡Largo de aquí!

—¡Vale, pues me largo! —dijo Didi—. De todos modos, aunque trabajara aquí toda la vida no tendría la menor posibilidad de salir adelante.

—¿Porque te crees que en otro sitio vas a poder? Mucho me temo que no vayas a encontrar ni donde quedarte de pie. A ver si te imaginas que, por haber pasado unos años aquí, y por haber conocido a algún que otro capitoste, vas a tener apoyos. Ni se te ocurra hacerte ilusiones, que tengo gente cercana al gobernador. Si sales de aquí, no esperes encontrar trabajo en todo Hong Kong. ¿Quién va a atreverse a tomarte a su servicio?

—¡Como si bajo el cielo solo existiera este territorio tan pequeño como una tira de tofu seco! —replicó Didi.

—No irás a ninguna parte. Tus padres te llevarán al pueblo y te casarán.

—¿Qué podrían hacerme mis padres? —replicó Didi con un bufido despectivo.

—Tu madre no es tonta —dijo la señora Liang—. Tiene seis o siete hijas para cuya colocación me ha pedido ayuda. Si quiere que me ocupe de tus hermanas pequeñas, lo normal es que no se atreva a desobedecerme: te llevará de vuelta y te meterá en cintura.

Esa vez, Didi se quedó aturdida, sin comprender inmediatamente el significado de lo que acababa de decir la señora Liang. Tras un buen rato de estupor, se echó a llorar pataleando en el suelo. Nini se precipitó hacia ella y, medio a rastras, medio a empujones, la hizo salir de la estancia.

—Todo esto es porque la joven señora te ha malcriado, ¡no respetas a los mayores ni tienes modales! —la regañó—. A ver si tienes más tacto. Cuando la joven señora se haya calmado, te dará un ajuar.

Cuando hubieron salido, una joven sirvienta se deslizó sin ruido en la estancia acercando las chinelas a la señora Liang.

—Ya tiene el baño preparado, joven señora —anunció en voz baja—. Es tarde, ¿no sería bueno que se acostara usted después de su aseo?

La señora Liang se calzó las chinelas, tiró la colilla en una maceta de azaleas, se puso en pie y salió.

La azalea estaba cuajada de flores, exuberantes y densas. La colilla cayó en una de ellas, y sus pétalos se tostaron al instante.

Weilong llevaba un rato sola en el salón cuando la joven sirvienta la invitó a pasar a una sala al fondo donde habían dispuesto su desayuno. Luego, Weilong subió a su habitación y se quedó de nuevo absorta delante de la ventana. Al otro lado, se extendía el gran césped rectangular, impecablemente cortado. Humedecido de rocío matutino, era de un verde esmeralda, de un verde un poco presuntuoso.

Un gorrión avanzaba tanteando paso a paso con las patitas abiertas. Tras haber recorrido cierta distancia, como aturdido por el continente estúpidamente verde, desanduvo lo andado.

Weilong siempre había creído que los pájaros brincaban, no imaginaba que pudieran andar con pasos acompasados, y estuvo observándolo un buen rato. ¿Podía no ser un gorrión? Estaba cavilando sobre la cuestión cuando en la galería que daba al jardín aparecieron dos porteadores con un baúl de laca roja. Salían de la casa jadeando, y los seguía una mujer con camisa y pantalón de raso negro, probablemente la madre de Didi. Esta también salió, pero se detuvo, quizá esperando a otros porteadores que hubiera en la casa. Tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado y, bajo la fina capa de polvos, la tez se le había vuelto de un tono ocre pálido. Weilong apenas la veía de perfil. Tenía la mirada fija, sin la menor expresión, como una máscara de barro. Solo tras haberla observado un buen rato, Weilong se dio cuenta de que, en su

rostro impasible, un músculo oscilaba lentamente, entre la mejilla y la sien: estaba comiendo cacahuetes, y las pieles rojizas y frágiles le asomaban de vez en cuando en la comisura de la boca.

De repente, a Weilong se le quitaron las ganas de mirar. Se volvió, abrió el armario y se apoyó de espaldas en la puerta. La oscuridad reinaba en el guardarropa. El perfume de las bolsitas resultaba embriagador. La atmósfera era allí la de un tiempo remoto, refinada, serena, sin preocupación por el paso del tiempo. Desde luego, no había en el guardarropa nada de lo que se veía fuera, al otro lado de la ventana: aquella mañana límpida, aquel césped solemne, aquel rostro de una quietud estremecedora con las peladuras de cacahuete en la comisura de los labios… La sucia, compleja, irracional realidad.

Una vez embebida por el armario, Weilong quedó absorta durante dos o tres meses, y tuvo numerosas ocasiones de llevar esos vestidos: los banquetes, los tés, los conciertos, las partidas de mahjong solo eran para ella ocasiones de lucir sus atuendos. Se alegraba en secreto de constituir para la señora Liang un pretexto con el que atraer a hombres jóvenes; así podía, excepcionalmente, lucir las prendas en los lujosos salones de baile a los que su tía la llevaba, o más habitualmente, en las recepciones que daba en casa. En Hong Kong, las señoritas de buena familia, contagiadas por las conservadoras costumbres propias de la buena sociedad inglesa, tienen un estilo altivo y distante, en eso son muy diferentes de las mundanas de Shanghai. La señora Liang era extremadamente exigente respecto a los hombres que cortejaban a Weilong, más rigurosa que la casa imperial a la hora de seleccionar al príncipe consorte. Cuando los pocos afortunados mostraban excesivo entusiasmo en su cortejo, la señora Liang reservaba con celo su tesoro y les impedía, sin más, aproximarse a Weilong. Si la señora Liang se lo permitía a alguno, era para abalanzarse sobre el paladín en ataque sesgado y, desplegando sus artes mundanas, atraparlo en sus redes. Cuando ese hombre se acercaba a la señora Liang, sucedía como en el refrán, «el deseo inicial del borracho no es el vino», pero al final las mentiras siempre acaban pareciendo verdades, y el hombre caía en las redes amorosas de su tía. Weilong estaba acostumbrada a ese tipo de trucos, y ya no le importaban.

Ese día, urgió a Nini para que viniera a peinarla, porque quería salir. La señora Liang había asignado al servicio de Weilong a su empleada predilecta; Nini había calado enseguida el carácter de Weilong. En Hong Kong, Weilong ya no tenía a nadie y, aunque Nini le parecía un poco mordaz, siempre la orientaba con entusiasmo, de modo que enseguida había acabado considerándola su confidente.

—La peinaré cuando se haya vestido —objetó Nini—. Si no, al ponerse el vestido por la cabeza, se despeinará.

—Elige uno que no sea muy llamativo —dijo Weilong—. Esta tarde ensayamos con el coro en la iglesia. A los religiosos no creo que les guste la ropa demasiado vistosa.

Siguiendo sus instrucciones, Nini sacó un *qipao*[3] de crepé con delicadas nubes sobre fondo amarillo jugo de jengibre.

—Pues yo no lo entiendo —dijo—. Si usted no es creyente. ¿Para qué canta con ese coro, si no le sirve de nada? No da abasto con las obligaciones sociales que le ocupan todo el día, y encima de noche tiene que sacar tiempo para estudiar hasta el amanecer. Mire cómo de tanto preparar los exámenes estas últimas semanas se le han quedado las mejillas chupadas. ¡Ya me dirá usted si vale la pena esforzarse tanto para perjudicarse así la salud!

Weilong lanzó un suspiro y bajó la cabeza para que Nini le hiciera la raya en el pelo.

—Dices que me esfuerzo demasiado en mis estudios —replicó—. Sabes perfectamente que si salgo es únicamente por no herir a mi tía en su amor propio, tengo que ser mínimamente complaciente. Con el esfuerzo que me ha costado tener la oportunidad de seguir estudiando aquí, tengo que sacar buenas notas.

—No es que quiera ser aguafiestas —replicó Nini—, pero cuando se saque el diploma, ¿qué? Señorita, usted solo va al instituto. En todo Hong Kong no hay más que una universidad, y hasta a los licenciados les cuesta encontrar trabajo. Si lo encuentran, es a cincuenta o sesenta yuanes al mes, como maestros en las escuelas primarias religiosas, aguantando las manías de las monjas. ¿Qué necesidad tiene usted de pasar por eso?

—No es que no lo haya pensado, pero, en fin, ya iré viendo según se vayan presentando las cosas.

—Le voy a decir algo, espero que no se enfade. Si yo fuera usted, aprovecharía esta vida social para echar una ojeada y elegir a un hombre que me conviniera.

—Entre los amigos de mi tía, ¿qué hombre voy a encontrar? —replicó Weilong sarcástica—. Cuando no son jóvenes frívolos y sinuosos como gigolós, son ancianos que tienen ya toda una cohorte de concubinas. Y cuando no, son militares ingleses. Y a ningún oficial por encima del grado de teniente se le ocurre relacionarse con alguien de raza amarilla. ¡Así es Hong Kong!

Nini se echó a reír.

—Ahora entiendo —dijo—. Ya me extrañaba a mí que, a pesar de no tener tiempo para nada, se las

arreglara usted para ir a cantar a la coral. Dicen que allí hay muchos estudiantes universitarios.

—No me importa que bromees diciéndome estas cosas —dijo Weilong sonriendo—. Pero no vayas a decírselas en serio a mi tía.

Nini no contestó.

—¿Me has oído? —insistió Weilong—. No vayas a sembrar cizaña.

Nini, que se había quedado pensativa, salió de su ensimismamiento.

—¿Por quién me ha tomado? —contestó sonriendo—. A ver si no voy a ser capaz de estar callada por tan poca cosa.

Lanzó una mirada conspiradora.

—Ándese con ojo, señorita —dijo con una risa furtiva—. Si piensa usted elegir a uno de aquí, que sepa que la joven señora es rápida como el rayo, y ya tiene a uno elegido.

Súbitamente, Weilong levantó la cabeza, apartando de un ademán las manos de Nini.

—¿En quién se ha fijado esta vez? —preguntó.

—En ese que está en su coral, que se apellida Lu y tanto presume de jugar bien al tenis. Es un estudiante universitario, ¿verdad? Ah, sí, se llama Lu Zhaolin.

Toda colorada, Weilong se mordía los labios sin decir nada.

—Cómo sabes que… —preguntó al cabo de unos instantes.

—¡Huy! ¿Y cómo no iba a saberlo? Si no fuera así, ya la habría regañado hace tiempo por ingresar en la coral. No puede permitirle hacer amistades por su cuenta. Ni siquiera para cantar todos juntos en una iglesia. Es la regla en esta casa. Los que quieran verla, deben venir a visitarla. Una vez presentados, es más fácil. Ya me parecía raro que no pusiera peros en esta ocasión. Hace un par de semanas, estuvo anunciando a bombo y platillo que iba a organizar una *garden party* y que invitaría a los jóvenes compañeros de la señorita en la coral para fomentar las amistades. Luego ese Lu se fue a Manila a disputar un partido, y la fiesta quedó aplazada. Cuando Lu volvió, ella sacó el tema de nuevo. A usted, por supuesto, no le ha contado las motivaciones de la invitación de mañana.

—Si ese hombre no es capaz de resistirse a sus maniobras y cae en la trampa, significa que no es de fiar —dijo Weilong apretando los dientes—. Cuanto antes quede al descubierto, mejor; así que bien está.

—No sea boba, señorita. Igual que, en el mundo, todos los cuervos son negros, a todos los hombres les gusta morder este tipo de anzuelo. Para colmo, su señor Lu es joven, todavía está estudiando, ¿qué habrá visto él de la vida? Si muerde el anzuelo, no le eche usted la culpa. Y si le tiene usted algún aprecio, todavía está a tiempo de enviarle una nota diciéndole que no venga mañana.

—¡Aprecio! —contestó Weilong con una sonrisa indiferente—. ¡Qué exageración! ¡Ni muchísimo menos!

Y en eso se quedó la cosa.

El día siguiente era el de la fiesta en el jardín. La celebración de este tipo de convites es una herencia de la Inglaterra del siglo XIX. En Inglaterra escasean los cielos despejados, de modo que, en cuanto llegan los días cálidos y soleados del verano, a la gente de la alta sociedad siempre le gusta organizar este tipo de reuniones semiformales en sus propiedades rurales. Las mujeres llevan ondeantes pamelas adornadas de anticuadas flores de organza, largos guantes de seda por encima del codo, y se comportan con gran elegancia y solemnidad, como si se tratara de una importante ceremonia en la corte. Todas las personas de cierta categoría en ochenta *li* a la redonda se reúnen en esas celebraciones, incluso el pastor y su esposa son recibidos. Impecablemente ataviados, todos deambulan charlando, envarados, entre escombros de castillos en ruinas. Después de tomar el té, no faltarán unas señoritas que se hagan de rogar para tocar el piano y cantar *The Last Rose of Summer*. Sin embargo, a los hongkoneses no les basta con eso. Es una sociedad que copia las costumbres inglesas, pero le gusta tanto «añadir patas al dibujar una serpiente» que acaba perdiéndose por completo el carácter original.

Así, la *garden party* de la señora Liang estaba aderezada de color local. Grandes faroles de cinco pies de alto, adornados con el carácter 福, «felicidad», se erguían plantados por el césped. Cuando los encendieron al caer la tarde, con su luz velada y difusa, parecían accesorios para el rodaje hollywoodiense de una *Historia secreta de la corte Qing*. Clavadas aquí y allí en la espesura de faroles, pero inclinadas, unas sombrillas de playa de estilo occidental resultaban inevitablemente extemporáneas. Las doncellas y criadas, todas peinadas con la misma larga trenza lustrosa y cimbreante, iban y venían, surcando el bosque de mástiles, doblando la cintura bajo las sombrillas para ofrecer cócteles, zumos de frutas, té y pastas colocados en precario equilibrio sobre las bandejas de plata.

La señora Liang había organizado ese convite especialmente para los cantantes más apuestos del coro, y los asistentes habían sido cuidadosamente seleccionados, de modo que no había ni uno solo de los suboficiales ingleses borrachos, y el ambiente era, al fin y al cabo, muy exclusivo y decoroso. Dado el

carácter más o menos religioso de la coral, también había invitado a cinco o seis monjas católicas. En Hong Kong, es muy común que los religiosos participen en actividades mundanas y traten con gente acaudalada, suelen ser muy hábiles y diplomáticos. No obstante, esas monjas no eran de las más excelsas; solo sabían hablar francés y latín. Como en el instituto Weilong tenía una asignatura de francés y había aprendido recientemente a decir unas cuantas frases, la señora Liang le había encargado que se ocupara de ellas.

La joven había contemplado, sin poder hacer nada, la llegada de Lu Zhaolin, y a su tía desplegando sus encantos para ir a recibirlo, tomarle la mano y, entornando los ojos a la luz del sol, decirle a saber qué. De la mano de la señora Liang, Lu Zhaolin miraba por encima de la cabeza de su anfitriona, buscando por todas partes a Weilong. La señora Liang tenía vista de lince, y encontró a su sobrina antes que él. Sus ojos se deslizaron del rostro de Lu Zhaolin al de Weilong, y del de Weilong al de Lu Zhaolin. Weilong lanzó una sonrisa forzada a Lu Zhaolin. Este era un joven alto, de hombros anchos y tez bronceada; al devolver la sonrisa a su sobrina, los blancos dientes brillaron al sol.

En ese momento, el viento cambió y sopló hacia Weilong, que oyó las palabras de la señora Liang.

—¡Pobre chiquilla, tiene tan pocas ocasiones de lucir su francés! No vayamos a molestarla, dejémosle este rato de protagonismo.

Mientras hablaba, arrastró a Lu Zhaolin y desapareció con él en la multitud.

Cuando Weilong volvió a verlos, estaban sentados bajo una gran sombrilla a rayas azules. La señora Liang tenía los codos apoyados en una mesa de mimbre; sus labios apresaban la pajita de su vaso y sus ojos a Lu Zhaolin, a quien tenía justo delante. Este, en cambio, observaba tranquilamente a las personas que los rodeaban. Weilong seguía su mirada para ver si se fijaba en alguien. Solo una persona retuvo su atención, y estuvo contemplándola un buen rato con los ojos destellantes. Entonces, como soda en la que se echa zumo de limón, Weilong sintió ascender en su interior una efervescencia de burbujas ácidas. Lu Zhaolin estaba mirando a una joven mestiza que no tendría más de quince o dieciséis años. La claridad de su piel, de un blanco profundo y lechoso, se distinguía naturalmente de la de los chinos. En ese rostro níveo, el embrujo de sus grandes ojos verde claro, las gráciles pestañas negras, las cejas color de tinta y los labios, tersos y húmedos, de un rojo intenso, destacaban con una belleza un poco sobrecogedora. Era una de las jóvenes mundanas más mentadas de Hong Kong: Zhou Jijie. Se decía que su árbol genealógico era extraordinariamente complejo; en él se encontraban al menos siete u ocho orígenes diferentes, con sangre árabe, negra, india, inglesa y portuguesa, entre otras, siendo la parte china prácticamente insignificante. A pesar de su juventud, había entrado en sociedad hacía tiempo, de modo que su posición ya era firme; Weilong, en cambio, era una belleza recién llegada a los círculos de la sociedad hongkonesa. Con todo, y al margen de cierta inevitable rivalidad, podía decirse que se llevaban bastante bien.

Weilong se había quedado ensimismada mirando a Zhou Jijie y esta, que enseguida se dio cuenta, la saludó sonriendo y le hizo señas de que se acercara. Weilong le lanzó una mirada significativa e hizo un mohín en dirección a las monjas, que hablaban sin parar, contándole con todos los pormenores los preparativos para la celebración de los ochenta años que cumplía la madre superiora. De repente, apareció un joven anamita que hablaba corrientemente el francés, y se interesó por el gran acontecimiento del momento, el mercado benéfico para recaudar fondos destinados al orfanato. Encantadas, las monjas se pusieron a describirle de principio a fin, con todo lujo de detalles, la gran ceremonia que había tenido lugar con ocasión de la honorable visita de la señora esposa del gobernador de Hong Kong. Weilong pudo entonces escabullirse y reunirse con Zhou Jijie.

—Dame las gracias —dijo esta risueña, señalándose la nariz [4].

—¿Al *bodhisattva* salvador lo has enviado tú? —preguntó Weilong—. ¡Qué suerte que estabas aquí!

En ese instante, se oyó cierta agitación procedente de la verja del jardín, y se vio a Nini, muy sonriente, reteniendo a alguien para impedirle el paso. Pocas palabras del visitante bastaron para acabar con su resistencia, y la doncella acabó dejándolo entrar a grandes zancadas.

—Mira, mira, ese es tu hermano mayor, ¿verdad? —dijo Weilong dando un suave codazo a Zhou Jijie—. No sabía que tuvieras un hermano mayor.

Jijie le lanzó una mirada fulminante.

—No me gusta nada oír decir que me parezco a Georgie Qiao —dijo levantando una ceja, con una sonrisa casi imperceptible—. Si yo tuviera esa facha, no podría soportarlo. Me casaría lo antes posible con un musulmán para pasar la vida tapada con un velo.

Weilong recordó de pronto haber oído decir que Zhou Jijie y Georgie Qiao eran hermanastros de diferentes padres. En cuanto a los detalles del asunto, «es indecible, es indecible», como rezaba el dicho budista. No era de extrañar que Zhou Jijie no quisiera hablar del asunto. Weilong se arrepintió de haber sido inoportuna; se apresuró a cambiar de tema y pasar a otra cosa.

Sorprendentemente, Jijie, pese a manifestar su desdén por Georgie, seguía prestando considerable atención a sus movimientos. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando ocultó la boca con la mano para disimular una risita.

—Fíjate —susurró a Weilong—, Georgie no para de ir y venir delante de tu tía. Cuanto menos caso le hace ella, más galantea él, y esta vez, la anciana señora se va a hartar.

Al mirar, lo primero que vio Weilong fue el cambio que se había producido en la actitud de Lu Zhaolin, que hablando con la señora Liang había ido llegando a un alto grado de entendimiento con ella. Las pupilas de ambos, como cuatro perlas unidas por un hilo, parecían inseparables. Weilong y Lu Zhaolin se conocían desde hacía ya tiempo, pero tuvo la impresión de que nunca habían llegado a tanta intimidad. Weilong no pudo evitar que un sollozo sofocado le enrojeciera los ojos: «¡Será estúpido! ¡Será estúpido!», maldijo para sus adentros. «¿Serán igual de necios todos los hombres?»

Se fijó entonces en Georgie Qiao, que, efectivamente, iba y venía cual lanzadera delante de su tía, con las manos en los bolsillos, charlando con otras personas, pero concentrado exclusivamente en la señora Liang y lanzándole miradas sin parar. Acabó llamando la atención de todos los invitados sobre ella y Lu Zhaolin. Entre esas tres personas el conflicto de faldas estaba que ardía; los asistentes lo observaban con interés, e incluso dejaban escapar alguna risa. A pesar de su dominio de sí misma, la señora Liang empezaba a preocuparse e impacientarse. Apartó el vaso de zumo de frutas, apoyó el brazo en el respaldo de la silla y lanzó de lejos una significativa mirada a Weilong. Esta se volvió hacia Georgie Qiao y la señora Liang asintió muy discretamente. Weilong no tuvo más remedio que dejar a Jijie para cubrir el expediente con Georgie Qiao.

Fue a su encuentro y, desde lejos, le tendió la mano sonriendo.

—¿Es usted Georgie? No nos han presentado.

Se saludaron, y Georgie Qiao volvió a meter las manos en los bolsillos, risueño, mirando a Weilong de arriba abajo. Ella llevaba ese día un *qipao* de fina seda azul porcelana. Bajo la mirada de esos ojos verdes, tuvo la impresión de que sus brazos, como leche hirviendo que se derrama, se volvían incontrolables, y que toda ella rebosaba de esa jarra azul. Se apresuró a serenarse.

—¿Le parezco desagradable a la vista? —preguntó sonriendo—. ¿Por qué me mira con esos ojos desorbitados, como si fuera yo una astilla que se le hubiera clavado?

—Ya lo creo que es una astilla —contestó Georgie—, y mucho me temo que ya no me la pueda quitar. Me la quedaré para siempre como recuerdo.

—Usted sí que sabe bromear. Pero aquí da mucho el sol, vayamos allí, a la sombra, a dar un paseo al fresco.

Mientras andaban uno junto al otro, Georgie lanzó un suave suspiro.

—Merecería una paliza. ¿Cómo puede ser que no supiera que había en Hong Kong una persona como usted?

—Desde que vine a vivir a casa de mi tía, usted no se ha dejado caer mucho por aquí. Y yo tampoco salgo demasiado. De otro modo, probablemente, no habría razón alguna para que no nos conociéramos. Usted sale mucho, según tengo entendido.

—Y, sin embargo, he estado a punto de perderme esta ocasión —replicó Georgie Qiao—. Verdaderamente, no puede usted imaginar hasta qué punto ha resultado oportuna. Podríamos haber vivido en siglos diferentes. O en el mismo siglo, pero habiendo nacido usted veinte años antes que yo. Incluso diez años habrían sido un desastre. Si yo le hubiera llevado a usted veinte años, puede que no hubiera sido tan grave. Creo que cuando sea viejo, no llegaré a ser demasiado repulsivo, ¿qué le parece?

—Está usted diciendo disparates —replicó Weilong sonriendo.

Le lanzó una ojeada para tratar de imaginárselo anciano. Tenía la tez muy pálida, todavía más que Zhou Jijie. Incluso sus labios eran de un blanco pétreo como los de una estatua de yeso. Bajo sus cejas y pestañas intensamente negras, sus ojos parecían arrozales en ciernes acariciados por la brisa, donde de vez en cuando, bajo los brotes tiernos, riela un destello verde del agua, que luego desaparece. Era un hombre alto y bien proporcionado, pero la ropa le iba tan bien, le daba tal desenvoltura, que hacía olvidar la existencia del cuerpo. A su lado, Lu Zhaolin parecía torpe y desmañado. Debido a este, Weilong estaba muy resentida con la señora Liang. Georgie Qiao era el único hombre, que ella supiera, capaz de resistir al embrujo de la señora Liang y, al pensarlo, no pudo evitar que aumentara su simpatía hacia él.

—¿Prefiere Shanghai o Hong Kong? —le preguntó Georgie Qiao cuando averiguó de dónde era oriunda.

—El paisaje, naturalmente, es mejor en Hong Kong —contestó Weilong—. Su costa, sobre todo, es famosa y si supiera nadar es posible que prefiriera Hong Kong.

—Con el tiempo, le enseñaré —propuso Georgie Qiao—, si usted lo desea. Su inglés es excelente —

añadió luego.

—Pero ¿qué dice? Si el año pasado nunca hablaba inglés fuera de clase y hace poco que he empezado a decir apenas alguna frase sencilla con amigos de mi tía; y con toda la gramática incorrecta.

—Si no está acostumbrada a hablarlo, estará usted un poco cansada, ¿no es así? No hablemos más en inglés.

—Pero ¿en qué hablaremos entonces? Usted no entiende el shanghaiano, y a mí se me da mal el cantonés.

—No hablemos en absoluto. Ha tenido usted que esforzarse durante horas para dar conversación a toda esa gente tan aburrida, ahora debería descansar.

—Oírle decir estas cosas, eso sí que me resulta un tanto trabajoso —dijo ella sonriendo.

Eligió un banco para sentarse, y Georgie se sentó a su lado. Al cabo de unos instantes, Weilong prorrumpió en carcajadas.

—Tres minutos de silencio —dijo—, y cualquiera diría que estamos de luto.

—¿No pueden dos personas estar sentadas juntas sin decirse nada?

Mientras hablaba, alargó el brazo sobre el respaldo, por detrás de Weilong.

—Es mejor que conversemos —dijo ella.

—Si se empeña en que hablemos, le hablaré en portugués.

Y se puso a decirle cosas en voz muy baja que Weilong escuchó unos instantes, con la cabeza ladeada y los brazos alrededor de las rodillas.

—Pues no entiendo nada de lo que me está diciendo —dijo riendo—. ¡Seguro que me está insultando!

—¿Le parece a usted que mi tono de voz era de estar insultándola? —dijo Georgie con suavidad.

Weilong enrojeció de repente y bajó la cabeza.

—Quisiera traducir al inglés lo que le he dicho, pero temo no tener suficiente audacia.

—¿Y quién quiere oírlo? —replicó Weilong tapándose los oídos con las manos, antes de levantarse y desaparecer entre la multitud de invitados.

Había oscurecido, la luna empezaba a salir, amarilla, como si al bordar el raso verde jade de la noche, hubiera caído encima una pequeña ascua de incienso.

Weilong se giró y vio que Georgie venía siguiéndola.

—Esta vez no tengo tiempo que perder con usted —le dijo—. Y ni se le ocurra volver a importunar a mi tía. ¡Gracias!

—¿No lo sabía? —replicó Georgie—. Precisamente tengo ganas de ver a su tía ponerse nerviosa. No es frecuente. Una mujer excesivamente serena, siempre circunspecta y reservada, pierde encanto.

Weilong chistó y rogó a Georgie con insistencia que no fuera a fastidiar a su tía.

—Su tía rara vez pierde —dijo él con una leve sonrisa—, pero conmigo ha perdido. Hoy, justo cuando estaba en pleno apogeo de autocomplacencia, ha tenido que verme precisamente a mí, y eso le ha recordado su reciente fracaso. No es de extrañar que esté enfadada.

—Como siga usted diciendo un disparate tras otro —advirtió Weilong—, yo también me voy a enfadar.

—Si quiere que me vaya, me iré —concedió Georgie—. Pero antes tiene que prometerme que comeremos juntos mañana.

—No puedo. Sabe que no puedo.

—Si quiero verla, ¿voy a tener que venir aquí? ¡Pero si su tía me prohíbe entrar! Hoy he podido porque ella no ha querido quedar mal delante de toda esta gente. Si no, hace rato que me habría echado a la calle.

Weilong bajó la cabeza sin responder.

Entretanto fueron aproximándose precisamente la señora Liang y Lu Zhaolin, ambos bastante entonados, caminando hombro con hombro, cóctel en mano, derramándolo a cada paso.

—Ve a buscar a Jijie —ordenó la señora Liang—, que nos toque el piano. Aprovechemos que todavía no se ha ido nadie para cantar unas canciones, a ver si se anima esto un poco.

Weilong asintió y se volvió hacia Georgie, pero este ya había desaparecido como una exhalación. Weilong buscó a Zhou Jijie sin encontrarla. Preguntó a las empleadas de la casa, y le dijeron que se estaba lavando la cara en el piso de arriba.

Weilong subió y vio luz en el cuarto de baño de su tía. Delante del espejo, Zhou Jijie estaba retirándose los brillos del rostro con un papel absorbente cosmético.

—Te ruegan que bajes a tocar el piano —le dijo Weilong.

—Ni siquiera sé quién va a querer lucir su voz de ruiseñor. No tengo paciencia para hacer el acompañamiento.

—Nadie va a querer cantar un solo —contestó Weilong sonriendo—. Se trata de cantar juntos unas

cuantas canciones de moda para animar un poco el ambiente.

Zhou Jijie arrugó el papel de algodón y lo lanzó hecho una bola contra el espejo.

—Pues animación va a haber, ya verás. En esa panda todos tienen voces estentóreas, cuando canta uno parece un coro de siete u ocho.

Apoyada en el marco de la puerta, Weilong se echó a reír.

—¡Has bebido! —dijo.

—¿Y te extraña? —replicó Jijie—. Me han llenado el vaso sin parar.

Las copas que había bebido le habían vuelto la tez todavía más pálida; tan solo el blanco de los ojos había enrojecido un poco.

—Pareces conocer bien a los invitados de hoy —dijo Weilong.

—A los estudiantes de la Universidad Huanan, de esos conozco a muchos. Organizan bailes de tarde o de noche o banquetes al aire libre a la menor ocasión, y siempre se empeñan en invitarnos a mi hermana y a mí. Mi hermana entró en la universidad el año pasado, así que ahora ya nos hemos vuelto indispensables.

—El año que viene, cuando te hayas graduado, ¿irás a la Huanan?

—Si por mí fuera, me encantaría irme lo más lejos posible —contestó Jijie—, a una universidad de Australia o de Honolulu. De Hong Kong ya no puedo más.

—Ese Georgie Qiao ¿es estudiante de la Universidad de Huanan?

—¿Él? —replicó Jijie—. Es el inútil más sobresaliente de toda la familia Qiao. Fue admitido hace cinco años en la Huanan, pero dejó los estudios a mitad de curso. El año pasado, volvió a la universidad por mi hermana mayor Jimiao, y fue el hazmerreír de todo el mundo. Para su padre, menos mal, es el menos querido de todos sus hijos, si no ya le habría dado un patatús. No te haces idea, Weilong, de cómo son los varones mestizos: hasta los mejores son de lo más melancólicos, tienen algo de niña.

Weilong se tragó la respuesta que estaba a punto de dar, y sonrió a Jijie.

—Sí, lo sé —prosiguió esta—, también yo soy mestiza, y me pasa lo mismo. Ya lo ves, los únicos maridos que podemos encontrar son hombres como nosotras. Entre los chinos, no puede ser, porque por nuestra educación extranjera no encajamos con chinos de pura cepa. ¡Pero con los extranjeros tampoco puede ser! De los blancos de aquí, a ver cuál no tiene prejuicios raciales. Incluso suponiendo que uno de ellos aceptara, su sociedad no lo aprobaría. El que se casa con una oriental ya puede despedirse de su carrera profesional. Hoy en día, ¿quién sería tan estúpidamente romántico?

Weilong no esperaba que Jijie llegara a hablar de cosas tan íntimas con ella, y asintió.

—¿De verdad? Nunca lo habría creído —dijo sonriendo mientras se mordisqueaba una uña—. ¿Tienes tan poco donde elegir?

—Esa es la razón por la que Jimiao también está empeñada en irse de Hong Kong. Aquí, la atmósfera colonial es demasiado densa; yéndose a otro sitio, quizá las barreras raciales sean menos fuertes, ¿no? No puede ser que no haya en todo el mundo un solo lugar donde podamos establecernos y vivir en paz.

Mientras hablaba, sus ojos enrojecieron aún más.

—Está claro que estás borracha —dijo Weilong—. Por eso te pones triste sin ninguna razón.

Hizo una pausa.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Weilong sonriendo.

—¿Qué pasó luego de qué?

—Georgie y tu hermana.

—¡Ah, te referías a ellos! —dijo Jijie—. Luego pasó de todo, muchas cosas ridículas. Mi hermana estaba que trinaba. No te puedes imaginar lo mala lengua que puede llegar a ser Georgie, lanzó muchos rumores…

No había acabado la frase cuando Nini llamó a la puerta y entró diciendo que abajo estaban insistiendo. Jijie no tuvo más remedio que guardar sus cosas precipitadamente y bajar con Weilong, sin por ello dejar de hablar con ella.

Apenas entraron las dos en el salón, todo el mundo aplaudió y acució a Weilong para que cantara. Al no poder rechazar, entonó *Moon Over Burma*, tras lo cual comprobó de reojo la expresión de la señora Liang, y vio que no estaba totalmente segura de Lu Zhaolin. Weilong temió que, si se lucía demasiado y llamaba excesivamente la atención, su tía se celara, de modo que declinó con obstinación volver a cantar.

La *garden party* consistía en un té con merienda, así que, a eso de las siete o las ocho, los invitados fueron marchándose. Demasiado ocupadas atendiendo a unos y a otros, la señora Liang y Weilong todavía no habían comido nada, y cenaron como de costumbre. Con cierta mala conciencia por lo sucedido con Lu Zhaolin, la señora Liang se mostró mucho más amable y considerada con Weilong. Aun así, estuvieron un buen rato sin saber qué decirse.

—Hoy el pastel de chocolate no era nada del otro mundo —dijo finalmente la señora Liang—. Para otra

vez, recuerda que pidamos a los Qiao que nos cedan a su intendente para que venga a ayudar.

Weilong asintió. La señora Liang sonreía sola mientras cortaba fiambre de lengua de ternera. Unos instantes después, cogió el vaso y, antes de beber, se quedó mirándolo, risueña y ensimismada. Cuando tendió la mano para coger el molinillo de pimienta, como si de nuevo le viniera a la mente algún recuerdo, el rictus jovial se acentuó todavía más.

«Realmente, qué desdichadas son las mujeres», pensó Weilong suspirando para sus adentros. «Con que un hombre les ponga un poco de buena cara, ¡ellas, felices!» En un momento dado, la señora Liang levantó la cabeza y se fijó en ella.

—¿De qué te ríes? —preguntó de repente, risueña.

—¿Cuándo me he reído? —replicó Weilong, sorprendida.

Sobre el aparador de pino, detrás de la señora Liang, había expuesto un escudo de plata, insignia que había recibido al hacer un donativo para los fondos de la rama hongkonesa de la Royal Society of Medicine. Estaba tan pulido como un espejo y, en su reflejo, efectivamente Weilong se vio a sí misma sonriendo, y se apresuró a ponerse seria.

—¡No disimules! —dijo la señora Liang—. ¡Serás niña! Hay que ver cómo te alegras en cuanto hay invitados.

Dicho esto, jovial, siguió comiendo su plato de lengua fría. Al poco, Weilong volvió a distraerse, y las comisuras de los labios se alzaron de nuevo: ya estaba otra vez sonriendo, lo que le hizo fruncir el ceño. «Pero ¿qué te pasa?», se preguntó. «Tienes buenas razones para estar furiosa, ¿cómo es que no lo estás? "Atrévete a sentir rabia, mas no a expresarla", decían los antiguos. ¿Y tú, ni siquiera te atreves a sentir rabia?» Pero su mente apenas se posó un instante en la imagen de la señora Liang junto a Lu Zhaolin, cual libélula a flor de agua, antes de volar a saber adónde. Tía y sobrina tenían cada una su invitado invisible, de modo que en realidad era una mesa de cuatro comensales, y la cena no resultó en absoluto solitaria.

Después de la cena, Weilong volvió a su habitación, donde Nini estaba preparando la cama, disponiendo sobre la almohada un camisón doblado azul luna.

—¡Cómo se ha fijado en usted ese Georgie Qiao! —bromeó nada más verla.

—Es curioso. No sé qué tendrá ese Qiao de tan terrible que nadie aguanta verlo intercambiar unas cuantas palabras conmigo —replicó Weilong sarcástica.

—Ese hombre… terrible no es, pero es mejor no provocarlo.

—¿Y quién lo provoca? —dijo Weilong encogiendo los hombros.

—Puede que usted no lo provoque a él, pero si él a usted sí, ¿no vendrá a ser lo mismo?

—Ya está bien, ya está bien —dijo Weilong entrando en el cuarto de baño—, no me digas más. Esta tarde, Zhou Jijie ya me ha contado en detalle su pasado desaforado. Seguro que has estado escuchando a escondidas y lo has oído todo.

Weilong se dispuso a cerrar la puerta, pero Nini ya había introducido un pie y se coló en el baño.

—No sabe usted, señorita. Lo más importante no son las locuras que ande cometiendo. Lo peor es que su padre no le tiene ningún aprecio. Su madre, al poco de casarse con *sir* Qiao Cheng, dejó de gustarle. Debido a eso, la mujer no consiguió ahorrar. El hijo, además, tampoco se aviene a comportarse como a él le gusta, así que el padre nunca ha estado muy dispuesto a ocuparse de sus asuntos. Ahora, y eso que *sir* Qiao Cheng vive todavía, anda siempre muy apurado y pasando estrecheces. Pero el día de mañana, cuando muera, dejará más de veinte concubinas y una docena de hijos varones, ni siquiera a sus favoritos les quedará mucho patrimonio que repartirse, así que ¡imagínese a él! Aparte de divertirse, no sabe hacer nada, ¡tiene un futuro muy difícil!

Weilong no dijo nada. Se quedó un buen rato mirando fijamente a Nini.

—Tranquila —contestó al fin con una sonrisa—. Soy tonta, pero no tanto.

Después de haber dicho eso, supo que tendría que poner toda su atención hasta en el menor paso que diera. Georgie Qiao ya no volvió a irrumpir en la mansión de los Liang, pero cada vez que Weilong salía con ocasión de alguna reunión social, cualquiera que fuera, él siempre estaba entre los asistentes. Sin embargo, ella se mostraba mucho más distante con él que en su primer encuentro. En los últimos tiempos estaba particularmente cargada de compromisos mundanos; a la señora Liang no le importaba dejarla salir, pero era porque en casa se había vuelto un estorbo: su relación con Lu Zhaolin era puro fuego y, sabiendo que entre su amante y Weilong había habido un sentimiento especial, intuía que su sobrina no podría evitar cierto resentimiento hacia ella. De ahí que la mantuviera provisionalmente apartada, para evitar que Lu Zhaolin se distrajera. Pero el camino de la felicidad está lleno de sinsabores. Resultó que Situ Xie, el antiguo amor de la señora Liang, volvió de repente a Hong Kong. Aunque de edad considerable, Situ Xie era de temperamento tan impetuoso como un muchacho, y suspicaz. La señora Liang no deseaba ofender a un

amigo de tantos años por un divertimiento pasajero. En consecuencia, dejó de lado a Lu Zhaolin y concentró toda su atención en cubrir el expediente con Situ Xie.

Ese día, Weilong y la señora Liang habían acudido juntas a un banquete con multitud de ilustres comensales. Georgie Qiao y Situ Xie también estaban allí. Después de la cena, la señora Liang había invitado a Situ Xie a su casa para que viera los nuevos azulejos de vidrio de color rojo cereza que había mandado poner en las paredes de su cuarto de baño. Situ Xie era un magnate del sector de los esmaltes en Shantou, y quería conocer su opinión experta. Al momento, se subió a su coche llevando consigo a Weilong, para que las llevara a casa. Durante el trayecto, empezó a caer una lluvia torrencial. Era el principio del verano, la temporada de las ciruelas y de las lluvias.

Sobre la intensa negrura de la ladera de la montaña, el viento tenebroso arremolinaba a ráfagas violentas una lluvia de mordaz blancura, concentrando las gotas en torbellinos grandes como ruedas de carro y arrojándolas ante los faros del coche, donde rodaban como bolas de cintas de seda. Los árboles frondosos que cubrían las laderas también se doblaban y encogían hasta formar esferas de seda verde que rodaban en pos de las esferas de seda blanca.

Los tres pasajeros iban en el asiento trasero del coche, la señora Liang sentada en medio. Weilong, agobiada por el bochorno, tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento delantero, con la cara orientada al viento húmedo. Tras ventilarse un rato, un poco cansada, reclinó la cabeza en el pliegue del codo. Ese gesto le recordó de repente una costumbre muy propia de Georgie Qiao: cada vez que tenía que reflexionar mínimamente, hundía el rostro en el pliegue del brazo, se quedaba quieto un rato y luego levantaba la cabeza, sonriente, diciendo: «¡Ah, sí! ¡Ya lo tengo!». Ese ademán infantil suscitaba en Weilong una reacción rayana en el amor maternal. Tenía ganas de besar los cortos cabellos de su nuca, de besar ese rostro tan serio en su esfuerzo de reflexión, de besar la arruga que ese rostro había dejado en la manga. El mero hecho de recordar ese gesto enternecedor le inundó el corazón de una sensación de dulzura entrañable y cálida. Estaba ardiendo por dentro, pero tenía las extremidades heladas, y se estremeció. Una corriente fría de alegría le galvanizaba todo el cuerpo a oleadas, tan pronto intensas como mansas, al igual que las ráfagas de viento y de lluvia al otro lado de la ventanilla.

En ese estado, Weilong difícilmente habría podido oír lo que se decían la señora Liang y Situ Xie. Entonces, su tía le dio un ligero empujón.

—¡Mira, mira! —le dijo exhibiendo ante su rostro la blanca muñeca adornada con una pulsera de diamantes de unos diez centímetros de ancho. La luz no estaba encendida en el interior del coche, pero los destellos fulgurantes de la pulsera iluminaban las uñas rojas de la señora Liang. Weilong lanzó una exclamación admirativa.

—Me la ha regalado él —dijo la señora Liang, antes de volverse hacia Situ Xie con un mohín burlón—. ¡Hay que ver lo impaciente que eres! ¡No has podido ni esperar a que lleguemos a casa para darme la sorpresa!

Weilong sostenía la mano de la señora Liang, extasiada, cuando de repente —¡clac!—, en menos de lo que se tarda en decirlo, Situ Xie le puso una pulsera de diamantes idéntica con la rapidez de un detective esposando a un delincuente por sorpresa. Weilong se sobresaltó y, durante unos instantes, no fue capaz de decir nada, tan solo de intentar quitarse el brazalete; pero en la oscuridad no encontraba el cierre. Azorada, agarró la pulsera para tratar de quitársela a la fuerza. Situ Xie se apresuró a sujetarle la mano.

—Señorita Weilong —dijo sonriendo—, no puede negarme este honor. Espere, por favor, espere que le explique mis motivos. Estas cosas van en conjunto, no quiero desparejarlas. Si le he regalado una a su tía, ¿a quién más voy a regalar la otra? La que he dado a su tía, el día de mañana, de todos modos, será para usted, ¿qué más da? ¡Pare, pare! Si no quiere llevarla, déjesela a su tía de momento, que ella se la guarde.

—No puedo aceptar un objeto de tanto valor —dijo Weilong.

—Aceptar un regalo de alguien mayor no tiene nada malo. Le das las gracias y punto —replicó entonces la señora Liang, antes de propinarle una ligera patada—. Pareces una paleta, con tantos melindres —la regañó al oído.

Weilong hizo un esfuerzo para reprimirse.

—Muchísimas gracias —dijo sonriendo a Situ Xie—. Aun así…

—No me dé las gracias, no me dé las gracias, estamos en confianza —interrumpió Situ Xie sacudiéndole la mano. Luego la soltó y se volvió hacia la señora Liang, con quien siguió riendo y hablando. Weilong no tuvo ocasión de intervenir y permaneció un rato sin saber qué hacer.

El coche llegó en un instante a la mansión de los Liang, mientras la lluvia, arrolladora, caía con ímpetu creciente. No llevaban impermeable, de modo que el chófer tuvo que dar un bocinazo para que una criada acudiera con un paraguas a buscarlos uno a uno al pie de la escalera. Los zapatos blancos de piel calada de

la señora Liang y de Weilong no tardaron en empaparse y mancharse de barro. A cada paso, gorgoteaban y echaban pompas. Nada más entrar en la casa, Weilong se precipitó al piso de arriba, mientras la señora Liang le iba haciendo recomendaciones.

—Lávate los pies, cámbiate de zapatos y baja enseguida a tomar un poco de brandy, que si no cogerás frío.

Weilong dijo que sí a todo, mientras pensaba: «A estas horas de la noche, ¿voy a estar bebiendo licor con vosotros? ¡No tendría valor para eso ni comiéndome la bilis de una pantera!».

Una vez en su habitación, se encerró con llave y, mientras llenaba la bañera, ordenó a través de la puerta que bajaran a avisar de que había cogido frío y que iba a dormir. A continuación, llegó Nini, que llamó enérgicamente con los nudillos para traerle aspirina. Weilong fingió que el agua caliente que corría del grifo de la bañera le impedía oírla. Su habitación era, por así decirlo, su propio apartamento, con cuarto de baño privado y un balconcito. Antes de acostarse, para tratar de despejar el ambiente asfixiante, Weilong entreabrió el ventanal. Afortunadamente, el viento no soplaba en esa dirección, y no rociaba demasiada lluvia. Justo delante del balcón se alzaba una abrupta escarpadura, como si la cordillera sacara la lengua para lamer el balcón. En plena temporada de lluvias, los árboles ebrios que cubrían las laderas exhalaban a vaharadas sus aromas de hojas verdes humedecidas: plataneros, gardenias, magnolios, bananos, alcanforeros, ácoros, helechos, *erythrinas*, palmeras, carrizos, tabaco, todo ello crecía y se reproducía demasiado deprisa, casi con fervorosa fiereza, y el viento que irrumpía en el dormitorio traía olores levemente carnosos. El aire estaba saturado de humedad; todo el suelo de madera y la superficie de los muebles estaban cubiertos de diminutas perlas de agua condensada.

Weilong estaba tendida en la cama. La ropa de cama se le pegaba, y la funda de la almohada parecía a punto de criar musgo en cualquier momento. Acababa de tomar un baño, pero de buena gana habría tomado otro para librarse de esa humedad. Daba vueltas en la cama, exasperada. Recordaba al Situ Xie de antes; efectivamente, su actitud había cambiado. Se había fijado bastante en ella desde el principio, pero la presencia de la señora Liang había impedido que lo mostrara con demasiada claridad. Si esa noche había tenido ese gesto, resultaba evidente que había llegado a un acuerdo previo con su tía. ¿Hacerle un regalo de ese valor sin motivo alguno? ¡No era ese tipo de hombre! En ese momento, atisbó la pulsera en el tocador. La había dejado allí al quitársela, y allí seguía, bajo la lámpara, lanzando destellos. Weilong se incorporó de golpe. «¡Tengo que guardarla inmediatamente!», pensó. «Pase lo que pase, tengo que devolvérsela. Si desapareciera, la cosa no tendría ninguna gracia.» Abrió el armario y sacó un estuche de cuero donde guardó con esmero la pulsera. El armario, empotrado en la pared, tenía en su interior varias hileras de bombillas de alta potencia que, durante la temporada de lluvias, permanecían encendidas día y noche para mantener seca la ropa y evitar que enmoheciera.

Al abrir el armario, Weilong no pudo sino recordar la noche primaveral de su llegada, cuando se probó a escondidas los vestidos nuevos, y el estado de agitación en que se encontraba entonces. Tres meses habían pasado como una exhalación: había llevado esa ropa lujosa, había comido manjares, se había divertido; y había adquirido algo de fama en los círculos mundanos. Había experimentado todo aquello a lo que aspiran las muchachas corrientes. ¿Acaso era posible que todo eso fuera así de fácil, a cambio de nada? Desde esa perspectiva, situaciones como la que se había producido esa noche eran inevitables. Sin duda no era la primera vez que la señora Liang sacrificaba a una joven para engatusar a Situ Xie, y sin duda no sería la última vez que sacrificaría a Weilong con ese mismo objeto. La única manera de negarse a ello era irse de allí.

Weilong se apoyó en la puerta del armario, contemplando el balcón: al batir el suelo de cemento, la lluvia capturaba un poco de luz de la habitación, giraba a gran velocidad y su fulgor metálico brincaba a casi medio metro, cual bailarina de ballet con tutú plateado. Weilong lanzó un suspiro. En tres meses se había vuelto adicta a esa vida. Para abandonar ese lugar tendría que encontrar a un hombre rico y casarse con él. Un marido con dinero y que le gustara parecía algo imposible. Quizá debía conformarse con buscar uno adinerado, sin más, en cuyo caso seguiría los pasos de la señora Liang. Su tía era una persona hábil, radicalmente materialista; de soltera, oponiéndose a la opinión de todos, se había empeñado en casarse con un rico de más de sesenta años para esperar a que muriera. Y sí, había muerto; lástima que la muerte le hubiera llegado un poco tarde… ella ya era mayor. Nunca podría saciar el hambre que la afligía. Necesitaba amor, el amor de muchos, ¡pero su manera de buscarlo resultaba tan ridícula a los ojos de los jóvenes! Weilong no quería acabar como ella.

Entonces se puso a pensar en Georgie Qiao. Después de las peripecias por las que había pasado ese día, en el desasosiego en que se encontraba, se sintió extenuada y sin fuerzas ya para prolongar su lucha desesperada contra el Georgie de sus pensamientos. Se rindió al amor. Puede que cortejarla no fuera para él

más que un divertimiento pasajero; puede que se comportara así con todas las chicas. Sin embargo, si Georgie le expresara sus sentimientos con sinceridad, Weilong estaba convencida de que lo aceptaría. Ciertamente, en el pasado, Georgie se había mostrado reacio a sentar la cabeza, era demasiado inteligente, su visión de la vida era demasiado negativa, nadie en su entorno había sabido comprenderlo y, entre la gente de Hong Kong, vivía como un extraño. Afortunadamente, todavía era joven. Si tuviera una esposa que lo amara y que confiara en él, ¡sería capaz de tantas cosas! Aunque él no tenía dinero, los Qiao tenían contactos en todo tipo de instituciones y organismos de Hong Kong, y no le faltarían medios de subsistencia.

Cuando volvieron a verse, el cambio de opinión de Weilong afloró en su semblante y en sus palabras, y Georgie Qiao lo percibió inmediatamente. Ese día, un grupo de jóvenes se había reunido para ir de pícnic a lo alto de la montaña. Weilong estaba cansada de andar, e hizo un alto en el camino acompañada por Georgie. Quedaron con los demás en que se verían al cabo de un rato en la cima. Era el primer día de calma después de muchos de lluvia, pero el cielo seguía cubierto y apenas se veían las cúspides verdes de las cumbres emergiendo entre la niebla. Weilong y Georgie estaban sentados al borde de la carretera, con los pies colgando en el vacío. Mirando hacia abajo, en un espacio despejado, se veía una parte de la falda del monte, donde unas cuantas campesinas vestidas de azul, con anchos sombreros en forma de pagoda, recogían leña. Weilong experimentaba una flotante sensación de irrealidad. Para colmo, ese día, por una vez, Georgie estaba particularmente tranquilo y formal, sentado a su lado sin decir nada, acentuando la impresión incierta y nebulosa propia de los sueños. Weilong llevaba un pantalón blanco, una blusa de color cobrizo salpicada de lunares verde bronce y un turbante a juego, que el viento había echado hacia atrás, descubriendo parte de su flequillo levemente ondulado.

—Georgie, ¿no has hecho nunca planes de futuro? —preguntó lentamente, tirando de la hierba que la rodeaba.

—Claro que sí —contestó Georgie sonriendo—. Por ejemplo, planeo ir a verte esta misma noche si hay claro de luna.

A Weilong se le demudó el semblante.

—Planeo ir a verte —prosiguió sin darle tiempo a replicar—, tengo algo importante que decirte. Quisiera conocer tu opinión sobre el matrimonio.

A Weilong le dio un vuelco el corazón.

—Yo no tengo intención de casarme —añadió Georgie—. Aun suponiendo que tuviera esa posibilidad, no estoy hecho para eso. No cumpliré los requisitos de un buen marido antes de los cincuenta años. Weilong, si te hablo con tanta franqueza es porque eres una buena chica, nunca has jugado conmigo. Eres demasiado bondadosa, Weilong. Cuando tu tía te explota de este modo, ¿a quién beneficia tu afán, a quién benefician tus esfuerzos? Cuando ya estés agotada, marchita, ¿crees que ella querrá que sigas a su lado? Weilong, estás cansada. Necesitas disfrutar un poco de la vida.

Se inclinó hacia ella para besarla. Ella recibió el beso sin inmutarse.

—Weilong —continuó él en voz baja—, no puedo prometerte el matrimonio, ni puedo prometerte el amor, solo puedo proporcionarte alegría de vivir.

Eso estaba tan alejado de las esperanzas de Weilong que se sintió arrojada varios metros atrás, y tuvo vértigo. Se presionó las sienes con las manos.

—¡No eres muy generoso! —dijo con una vaga sonrisa, apartando el rostro.

—Darte alegría de vivir: ¿hay en la vida algo más difícil de alcanzar?

—¿Vas a darme alegría de vivir? Pero si tú me atormentas más que nadie en el mundo.

—¿Te atormento? ¿Te atormento?

La abrazó con fuerza y besó sus labios con ímpetu. Justo en ese momento, salió el sol y les encendió la cara con sus rayos ardientes. Georgie separó sus labios de los de Weilong, se sacó las gafas de sol del bolsillo del pantalón y se las puso.

—Mira, ha escampado —dijo sonriente—. Esta noche habrá claro de luna.

Weilong lo agarró por las solapas de la chaqueta, alzando el rostro hacia él, escrutándolo con expresión implorante. Buscaba desesperadamente sus ojos a través de las gafas oscuras, pero solo encontró su propio reflejo, reducido y pálido. Lo miró fijamente unos instantes, y bajó la cabeza de repente. Georgie la estrechó entre sus brazos. Ella apoyó la sien contra su pecho. Él la sintió temblar con fuerza, incluso oyó que le castañeteaban los dientes.

—¿De qué tienes miedo, Weilong? ¿De mí? —le preguntó con dulzura.

—Tengo… tengo miedo… de mí misma. Debo de estar loca —contestó Weilong con voz entrecortada antes de estallar en sollozos.

Georgie la meció suavemente, pero ella seguía temblando con violencia, y a él le costaba sujetarla entre sus brazos.

—¡Ya lo creo que estoy loca! ¿Por qué demonios me quedo aquí escuchando todos estos disparates que me estás diciendo? —exclamó Weilong.

«El tiempo en Hong Kong, las chicas de Hong Kong», reza un dicho inglés muy corriente en la colonia, sugiriendo que las jóvenes de la isla son tan tornadizas, inconstantes e imprevisibles como la calima ardiente de su clima. Pues incluso el tiempo, al igual que las muchachas, pareció obedecer a Georgie Qiao. Efectivamente, la noche fue clara. Al claro de luna acudió Georgie, y al claro de luna se marchó. Todavía estaba alta en el cielo la luna cuando el joven saltó desde el balcón de Weilong y, trepando por las ramas de los árboles, llegó hasta la escarpadura de enfrente. En los matorrales aún reinaba la humedad. Con el bochorno asfixiante, los chirridos de los insectos y el croar de las ranas, todo el valle parecía una gran olla que, bajo el círculo de fuego azulado de la luna, bullera borboteando lentamente. Por los vericuetos de esa cuesta no solía pasar nadie, ni siquiera las recogedoras de leña.

Georgie avanzó con cautela, tanteando el terreno. Por miedo a las serpientes, llevaba un bastón, y a cada paso separaba la hierba y la barría fugazmente con un haz de luz de la linterna que apagaba enseguida. Había una planta cubierta de diminutas espinas que se le prendió a las perneras del pantalón, causándole picor y quemazón. De repente, oyó un largo lamento procedente de algún lugar recóndito del monte: uou… uou…, el ulular irrumpía tan súbito como callaba; parecía el grito de auxilio de alguien a quien estuvieran estrangulando. Geogie sabía perfectamente que se trataba de una lechuza. Aun así, sintió un escalofrío recorrerle el espinazo, detuvo su avance y aguzó el oído. Tras una pausa, se oyó un nuevo uou; Georgie resbaló y estuvo a punto de caer monte abajo. Se sujetó a un limonero hasta serenarse y pensó: «Mejor vuelvo por el jardín de la mansión de los Liang. El jardinero no llega hasta el amanecer, hay tiempo de sobra». Como buenamente pudo, fue descendiendo la escarpadura, aferrándose a las enredaderas. A pesar de que no era un deportista, había sido tan revoltoso de pequeño que, para él, ese tipo de circunstancia resultaba perfectamente asumible. Cuando estuvo a unos tres metros por encima del suelo, tomó impulso y, de un salto, se dejó caer en el césped del patio trasero de la mansión de los Liang.

Rodeó la veranda hasta el césped del jardín delantero. Había alguien apoyado en la pequeña cancela de hierro. Georgie se sobresaltó. La silueta destacaba bien al claro de luna; vestía una túnica de ramio blanco y anchos pantalones de ligera seda negra. Debido al calor, llevaba la trenza enroscada en lo alto de la cabeza, desvelando, por encima del cuello de la túnica, su nuca clara y lozana. Talla menuda, fina cintura y curvas marcadas, tenía todo aquello en lo que Georgie se fijaba y no olvidaba. ¿Quién podía ser sino Nini? «La carretera que pasa delante de la mansión de los Liang es la famosa calle de los enamorados», pensó Georgie. «En cuanto llega el verano, se llena de parejas hasta el amanecer. Esta chica debe de tener una cita, seguro.» Vaciló unos instantes, antes de dirigirse hacia ella a pasos sigilosos. Pero Nini tenía los sentidos particularmente agudos, y percibió una presencia tras ella. Se giró con presteza y se topó cara a cara con él. Georgie dio un paso atrás.

—¡Qué susto me has dado! —dijo sonriendo.

Nini se dio una palmada en el pecho, sin habla.

—¡Eso debería decir yo! —dijo por fin—. ¡Qué barbaridad! ¡Un poco más y me muero del susto!

Lo observó unos instantes con los ojos entornados.

—Ya sé qué ha venido a hacer —añadió con una risita irónica.

—Tu joven señora me ha pedido que venga, ¿no te lo ha dicho? —replicó él con descaro.

—Si la joven señora le hubiera dado cita, lo habría hecho abiertamente y, naturalmente, le habría invitado a pasar aquí la noche. ¿Cómo es que se va usted con tanto sigilo?

Georgie tendió la mano y le tocó el pelo.

—No llevas la trenza bien sujeta, se te va a deshacer —dijo.

En un mismo movimiento, su mano bajó, deslizándose por el cuello de Nini hasta la espalda. La joven lo esquivó y lo señaló con el dedo, sacudiendo la cabeza.

—Chillaría ahora mismo —dijo lanzando un largo suspiro— si no temiera que la joven señora se pusiera hecha un basilisco. Se ofuscaría y armaría tal escándalo que resultaría humillante para la señorita.

—La humillación de la señorita podría pasar. Pero la tuya sí que sería un fastidio. Porque esto te compromete a ti también, ¿no es así? Excelente y virtuosa hermanita, ¿qué hacías en el jardín a estas horas de la noche?

Nini no hizo el menor caso a sus palabras, se limitó a mirarlo furiosa.

—Esta vez ha ido usted demasiado lejos —le reprochó—. ¿Qué tiene en contra de la casa de los Liang? ¿No tuvo bastante con perjudicar a Didi, ha tenido que perjudicarla a ella también? ¡A ella, con quien Didi

no puede ni compararse!

—¡Vaya! ¿Tienes intención de vengarlas? ¡Seguro que me has salido al paso en plena oscuridad para robarme y matarme!

—¡Pf! ¡Con el horóscopo que tiene usted, ya me dirá lo que puedo sacar! —dijo Nini despectiva—. ¡Pues sí que me importa su calderilla!

Se giró y se alejó. Georgie se apresuró a alcanzarla y la agarró por la cintura.

—No te enfades, hermanita. Aquí tienes un detalle. Por favor, acéptalo.

Mientras hablaba, con la mano libre, se había sacado un rollo de billetes del bolsillo y trató de deslizarlo en el de Nini. Pero por mucho que buscó en el interior de la túnica blanca, en su precipitación, no encontró bolsillo alguno. Nini le propinó una sonora palmada en la mano.

—¡Ya está bien! ¡Pare de una vez! —lo regañó—. ¿De verdad cree que voy a dejarme comprar?

Pero ahora que Georgie quería realmente retirar la mano, con los nervios no lo conseguía; la túnica de Nini era demasiado ajustada. Después de un buen rato de esfuerzos, Georgie acabó sacando la mano.

—Tendrá que disculparme, debo irme —refunfuñó Nini mientras se abrochaba—. La gente palurda como yo no es como ustedes, los señoritos y señoritas, no está para entretenerse en paseos al claro de luna.

Y se dirigió a la casa. Georgie, que la seguía, aprovechó el instante en que abría la puerta de servicio para pegarse a su espalda, hundiendo el rostro en la base del cuello de la joven. Nini tuvo miedo de despertar a toda la casa, de modo que, en lugar de chillar, apretó los dientes con rabia, levantó el pie derecho y, con todas sus fuerzas, asestó una patada en la rodilla de Georgie. Este estuvo a punto de lanzar un «¡Ay!», pero se contuvo. Nini le coceó entonces la rodilla izquierda, y acertó. Georgie la soltó y Nini pudo escaparse. Georgie entró tras ella y, alzando los ojos, la vio escabullirse, grácil y ondeante, escaleras arriba. Se aproximó entonces a la luz del vestíbulo, sacó un pañuelo y, frunciendo las cejas, se frotó las manchas oscuras que tenía en las perneras del pantalón. A continuación, cerró la puerta y fue en pos de Nini al piso de arriba.

En el otro extremo de la mansión, Weilong estaba tendida de lado sobre la cama, despierta. Reinaba una oscuridad completa, pero no encendió la luz. Permanecía acostada, perfectamente inmóvil. Sin embargo, tenía la impresión de encontrarse en un coche lanzado a gran velocidad; el viento del verano silbaba rozándole las mejillas. Pero no era el viento, eran los besos de Georgie. No sabía cuánto tiempo había estado así tumbada. Se incorporó bruscamente, se calzó las chinelas, se echó por encima un salto de cama y salió al balcón. La luna ya se había puesto, pero Weilong estaba impregnada, saturada de su luz hasta el punto de que su cuerpo se había vuelto luminoso. Permanecía apoyada, inmóvil, en la contraventana. Si el balcón era un pequeño plato de laca negra, ella era la flor de nácar incrustada en la laca. La sorprendía tener la mente tan clara, nunca se había sentido tan lúcida. Ahora trataba de analizar su propia psicología y entendía por qué había puesto tanto empeño en amar a Georgie y tan poca autoestima. Al principio había sido, naturalmente, debido a su poder de seducción. Pero luego había sido solo porque él no la amaba. Quizá Georgie hubiera descubierto desde hacía mucho tiempo, basándose en su propia experiencia, el secreto de su éxito a la hora de conquistar los irracionales corazones femeninos. Le había dicho muchas cosas tiernas, pero nunca había pronunciado una sola palabra que significara que la amaba. Ahora lo veía con claridad, Georgie sí la amaba. Naturalmente, sus formas de amar eran diferentes… Naturalmente, él no la había amado más que un instante muy fugaz. Pero su baja autoestima hacía que se conformara con facilidad. Esa noche, Georgie la amaba. Ese diminuto recuerdo feliz le pertenecía, y ya nadie podría arrebatárselo.

La señora Liang, Situ Xie y toda esa banda de mirada ávida que hicieran lo que quisieran, Weilong se sentía más segura, más fuerte, más libre. Se alegraba profundamente de que Georgie Qiao no le hubiera pedido que se casara con él. Había oído la historia de un hombre que, regresando de una excursión a Lushan, había traído siete u ocho cántaros que había llenado de las nubes blancas de las cimas, célebres en el mundo entero, con la intención de adornar con ellas su jardín en cualquier momento. Casarse por amor, ¿acaso no era un gesto tan necio como el de ese hombre que pretendía encerrar nubes en jarras? Georgie tenía razón, Georgie siempre tenía razón. Apoyada en la barandilla, imitando a Georgie, reclinó su rostro en el hueco del codo y experimentó de nuevo esas diminutas sensaciones gélidas de placer, como campanillas agitándose sobre todo su cuerpo. Se abrazó con fuerza. Sintió la necesidad de abrazar algo más. Emitió un ligero silbido, y un perrito pekinés blanco salió de la habitación moviendo el rabo. Weilong lo cogió en brazos y lo meció susurrándole carantoñas. Debían de ser sobre las cuatro de la madrugada, había aún muchas estrellas, pero el cielo iba palideciendo poco a poco, semejante a una hoja de papel para cartas añil con destellos de pan de oro. En el peñasco de enfrente, los insectos se habían callado, el silencio era cada vez más profundo. De repente, un ruido de pasos se elevó hacia el balcón, alguien venía.

«¡Qué trabajador es el jardinero, llega antes de que salga el sol!», pensó Weilong. Se sentía animada, vivaracha como una niña.

—¡Mira! ¿Quién está allí? —susurró acercando los labios al oído del perro mientras señalaba al hombre —. ¿Lo has visto, quién es?

El perro se puso a ladrar. Weilong miró más atentamente, y el corazón le dio un vuelco… El jardinero no era, ni mucho menos, tan corpulento. En las zonas tropicales, cuando amanece, amanece sin prolegómenos. A la luz del día, esa silueta que parecía tan gruesa y basta cobró definición: en realidad, mirando mejor, no se trataba de una sino de dos personas andando muy estrechamente enlazadas. Al oír los ladridos, levantaron las cabezas y vieron a Weilong. Antes de que esta pudiera esconderse, reconoció a Georgie y a Nini. La mano de Weilong, que ceñía cariñosamente el cuello del perrito, lo aferró de repente, y el pobre animal estuvo a punto de asfixiarse, hasta que logró liberarse de los brazos de su ama y regresar a la habitación lanzando gañidos. Weilong corrió tras él titubeando. Se quedó parada, con los brazos rígidos, inmóvil unos instantes, antes de derrumbarse hacia delante, en la cama, cuan larga era, sin sentir siquiera dolor en el rostro al recibir el impacto. Permaneció así, de cara a la cama, toda la noche, sin cambiar de postura. Bajo su rostro, la sábana iba humedeciéndose, un halo gélido impregnó la tela hasta la altura de sus hombros. Cuando se incorporó al día siguiente, estaba tan aterida que se sentía toda dolorida y notaba la cabeza como un globo. El reloj de su habitación se había parado, pero fuera brillaba el sol con todo su fulgor, de modo que no se sabía si era antes o después del mediodía. Weilong permaneció un rato sentada al borde de la cama. Luego se levantó y salió en busca de Nini.

La criada estaba haciendo la colada en el cuarto de baño de la planta baja; había pequeños pañuelos de bolsillo pegados por toda la pared, cuadrados y más cuadrados de color verde manzana, ámbar, azul humo, rosa vivo, verde bambú, unos rectos, otros ladeados, en una composición bastante artística. Nini vio a Weilong en el espejo, y no pudo evitar quedarse pasmada. Estaba a punto de sonreír, cuando Weilong sacó de un barreño una gran toalla chorreante con la que acto seguido le asestó un sonoro golpe en plena cara, dejándola empapada de pies a cabeza. La doncella lanzó un «¡Ay!» y desvió la cabeza protegiéndosela con las manos levantadas, pero la toalla se abatió de nuevo sobre ella, tan gruesa y saturada de agua que resultaba extraordinariamente pesada, y la sacudida le dejó los brazos doloridos y entumecidos. Con las manos aferradas a la toalla, Weilong solo pensaba en golpear frenéticamente, y Nini solo en esquivar los embates sin responder a la agresión, sin tratar de defenderse ni de implorar piedad. Aun así, en el cuarto de baño hubo bastante ruido, inevitablemente, y las criadas acudieron corriendo. Al presenciar la escena, se quedaron paradas del susto, incapaces de entender lo que estaba pasando. Dos de ellas, indignadas, empezaron a decirse cosas al oído.

—Ni siquiera el ama de verdad nos humillaría de esta manera. ¿De dónde habrá salido esta señorita para sacar ese genio? Hermana Nini, normalmente no sueles ser tan apocada, ¿qué te pasa hoy?

—¡Bah, dejadla! ¡Bastante tiene con lo que tiene! —suspiró Nini.

Sus palabras hirieron a Weilong. Asestó un último golpe a Nini con todas sus fuerzas, tiró la toalla y, desfallecida, se desplomó sobre el borde de la bañera con el rostro oculto en las manos y se puso a llorar desconsoladamente.

El escándalo ya había alertado a la señora Liang. Cuando llegó a la escena, Nini estaba en cuclillas enjugando los charcos de agua derramada sobre las baldosas. Mientras lo hacía, le iba chorreando agua del canesú.

—¿Qué pasa aquí? —gritó la señora Liang.

Nini no contestó. Preguntó entonces a Weilong, que menos aún pudo darle una respuesta. Las sirvientas, por su parte, dijeron que no sabían qué era lo que había disgustado a la señorita. La señora Liang no insistió, solo les ordenó que ayudaran a Weilong a subir a su habitación para que descansara. A continuación, convocó a Nini en su cámara privada para interrogarla más en detalle. Nini ya no pudo ocultar los hechos, y tuvo que contar, balbuciente, cómo la señorita había dado cita a Georgie Qiao, cómo ella misma lo había sospechado, cómo había oído voces en la habitación de la señorita pero no se había atrevido a desvelarla por temor a provocar una escena, y cómo no le había quedado más remedio que quedarse montando guardia en el jardín hasta que el hombre se fuera, para ver qué sucedía realmente. Pero, a pesar de sus precauciones, la señorita la había descubierto.

—Me reprocha que vigile sus movimientos, por eso se ha enfurecido conmigo.

La señora Liang la escuchó, asintiendo sin decir nada. No tardó en hacerse una idea bastante exacta de lo que había sucedido en realidad. Gritó a Nini que se retirara y se quedó sola, pensando; la creciente furia le puso el rostro violáceo. Estaba mondándose los dientes, pero al apretarlos, el palillo se rompió, y tuvo que carraspear para escupir la astilla, mientras pensaba que ese dichoso Georgie Qiao, que tantas veces se

había burlado de ella, era la mala estrella de su destino. La señora Liang había querido atraparlo utilizando a Didi para que mordiera el anzuelo, pero él había engullido el cebo sin más y seguía igual de libre y despreocupado, sin la menor atadura. Finalmente, la señora Liang había decidido asumir ese fracaso y dejar de hacerle caso. Pero debido a sus provocaciones, no había tenido más remedio que desprenderse de Didi. Perderla había sido como perder sus manos, de modo que tuvo que volver a empezar de cero dedicando toda su energía a instruir a Weilong. Y con los quebraderos de cabeza que le había costado hacer que esa cría llegara a tener un mínimo de aptitud, ahora que estaba teniendo éxito y que su valor se había multiplicado por diez, resultaba que Georgie Qiao volvía para cosechar lo que ella había sembrado. Y no contento con eso, ya que estaba, arramblaba de paso con Nini. La señora Liang había perdido a una dama y a sus tropas, como Zhou Yu; ese hombre le había arrebatado de golpe a todos los talentos más eminentes de su entorno, ¿cómo no iba a estar furiosa?

Pero a la señora Liang, al fin y al cabo, se le daba bien ver las situaciones en su conjunto. Estuvo un buen rato cavilando y, tras conseguir aplacar su ira, se dirigió con paso pausado a la habitación de Weilong. Su sobrina estaba acostada de cara a la pared. La señora Liang se sentó en el borde de la cama y permaneció callada un momento antes de hablar con voz trémula.

—Weilong, ¿cómo has podido hacerme esto? —dijo sacando un pañuelo para enjugarse los ojos. Weilong seguía callada—. ¿Cómo quieres que justifique esto ante tu padre? Lo normal sería que, viviendo como vives en mi casa, yo fuera responsable de tus actos, pero he cometido el error de confiar demasiado en ti, y al menor despiste, ha ocurrido un desastre… Ay, ¡en qué lío me has metido!

Weilong sabía que su tía la había descubierto, de modo que podía expresarse con el aplomo y la solemnidad de la persona a quien asiste toda la razón. Pero tampoco tenía tanto de que arrepentirse, de modo que hizo de tripas corazón y le dio una respuesta simple y directa.

—Si he actuado mal no debo comprometerla a usted, tía. Vuelvo ahora mismo a Shanghai y si, más adelante, corren rumores, por grave que sea lo que se me reproche, asumiré la responsabilidad ante mis padres. De ningún modo permitiré que se produzca algún malentendido que pudiera involucrarla a usted.

—Piensas volver a casa —dijo la señora Liang acariciándose la barbilla—, sin embargo, este no es el momento de volver a casa. No es que quiera impedírtelo. Desde mi punto de vista, me encantaría poder devolverte de una vez a tu padre y quitarme este lastre de encima, además de una preocupación. Pero ya sabes cómo son las malas lenguas. ¿Quién dice que, antes de tu regreso, todos esos chismes no habrán llegado ya a oídos de tu padre? Ya conoces su carácter irascible. Tu vuelta no haría sino confirmar los rumores. Y tú, que nunca has tenido una constitución robusta, ¿cómo vas a soportar los ataques de ira que te haría sufrir a diario?

Weilong no dijo ni una palabra.

La señora Liang suspiró.

—Entre todo lo malo, lo peor fue la escena que montaste delante de las criadas y el no haberte dejado margen alguno de maniobra. Si a tu edad te permites una rabieta así de infantil sin pensar en salvar mínimamente las apariencias, ¿qué reputación tendrás el día de mañana?

Weilong se sonrojó.

—Perdóneme, tía —dijo con una sonrisa agria—, soy muy joven, me cuesta desprenderme de mi carácter impetuoso. Cuando tenga su edad, puede que llegue a tener amores elegantes, quién sabe.

—Cuando tengas mi edad, me extrañaría mucho que tuvieras amores —replicó la señora Liang con una sonrisa irónica—. Fíjate en las mujeres de clase media o baja: a los treinta o cuarenta ya son señoras mayores. Si yo no viviera en buenas condiciones, si no me cuidara, hace tiempo que sería vieja. Tú, en cambio… despreocupándote así de tu reputación, has destruido tus perspectivas de futuro: no solo no te casarás nunca con un hombre de buena posición social, sino que vete a saber adónde irás a parar.

Esas palabras impactaron los oídos de Weilong y la sobrecogieron de tal manera que no pudo evitar cubrirse el rostro con las manos, como si el curso de los años ya hubiera desvanecido su belleza. La señora Liang se recostó y apoyó el codo en la almohada de Weilong.

—Para una mujer, lo más importante es su reputación —prosiguió en voz baja—. La reputación de la que hablo es un poco distinta de la que encomian los moralistas. Hoy en día, la gente de mentalidad mínimamente moderna no da tanta importancia a la castidad. Las señoritas que salen y tienen vida social es inevitable que susciten rumores. Pero cuantos más rumores de ese tipo haya y cuanto más escandalosos sean, mejor, porque tu celebridad será mayor, y eso, para tu futuro, dista mucho de ser negativo. Solo hay un tabú, y es amar a un hombre que no te ama o que te deja tirada después de haberte amado. ¿Cómo pueden los huesos de una mujer soportar esa afrenta? Por ejemplo, sobre lo sucedido hoy, los que conocemos lo ocurrido diremos que ha sido una rabieta pueril y que has actuado de forma impulsiva. Pero

las malas lenguas de fuera dirán que te has disgustado con una inferior por Georgie Qiao, ¡y no sabes lo mal que queda eso!

Weilong suspiró.

—Controlar eso no está en mis manos —dijo—. De todos modos, voy a regresar a casa. Nunca más volveré a Hong Kong.

La señora Liang frunció el ceño.

—¡Otra vez! A la mínima dices que regresas a Shanghai, como si volver a tu casa lo resolviera todo. El problema no es así de sencillo. Mira, puedes hacer lo que quieras, tienes libertad. Pero yo me preocupo por ti, porque si vuelves a tu casa, tu padre te hará la vida imposible. Este asunto no es para sentirse agraviada y dejarse llevar por un arrebato. Si de verdad quieres resarcirte, lo que tienes que hacer es someter a Georgie Qiao. Una vez que le tengas completamente sorbido el seso, entonces podrás dejarlo o quedarte con él para distraerte cuando estés aburrida, ¡eso sí es habilidad! En cambio, si huyes de esta manera, se habrá salido con la suya demasiado fácilmente.

—Tía —dijo Weilong con una débil sonrisa—, lo mío con Georgie ya se acabó.

—¿Crees que no hay esperanza ninguna? Eso se debe a tu actitud hacia él, que es incorrecta desde el principio. Eres demasiado franca. Él da por sentado que es el único para ti, por eso ha tenido la desfachatez de tomarse esas confianzas contigo y tratarte como algo insignificante. Tienes que administrar mejor tu tiempo, intimar con otros hombres, de modo que siempre sospeche. Si él no te valora, ¡habrá muchos otros que te valoren!

Weilong se dio cuenta de que todos esos circunloquios iban dirigidos una vez más a interceder en favor de Situ Xie. Le costó contenerse para no echarse a reír. Le parecía que era atolondrada en muchos aspectos, pero tampoco tanto como para llegar hasta ese punto. Después de haber caído en las redes de Georgie, si caía en las de Situ Xie, ¿Georgie iba a tenerla en alta estima? Se sentó, con los pies descalzos en el suelo, cabizbaja, alisándose con las manos el pelo despeinado en las sienes, echándoselo lentamente hacia atrás.

—Le agradezco mucho, tía —dijo—, que piense en mis asuntos con tanto esmero. Pero, aun así, quiero regresar a casa.

La señora Liang también se sentó.

—¿Lo tienes decidido? —preguntó.

Weilong musitó una respuesta afirmativa. La señora Liang se puso en pie, apoyó las manos en los hombros de su sobrina y la miró a los ojos.

—Cuando viniste, eras una persona; ahora eres otra distinta. Has cambiado, y tu casa, sin duda, habrá cambiado también. Si lo que quieres es volver a tu entorno de antes, me temo que no podrá ser.

—Sé que he cambiado —replicó Weilong—. La que era antes no me gustaba demasiado; pero la que soy ahora todavía me gusta menos. Quiero regresar a casa, ser una persona nueva.

Tras escucharla, la señora Liang se quedó callada unos instantes, antes de inclinarse hacia Weilong, besarla en la frente con solemnidad y salir. Esa actuación, de una teatralidad muy católica, no pareció tener el menor efecto en Weilong. Con las manos todavía hundidas en las mechas de las sienes, se había quedado ensimismada, con una leve sonrisa en el semblante, pero su mirada no tenía vida.

Nada más salir de la habitación, la señora Liang telefoneó a Georgie Qiao y le dijo que fuera para tratar sobre un asunto muy grave. Sabedor de que su traición había sido descubierta, Georgie dio todo tipo de excusas para tratar de librarse de ir hasta allí.

—Weilong está llorando a todo llorar y dice que quiere volver a Shanghai. Ya me dirás si sus padres van a quedarse de brazos cruzados —amenazó la señora Liang para asustarlo—. La parte shanghaiesa, naturalmente, enviará a sus abogados para que hablen contigo, ¡y entonces sí que se armará un escándalo! Tu padre se pondrá hecho una furia y te atormentará más de lo que puedas soportar. Además, como Weilong te conoció aquí, en mi casa, si el asunto llega a saberse, hasta yo quedaré en ridículo, por eso te he llamado enseguida, para buscar la manera de solucionarlo. No imaginaba que pudieras ser tan flemático. ¡Si el emperador no se preocupa, sus oficiales sí que se angustian!

Georgie acudió, aunque sin perder su expresión risueña.

—No soy un experto en China, pero sí tengo ciertos conocimientos acerca de la mentalidad china en este ámbito —dijo—. Si la familia de Weilong quiere hablar conmigo, solo será para obligarme a que me case con ella y punto. Seguro que no desean que el asunto se haga público.

La señora Liang le clavó la mirada.

—¡Casarte con ella! ¿Te casarías con ella? —le espetó.

—No creas. Weilong tiene sus cualidades —replicó él.

—A ver si eres sincero por una vez: no puedes casarte con ella.

—¿Para qué me preguntas, si lo sabes perfectamente? —dijo Georgie sonriendo—. No tengo ningún poder de decisión para casarme. No tengo dinero, y además estoy acostumbrado a la buena vida. Tengo madera de yerno imperial.

—Lo que yo sé es que tienes auténtica devoción por el dinero —respondió la señora Liang apuntándole con el dedo.

Estuvieron discutiendo sobre cómo conseguir que Weilong cambiara de opinión. Georgie había intuido que el peligro de una querella en los tribunales era en gran parte un farol de la señora Liang. Si quería apagar ese fuego rápidamente, necesitaba una solución radical, y lo primero que tenía que hacer era darle una breve explicación de sus actos y declararle sus sentimientos más íntimos. Después de «conversar» toda la noche, la señora Liang consideró que había obtenido una respuesta satisfactoria.

Al día siguiente, Georgie hizo constantes llamadas telefónicas a Weilong y le envió montones de ramos de flores con mensajes dentro. Weilong se apresuró a bajar a la ciudad para informarse sobre las fechas de las travesías en barco, y compró el billete ese mismo día. La señora Liang fingía no querer inmiscuirse en lo concerniente a la partida de su sobrina, de modo que se desentendió por completo del asunto. Weilong había prescindido del coche de la casa, había bajado de la montaña a pie y luego había tomado el autobús. En el camino de vuelta, a media ladera, de pronto se puso a llover a mares. Por la abrupta calzada de escoria, el agua corría torrencial; Weilong iba retorciéndose el *qipao*, que, apenas escurrido, parecía de nuevo tan chorreante como recién sacado del agua. Llevaba un par de días ligeramente resfriada, pero, después de pasar tanto frío, cayó enferma nada más llegar, y el catarro se convirtió en pulmonía. Con la fiebre, deseaba aún más ardientemente regresar a su casa. Si hubiera estado enferma allí, con los suyos, la habitación no habría estado tan llena de flores enviadas por amigos; pero en su recuerdo había algo más bonito que las flores: una bola de vidrio que servía de pisapapeles en el escritorio de su padre y que le hacían tocar con los dedos para refrescarse las manos. Dentro de la bola chata, había incrustados pequeños fragmentos de color rojo, azul, violeta, dispuestos en un vulgar motivo ordenadamente centrífugo. El pisapapeles pesaba mucho en sus manos. Recordarlo le traía a la memoria todas las cosas sólidas, firmes y fiables de su vida: el interior de su casa, la cama de hierro que compartía con su hermana pequeña, el delgado colchón blanco a rayas rojas; el antiguo tocador de boj chino; la preciosa polvera de porcelana en forma de melocotón, que usaban para el talco y que brillaba con un rosado tan bonito a la luz del sol; el calendario colgado en la pared con la imagen de una belleza cuyo brazo su madre había rellenado a lápiz con números de teléfono: el del sastre, el de la oficina de colocación, el del vendedor de leche de soja, el de su cuñada o el de la tercera tía materna… Aferrada a la sábana, solo pensaba en volver, volver, volver… Y cuanta más ansiedad sentía, más lentamente se reponía. Cuando por fin empezó a mejorar, el verano de Hong Kong, con sus interminables aguaceros, ya había finalizado, y había llegado el fresco y melancólico otoño.

Weilong tuvo una repentina sospecha: si había enfermado, quizá en parte fuera porque así lo había querido; podía ser que en el fondo no deseara ese regreso y que estuviera tratando inconscientemente de retrasarlo… Era fácil de decir: volver y convertirse en otra persona… Llevar una vida nueva… Desde luego, ya no era de mentalidad tan simple como antes. Estudiar, labrarse un futuro no era necesariamente la vía ideal para una muchacha como ella, bella pero sin capacidad particular. Naturalmente, en su caso lo mejor sería casarse. Así que una nueva vida implicaba un nuevo hombre… ¿Un nuevo hombre? Pero si por culpa de Georgie había perdido toda confianza en sí misma, ya no podría relacionarse con nadie más. Mientras Georgie no la quisiera, ella estaba en su poder. Weilong sabía perfectamente que él no era más que un vulgar vividor, que no tenía nada más que resultara terrible, que lo que sí era terrible era la pasión salvaje e irracional que le inspiraba. Tendida en la cama, miraba el cielo por la ventana. El sol de mediodía relumbraba esplendoroso, pero en un cielo de un blanco frío y metálico, que hería los ojos como un cuchillo. Era avanzado el otoño; un pájaro volaba hacia las cumbres, un pájaro negro sobre el cielo blanco. Al llegar a la cima, como raspado por el filo, lanzó un graznido desolador y desapareció tras la montaña.

Weilong cerró los ojos. ¡Ah, Georgie! Algún día la necesitaría. Y ese día, ella habría vivido demasiado tiempo en el exiguo entorno de otra familia. Para adaptarse a ese ambiente, habría incrustado en su carne de persona nueva las barreras de la vida, insalvables ya para ella. Ese día, por mucho que él quisiera que Weilong volviera, ya sería demasiado tarde. De repente, decidió no irse: pasara lo que tuviera que pasar, no irse. A partir de ese instante fulgurante, se puso a cambiar de opinión cada cinco minutos: se iría, se quedaría, se iría, se quedaría. Mientras se debatía entre esos dos polos opuestos, iba dando vueltas en la cama, con el corazón ardiéndole. Con la intención de acabar cuanto antes con ese dolor, en cuanto se encontró con fuerzas suficientes para poder salir, corrió a reservar un pasaje marítimo. Una vez hecha la reserva, se dispuso a volver a la mansión. Ya era casi de noche, y el viento aullaba y estremecía los

bambúes enanos, dando al ambiente un aire invernal. El mar allende los bambúes, el cielo allende el mar, habían cobrado tonalidades muy grises uno, muy amarillas el otro. Solo las *erythrinas*, de unos tres metros de alto, crecían desiguales a lo largo del camino, con sus flores rojas, grandes como boles, abiertas en la penumbra del crepúsculo.

Mientras caminaba, a sus espaldas apareció un coche que, llegado a su altura, se detuvo. Weilong reconoció el coche de Georgie y, sin mirarlo siquiera, apresuró el paso. Georgie estuvo siguiéndola muy lentamente con el coche durante buena parte del trayecto. Todavía convaleciente y un tanto débil, Weilong no tardó en fatigarse y ponerse a sudar. No tuvo más remedio que hacer un alto para descansar un rato, y el coche se detuvo también. Weilong pensó que Georgie iba a aprovechar la ocasión para tratar de justificarse, así que le sorprendió que no dijera ni una palabra y no pudo evitar echarle una mirada. Con un brazo apoyado encima del volante, estaba recostado sobre él, completamente inmóvil. Al verlo, a Weilong se le encogió el corazón, mientras las lágrimas empezaban a correrle por el rostro, de modo que se apresuró a proseguir su camino. Esta vez, Georgie no la siguió. Al llegar a una curva, Weilong miró atrás: el coche seguía parado en el mismo sitio. Había anochecido del todo, el mundo entero parecía una tarjeta de Navidad en tonos grises: todo era desvaído e irreal, solo subsistían las grandes flores de *erythrina*, tan sencillas, tan primitivas, unas grandes como el diámetro de un bol, otras como el de un cubo.

De vuelta a la mansión, Weilong preguntó por la señora Liang. Le dijeron que la encontraría en el pequeño despacho, y allí fue a verla. Junto a su tía se hallaba la única luz encendida, una lámpara de sobremesa de pantalla verde agua. Weilong se sentó a prudencial distancia en una silla de laca dorada. Ambas permanecieron un buen rato sin abrir la boca. En la estancia flotaba el olor penetrante del esmalte de uñas Cutex, similar al de la almendra amarga. La señora Liang acababa de pintarse las uñas y estaba dejándolas secar, combando los dedos hacia arriba. Parecía que esas manos, blancas como la nieve, acababan de sufrir el suplicio del aplastapulgares, y que las puntas de los dedos, molidas, sangraban.

—Tía, si Georgie no se casa —dijo Weilong lentamente, desviando la mirada—, ¿es en parte por una cuestión económica?

—No es que le falte dinero para casarse. Los Qiao no son tan pobres como para no poder permitirse el lujo de mantener a una nuera. Es él, Georgie, quien tiene el defecto de ser un engreído. Le gustaría que su mujer y él pudieran tener un hogar independiente y confortable. Además, hay otra cosa: en casa de los Qiao, la organización familiar es muy compleja, las nueras, allí, no lo tienen fácil. Si la novia tuviera dinero, sufriría menos provocaciones y soportaría menos malas caras.

—O sea que piensa casarse con una señorita que tenga una dote generosa.

La señora Liang no contestó.

—No tengo dinero —prosiguió Weilong en voz baja, agachando la cabeza—, pero… puedo ganarlo.

La señora Liang le echó una mirada y se mordió los labios con una ligera sonrisa. Eso turbó tanto a Weilong que se ruborizó.

—¿Por qué cree que no voy a poder ganar dinero? —arguyó—. A Situ Xie no le pedí nada y me regaló aquella pulsera.

La señora Liang se echó a reír señalando a Weilong con uno de sus índices sanguinolentos, sin encontrar las palabras por unos instantes.

—¡Mira qué niña! —dijo al cabo de un rato—. ¿Ahora es cuando te acuerdas de Situ Xie? En su momento, rechazaste groseramente aquella muestra de generosidad suya, como si los diamantes fueran a morderte la mano. Si no llego a estar allí para salvar la situación, por poco se ofende. ¡Intenta ahora pedirle cosas! No sabrá si regalarte caramelos o quizá unas rosas, no sea que a la señorita le disguste un regalo demasiado bonito y lo rechace.

Sentada en la sombra, cabizbaja, Weilong permanecía callada.

—No vayas a imaginarte —prosiguió la señora Liang— que porque una sea relativamente bonita, sepa decir alguna frase apropiada y sepa cantar un par de estribillos en inglés, los hombres van a estar deseando mantenerla a todo plan. Estamos en familia, lo que te voy a decir no te va a gustar: eres muy blanda y susceptible, y encima tienes mal genio, eres indecisa y te pones sentimental a la menor ocasión. No tienes el temple necesario.

Weilong suspiró ligeramente.

—Deme tiempo y aprenderé —replicó.

—¡Tienes tanto que aprender! —dijo la señora Liang, riendo—. En fin, vamos a probar.

En efecto, Weilong se instruyó con suma aplicación. Dado que ponía en ello todo su empeño y que tenía en todo momento a la señora Liang para guiarla y acompañarla, sus resultados acabaron siendo brillantes.

Hacia las Navidades, se publicó en el *South China Morning Post* la noticia del compromiso oficial de

Georgie Qiao y Ge Weilong. El día del compromiso, Situ Xie hizo suntuosos regalos; pero incluso *sir* Qiao Cheng, padre de Georgie, regaló a Weilong un reloj de pulsera de oro blanco con incrustaciones de diamantes. Cuando Weilong acudió en persona a darle las gracias, el anciano, ilusionado, le compró además una capa de zorro plateado. Y, para que la señora Liang no se pusiera quisquillosa, le regaló otra a ella, de zorro blanco. Georgie seguía teniendo sus dudas acerca de ese matrimonio, y la señora Liang lo convenció.

—Deberías conformarte con lo que tienes. Quieres casarte con una señorita adinerada, pones el listón muy alto y, a una que viene de un entorno más modesto, le ves defectos. Pero si de verdad fuera una joven de familia millonaria sería de lo más arrogante y caprichosa, no sería ni la mitad de amable y comprensiva que Weilong. Tendrías que aguantar todo tipo de restricciones. Para lo que quieres dinero es para divertirte. Si no pudieras pasarlo bien, ¿de qué te serviría ser rico? Lo más probable es que, dentro de siete u ocho años, las ganancias de Weilong disminuyan considerablemente. Pero cuando ya no gane lo suficiente para mantener la casa, siempre estarás a tiempo de divorciarte. Según el derecho británico, divorciarse es bastante difícil, el único motivo legal para ello es el adulterio. Y entonces, ¿acaso te costará reunir pruebas de sus adulterios?

Su discurso logró que Georgie aceptara de buena gana. No tardaron en anunciar públicamente la boda. La recepción se celebró en el Hong Kong Hotel, en medio de una gran animación.

Los pisos escaseaban en Hong Kong, y el alquiler de una casa para los dos les resultaba demasiado caro. Compartir una vivienda, por su parte, dejaba a la pareja a merced de la indiscreción ajena. Pero, precisamente, a la señora Liang le costaba prescindir de Weilong, de modo que, en este caso, fue el yerno, Georgie, quien se trasladó a la casa de su familia política, y les asignaron tres habitaciones de la planta baja a modo de vivienda, lo cual equivalía casi a un apartamento independiente. A partir de entonces, podría decirse que Weilong estuvo vendida a la señora Liang y a Georgie Qiao, ajetreada días enteros, cuando no era en busca de dinero para su marido, era en busca de amantes para su tía. Aun así, también tenía sus momentos de felicidad. Por ejemplo, en la Nochevieja del calendario lunar chino, Georgie y ella fueron solos a Wan Chai para disfrutar de la animación. Wan Chai no estaba en el centro de Hong Kong, era un distrito un tanto retirado, lleno de lugares de ocio de baja estofa. Solo una vez al año, durante la feria de la Nueva Primavera [5], llegaba a parecerse a las ferias de los templos en China del norte. Pero al celebrarse allí, acudía multitud de gente, incluso había gente muy moderna con ganas de mezclarse con la muchedumbre y comprar alguna que otra cosa. En un puesto de antigüedades, Weilong se había fijado en un pequeño ciruelo en flor de jade, y Georgie se acercó a regatear con el vendedor. El hombre estaba en cuclillas en la parte más alta del puesto escalonado donde exponía su mercancía. Llevaba una ajustada chaqueta acolchada a rayas con un pantalón a juego y un bombín echado hacia atrás. La cruda luz verdosa de las lámparas de petróleo iluminaba sus duros rasgos cantoneses, resaltando la aspereza de sus relieves y surcos. Con una mano apoyada en una rodilla, gesticulando con la otra, estuvo regateando un buen rato, negando sistemáticamente con la cabeza.

—Déjalo, vámonos —dijo Weilong tirando del brazo de Georgie.

En medio de esa multitud, experimentaba una sensación extraña. Por encima de sus cabezas, estaba el cielo, de un azul cárdeno y, lindando con el cielo, el mar invernal, del mismo color sombrío. En cambio, en la bahía, estaba ese lugar, efervescente de personas, de lámparas y de objetos deslumbrantes: pequeños jarrones de porcelana azul con asas; rollos y rollos de terciopelo verde cebolleta con reflejos amarillos; chips de gambas balineses en bolsas de celofán; pasteles de durio de los trópicos, de color ámbar; rosarios budistas de borla escarlata; bolsitas perfumadas de tela amarillo pollito, pequeños crucifijos nielados, grandes sombreros en forma de pagoda… Sin embargo, frente a todo ese gentío, toda esa luz, todas esas mercancías, se extendían, sombríos, el cielo y el mar —una desolación, un espanto sin límite—, igual que su futuro. No podía pensar en ello; si lo hacía, solo sentía un espanto sin límite. No tenía planes a largo plazo. Solo al ver esos objetos insignificantes se sentía a salvo de su desasosiego y podía, provisionalmente, encontrar descanso.

Ese lugar, por sucio que fuera, tenía cierta energía carnavalesca. La calle era un caos de fuegos artificiales y petardos volando en cualquier dirección. La pareja tenía que hacerse a un lado cada dos por tres para evitar las pequeñas cometas rojas y verdes.

—¡Eh, estás ardiendo! —exclamó de pronto Georgie, sonriente.

—¡Otra vez me estás engañando! —protestó Weilong mientras se volvía para tratar de inspeccionar la parte trasera de su vestido.

—¿Cuándo te he engañado yo? ¡Anda, agáchate enseguida, que apague el fuego con el pie!

Weilong dobló las rodillas, se puso en cuclillas, y Georgie, sin preocuparse por la suciedad de sus suelas, pisoteó varias veces la falda del *qipao* acolchado hasta apagar el fuego. En el brocado azul regio con

pequeños caracteres 壽, «longevidad», tejidos en plateado, ya se había formado un agujero. La pareja estuvo riendo un rato, antes de reanudar su paseo.

—De verdad, Weilong —dijo él de repente al cabo de unos instantes—, soy un hombre que miente mucho. Pero a ti, nunca te he mentido ni una vez, hasta a mí me asombra.

—¡Todavía piensas en eso! —replicó Weilong sonriente.

—Nunca te he mentido, ¿verdad? —insistió él.

—No, nunca —reconoció Weilong con un suspiro—. Sabes perfectamente hasta qué punto una pequeña mentira de vez en cuando podría hacerme feliz, pero ¡no! Nunca te has tomado esa molestia.

—Tú no necesitas que me invente mentiras para ti, ya te engañas tú sola. Pero llegará un día en que no tendrás más remedio que admitir hasta qué punto soy despreciable. Y entonces te arrepentirás de haberte sacrificado tanto por mí. Te enfurecerás tanto que quizás me matarás, ¿quién sabe? ¡Miedo me da!

—Te quiero —respondió ella sonriendo—. ¿Qué culpa tienes tú de eso? Miles de errores me han conducido a esta situación, pero no puedo culparte a ti por ello.

—En cualquier caso, el reparto de derechos y deberes entre nosotros es de lo más injusto.

Weilong alzó las cejas.

—¿Injusto? —preguntó con una leve sonrisa—. No cabe hablar de injusticia en una relación entre dos personas. Dime una cosa: ¿cómo es que te entra cargo de conciencia hoy, de repente?

—Porque te veo tan contenta de celebrar el Año Nuevo, pareces una niña —contestó él risueño.

—Y como me ves contenta ¿tienes que decirme cosas tristes para que deje de estarlo? —replicó Weilong riendo.

Siguieron andando, mirando las mercancías de los puestos. Allí había de todo, pero lo que más se vendía eran seres humanos. A la trágica luz de las lámparas de petróleo había multitud de chicas que, debido a lo excesivo de la iluminación y de las sombras que arrojaba, tenían la nariz azul pálido y unas mejillas verdosas en las que el abundante colorete cobraba matices violáceos. Una de ellas, muy joven, de trece o catorce años, no más, flacucha, vestida a la occidental con una fina chaqueta de lana de color fucsia y una falda plisada roja, tenía tanto frío que tiritaba. Con el temblor, su sonrisa fluctuaba sin parar como un reflejo en el agua, los dientes le vibraban en los labios, tanto que ya se había mordido. Un marinero inglés, borracho como una cuba, se aproximó a ella por detrás y le dio una palmada en el hombro. Ella se volvió hacia él y le dirigió una mirada coqueta. Tenía unos ojos límpidos y almendrados, largos hasta las sienes; lástima que tuviera las orejas cubiertas de rojos sabañones. Se agarró con las dos manos al brazo del marinero y apoyó la cabeza en él. Apenas dieron unos pasos juntos cuando apareció otro marinero. Con uno a cada lado, ambos altos y fuertes, la niña les llegaba al codo.

A continuación, llegó en tropel un grupo de marineros, borrachos todos, y se arracimaron detrás de ellos tirando petardos a diestra y siniestra. Al ver a Weilong, y todos a una, la tomaron por blanco. Los petardos volaban tras ella como estrellas fugaces en pos de la luna. Asustada, Weilong echó a correr. Georgie localizó el coche, la llevó de la mano hasta el vehículo, la empujó adentro y arrancó, abandonando Wan Chai.

—¿Por quién te habrán tomado esos odres de vino? —dijo Georgie sonriente.

—En el fondo, ¿hay alguna diferencia entre ellas y yo?

Sin soltar el volante, Georgie le tapó la boca con la otra mano.

—Como sigas diciendo tonterías…

—Está bien, está bien —suplicó Weilong con una sonrisa—, reconozco que me he equivocado. ¿Cómo no va a haber diferencia? ¡Ellas no tienen elección, y yo lo hago por voluntad propia!

A medida que el coche se alejaba de Wan Chai, los estrepitosos estallidos de los petardos fueron callando. Los semáforos desfilaban uno tras otro a través del parabrisas antes de perder brillo y extinguirse. El coche se adentró en un barrio de grandes avenidas sumidas en la oscuridad. Georgie no la miraba; si la hubiera mirado, no la habría visto, pero sabía con certeza que Weilong estaba llorando. Con la mano libre, sacó la pitillera y el mechero, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió. El fulgor de la llama en la gélida noche de invierno eclosionó como una flor anaranjada en su boca. La flor se marchitó al instante, y volvieron el frío y la oscuridad…

Este relato de Hong Kong termina aquí… El incensario de Weilong pronto habrá acabado de arder.

Segundo incensario

Cuando Clementine me contó con pasión esta historia, yo me hallaba en la biblioteca leyendo la crónica de la audiencia que el emperador Qianlong había concedido a la misión diplomática de lord Macartney. Las largas mesas de ébano, las estanterías sombrías, el olor vagamente vegetal a manuscrito, los memoriales de los ministros del Imperio, las estampas a todo color de los atuendos de gala de la dinastía Qing guardadas en sus estuches de brocado con cierres de marfil: nada en aquella atmósfera lóbrega y solitaria armonizaba demasiado con la joven irlandesa.

Clementine tenía una cabellera rebelde color de trigo que, por obra de una permanente no muy lograda, se amontonaba sobre sus hombros como un haz de leña. Su rostro estaba cubierto de acné y, bajo una larga nariz afilada, se dibujaba una boca delgada, plana y cóncava; poseía sin embargo unos ojitos azules de mirada muy viva; tal vez en un par de años embellecería un poco. Ese día llevaba un vestido verdemar de seda estampada con mangas ribeteadas de fino encaje blanco almidonado. Mientras hojeaba los libros, como si tal cosa, se dirigió a mí en tono de broma.

—Ayer mi hermana mayor me dio un cursillo de educación sexual.

—Ah, ¿sí? —contesté.

—Sí… Y yo le dije: «¡Es realmente… increíble!»

No encontré más modo de reaccionar adecuadamente que mirarla y sonreírle. Hay muchísimas chicas hoy en día que manifiestan abiertamente su interés por el erotismo; sin embargo, aquel día me quedé sorprendida de que Clementine hablara de ese tema conmigo, puesto que no éramos amigas íntimas.

—¡Se me pusieron los pelos de punta! —añadió—. Y tú, ¿qué piensas? Sabiendo esto, una ya no puede enamorarse de ninguna manera. ¡Todas sus bellas ilusiones hechas polvo! ¡La realidad es inmunda!

—Me sorprende que te hayas enterado tan tarde —respondí haciéndome la indiferente; al fin y al cabo, ella tenía diecinueve años—. La mayoría de las muchachas chinas están al corriente desde muy jóvenes, para ellas no es un misterio. Nuestras novelas son más explícitas que las vuestras y tenemos más oportunidades que vosotras de leer ese tipo de libros.

A propósito de historias obscenas, Clementine parecía tener precisamente una que contarme; pero yo sabía que, en realidad, no sería una historia obscena, sino triste. A menudo la vida es así, las cosas no son como parecen. Clementine adoptó una actitud fría y puramente objetiva, de persona madura; pero, por debajo de sus innumerables marcas de acné, rojas y violáceas, se había ruborizado.

—Hay un asunto que dio mucho que hablar entre los expatriados británicos en Hong Kong —empezó a contar, con los brazos apoyados encima de la *Crónica de la embajada de lord Macartney en China*—. Al principio, yo no entendía muy bien, pero ahora he abierto los ojos…

Una historia sucia, desde luego, como sucios son los seres humanos; uno se ensucia en contacto con ellos. En un rincón crepuscular de la biblioteca, se amontonaban los libros seculares. Todos versaban sobre historias humanas, pero no olían a humano: con el correr del tiempo se habían impregnado del gélido aroma de los libros viejos, la cámara frigorífica de los sentimientos. Allí, mientras escuchaba a Clementine contar su historia, tuve una sensación fuera de lugar: me parecía ver entre nubes a gente luchando cuerpo a cuerpo, en una imagen un tanto cruel.

Pero, en cualquier caso, te lo ruego: enciende el incensario con unas pocas virutas de agar, una pizca, pues la historia de Clementine es muy breve.

Al principio, vemos a Roger Empton conduciendo un coche. La mañana podía ser despejada o nublada; para Roger, era de colores diáfanos y estaba llena de luz y de música: ese día el mundo tenía voz de soprano. Su inmensa felicidad resonaba en sus oídos ardientes como el chirrido de las cigarras en los mediodías estivales. Rr… rr… rr…, un canto que iba y venía en oleadas, nítido y vibrante primero, tenue, como a punto de interrumpirse, después; y, sin embargo, estridente hasta resultar ensordecedor. El automóvil de Roger Empton circulaba a empellones, su manera de conducir no se correspondía con su condición de profesor universitario cuarentón. No obstante, estaba convencido de que nada podía ocurrirle, tenía una sensación de seguridad. Ese día, era un personaje importante y los demás tenían que apartarse un poco, porque a las dos de la tarde se casaba con la mujer más hermosa del mundo.

El cabello de su novia era de un oro ligero; cuando Roger sumergía sus dedos en él, tenía la impresión de que la brisa del desierto le acariciaba la mano, alzando torbellinos de una arena dorada, seca y fresca,

suave y dúctil, que producía un cosquilleo al rociar la piel. Por las ondas de su pelo corría siempre una brisa, mientras que su piel color de miel era límpida y tan serena como la muerte. Se llamaba Susie: Susie Mitchell.

Roger se mordió el labio inferior y sonrió. Era un tonto romántico… Por mucho que hubiera enseñado física y química en la Universidad de Huanan durante quince años, que llevara cuatro como responsable de la Facultad de Ciencias y director de la residencia de estudiantes, seguía siendo un tonto romántico. ¿Por qué no examinar esa boda con una mirada más realista? Ganaba mil ochocientos yuanes de Hong Kong al mes y residía en una vivienda cedida por las autoridades universitarias. Se dedicaba a una profesión excelente, pero sin grandes perspectivas de futuro. Susie era todavía muy joven; debería haber elegido un marido con porvenir, se decía él, pensando en el bien de ella. Pero su madre, la señora Mitchell, llevaba tiempo viuda, y su situación no le había permitido volver a Inglaterra con sus tres hijas. En un rincón del mundo como Hong Kong, no abundaban los posibles maridos, y Roger, ese solterón tranquilo y gris, no era como para desdeñarlo. Así, la señora Mitchell lo había admitido en su casa, y muy simplemente, con naturalidad, Susie acabó creyendo que lo amaba. La mayor parte de los hombres con quienes pasaba sus ratos de esparcimiento eran jóvenes militares a quienes despreciaba, pues se consideraba superior a ellos en edad mental. Solo Roger se distinguía de los demás. Finalmente, aceptó casarse con él… Roger no quería pensar así la cosas. Aquella era su visión racional del asunto; pero esa visión racional solo era aplicable a la gente corriente. Y Susie ¡era Susie! Antes de conocer a Roger el año anterior y enamorarse de él, a ella nunca se le había pasado por la cabeza casarse.

La educación que la señora Mitchell había dado a sus hijas era tan estricta que Susie, a pesar de sus veintiún años, seguía siendo pura como una niña, de una inocencia casi increíble. Cuando vivían en Tianjin, el que su hermana mayor, Millicent, se casara había significado un duro golpe para ella, pues eran inseparables. El matrimonio no fue feliz. Se corrió la voz de que el hombre era un ser brutal y perverso, y Millicent no tardó en divorciarse. Como Tianjin le traía recuerdos dolorosos, quiso alejarse de esa ciudad, de modo que la señora Mitchell se mudó a Hong Kong con Millicent y sus otras dos hijas menores. Y ahora era Susie la que iba a casarse. Tal vez, demasiado joven. Debido a ese entorno tan peculiar, Susie era psicológicamente inmadura, pero su impresionante belleza no le permitía demorar el matrimonio.

Roger pisó a fondo el acelerador y el coche ascendió a toda velocidad por la montaña. ¡Qué tonto era! ¡Mira que casarse con una mujer tan niña! ¡Pues sí, sería tonto! ¡Por una vez en la vida! ¡Él la amaba! ¡La amaba! Antes de la ceremonia de esa tarde, tenía que hacerle una visita a toda costa. ¿Estaría bien, estaría allí, estaría viva? ¿Aparecería en la iglesia a la hora prevista? La señora Mitchell no le dejaría ver a Susie, porque el día de la boda el futuro esposo no debe ver a la novia, trae mala suerte. Además, esa misma mañana, ya había telefoneado dos veces a casa de las Mitchell; si encima se presentaba personalmente, se burlarían de él. Tenía que encontrar algún pretexto, y no era fácil. La vivienda de los recién casados llevaba tiempo preparada. El padrino y la madrina de boda se encontraban estupendamente y no daban la menor sensación de ir a ponerse malos, las alianzas no se habían perdido; después de la ceremonia, la recepción tendría lugar en casa de la madre de la novia, de modo que él tampoco tenía que preocuparse por el champagne, los refrescos y el *lunch*… ¡Ah, sí!, solo había un detalle: los ramos de la novia y de la madrina ya habían sido encargados, pero él bien podía regalar media docena de lujosas orquídeas tropicales a la señora Mitchell y a Millicent para que las llevaran como adorno. Lo normal habría sido llamar antes para preguntarles por el color de sus vestidos, pero a él le parecía que las orquídeas blancas y amatista eran las más fáciles de combinar con cualquier tono. Asumiría el riesgo y las compraría, seguro que no metía mucho la pata. Al pasar por la estación del funicular del Peak, aparcó, entró en la floristería a comprar las flores, regresó al coche con la caja bajo el brazo y siguió su trayecto hasta High Street, bautizada así por encontrarse a mayor altura que los edificios de sus alrededores, una de las peculiaridades de Hong Kong debido a lo accidentado de su superficie.

La señora Mitchell vivía en una casita antigua, de ladrillos rojos. Los balcones del primer piso daban a la aterciopelada hierba que bordeaba la calle. Una vara de bambú a modo de tendedero emergía de la ventana justo sobre la calzada de cemento; en ella se secaban al aire una sábana blanca y una cortina de color naranja, además del uniforme del colegio de la hermana menor de Susie, Katherine: una falda con tirantes azul celeste. Katherine estaba patinando en mitad de la calle.

—¡Roger! ¡Roger! —lo llamó, viéndolo desde lejos.

—¡Hola, Katherine! —contestó él, saludándola con la mano tras frenar en seco.

La niña se acercó hasta él, bamboleante, haciendo chirriar los patines. Esa tarde sería la encargada de llevar los pétalos de flores, y ya estaba lista, impecablemente ataviada con un vestido de gasa azul claro con volantes y un lazo en el pelo.

—¡Ten cuidado, no te vayas a ensuciar, que no te dejarán entrar en la iglesia!

Katherine hizo un mohín.

—¿Cómo no van a dejarme entrar? ¡Si no voy yo, no hay boda!

Roger sonrió.

—¿Qué están haciendo las demás? —preguntó—. Estarán muy ocupadas, ¿verdad?

—Ni se te ocurra entrar —contestó Katherine en voz baja—. ¡Están llorando!

—¿Susie está llorando? —inquirió Roger con asombro.

—Susie llora, mamá llora y Millicent llora también —informó Katherine—. Ha empezado Millicent, luego se ha puesto a llorar Susie y, al verlas, mamá se ha echado a llorar también. Yo no tenía ganas de llorar, y como me daba un poco de vergüenza estar ahí dentro, he salido.

Roger se quedó un rato sin decir nada. Katherine se agachó para arreglar los lazos de los patines, y el vestido se le levantó hasta el cuello dejando al descubierto, por encima de sus bragas, gran parte de su espalda desnuda, blanqueada por tenues rastros de talco.

Roger contempló la avenida desierta; a un lado, una mujer india, envuelta en un sari de color lavanda que dejaba entrever un pantalón bombacho amarillo limón, entró en una destartalada casa gris de estilo occidental. Detrás de las casas, sin que mediara obstáculo alguno, estaba el pálido color raíz de loto del cielo y el mar. Hacía un calor sofocante; era difícil precisar si se trataba de un día despejado o nublado. Roger tenía el brazo apoyado en la portezuela del coche, la cabeza apoyada en la mano. ¡Lágrimas! ¡En un día de boda! Naturalmente, resultaba comprensible. Una muchacha que abandona por vez primera su casa y a su madre… Que hubiera cierto sentimentalismo podía ser adecuado, incluso necesario, para la situación. Pero como rezaba el dicho, «también en la pasión conviene moderación»; esa lamentación colectiva resultaba un tanto excesiva. Al fin y al cabo, no se trataba de un rapto de la novia como los que se practicaban en las sociedades primitivas, cuando las hijas eran casadas en otras tribus, se iban para siempre y ya nunca más volvían a ver a los suyos. Por una parte, eso era lo que pensaba Roger, pero por otra se sentía profundamente egoísta. La señora Mitchell no tenía a nadie en el mundo más que a sus tres hijas. El vínculo entre ellas era, como es natural, muy profundo. Ahora que iba a llevarse a Susie, ¿iba él a escatimarles esas últimas horas de despedida? Aun así, era inglés, y cualquier exteriorización sentimental que no fuera estrictamente indispensable le parecía un tanto superflua. Le daba miedo la vida real, la vida humana de carne y hueso. Lamentablemente, los seres humanos vivimos, aunque prefiramos mencionarlo lo menos posible. Por desgracia, él amaba a Susie, aunque sabía perfectamente hasta qué punto eso era una idiotez. Solo ese día podía permitirse ser tan tonto. Tal como acababa de decirse a sí mismo: «¡Pues sí, seré tonto! ¡Por una vez en la vida!». Por mucho que las mujeres de la casa estuvieran llorando a todo llorar, él tenía que ir a saludar a Susie, o, si no podía verla en persona, al menos tener alguna noticia de ella.

Se apeó del coche, cogió las flores, bajó un estrecho tramo de escaleras de piedra, tocó el timbre de la casa de las Mitchell y el *boy* le abrió la puerta. El salón, habitualmente espacioso y sombrío, había sido despejado para recibir a los invitados; ni siquiera se había permitido la entrada a los perros o a los niños, de modo que daba cierta sensación solitaria de vacío. Había floreros con ramos de azucenas y fresias y, más allá del vano en forma de arco, en el comedor, aguardaba una gran mesa llena de relucientes copas de champagne, pilas de platitos de porcelana multicolor con motivo de dragón serpenteante y grandes bandejas de sándwiches recubiertas con finos paños irlandeses de lino. Roger se acomodó en el sillón de mimbre lacado en verde que solía usar, y justo en ese momento entró la señora Mitchell. Los días calurosos no se prestan a los accesos emotivos; para una persona que, además, está un poco entrada en carnes, resulta aún más fatigoso. Por encima de los labios le perlaba el sudor, formando una pelusa de bigote plateado. Con los párpados todavía enrojecidos, se apretaba las manos contra el pecho.

—Roger, ¿cómo es que viene usted a estas horas? —le preguntó—. ¿Ha sucedido algo?

Roger se puso en pie.

—Nada en absoluto —contestó, sonriendo—; he comprado unas flores para usted y Millicent, espero que el color no desentone. Habría hecho mejor pensándolo antes.

Por lo general, no prestaba demasiada atención a la ropa de las mujeres; sin embargo, esta vez echó un rápido vistazo a la señora Mitchell. Ya estaba arreglada; se había puesto un traje de un color granate azufaifa, pese a que siempre vestía de negro. Su personalidad había interiorizado en gran medida el aire lúgubre que suelen tener las viudas que guardan luto riguroso y, fuera cual fuera el color de su ropa, siempre parecía ir de negro de pies a cabeza. A pesar de su corpulencia, tenía un aspecto delicado y conmovedor.

La señora Mitchell abrió la caja y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya con este joven manirroto! —dijo, yendo hacia él a darle un beso, con los ojos aún enrojecidos.

—¿Qué tal está Susie? —preguntó Roger—. ¿Está bien?

—Se está peinando —respondió la señora Mitchell, forzándose a sonreír—. No creo que haga falta que se quede usted más tiempo, ahora mismo está muy agitada, y no se encuentra en disposición de venir a saludarlo. Y aunque lo estuviera, tampoco lo haría, así son las reglas. Si usted ya ha comido, es mejor que vaya a cambiarse.

Esas palabras hicieron que Roger recordara vagamente que entre las doce del mediodía y la una y media la gente normal tenía, al parecer, la costumbre de comer.

—No tengo hambre, ya he tomado algo esta mañana —contestó.

—¡Pero bueno, esto es increíble! No va usted ni a almorzar siquiera, ¡ni hablar! —exclamó la señora Mitchell.

—Ahora mismo voy a un restaurante —rectificó Roger, cogiendo su sombrero.

—No me lo creo —replicó la señora Mitchell—. Mi querido Roger, si le da un bajón por no haber comido, tendrá los nervios de punta y se equivocará durante la ceremonia en la iglesia. Espere aquí un momento, voy a traerle unos entremeses.

Y salió a toda prisa de la habitación. Al ver cómo se preocupaba por él, Roger se percató de que, efectivamente, sus nervios necesitaban relajarse un poco. Se arrellanó en el sillón, estiró las piernas y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Se puso a silbar suavemente. A media melodía, se dio cuenta de que estaba silbando la marcha nupcial y paró inmediatamente. Vio que se abría la puerta: entró Millicent con un ventilador en las manos. Sin duda la joven ignoraba que hubiera alguien en el salón; tenía todavía estelas de lágrimas en el rostro, y su cabello color caoba le ocultaba, despeinado, las mejillas. Llevaba una camisa escotada de crepé de color lila no muy nueva y una falda de shantung de color marfil. A algunos les parecía igual de bella que Susie, pese a que su rostro era excesivamente delgado. Tenía, como Susie, los párpados profundamente marcados, pero con los ojos levemente caídos, lo cual le confería un encanto especial y melancólico.

—Buenos días, Millicent —saludó Roger, risueño, levantándose de un salto.

Ella se detuvo.

—¡Ah, eres tú!

Dejó el ventilador en el suelo y fue rápidamente hasta él con una mano sobre su garganta desnuda.

—¡Roger! —susurró.

Roger, muy incómodo, apartó un poco el sillón de mimbre que tenía a sus espaldas y retrocedió ligeramente.

—Millicent, ¿se encuentra bien? —le preguntó.

De pronto, la joven le agarró del hombro con una mano, y con la otra se sujetó la barbilla.

—Roger, por favor —dijo con la voz quebrada—, cuida mucho a Susie.

—Tranquila —contestó Roger, sonriente—, la quiero, nunca dejaré de cuidarla.

Mientras hablaba, apartó con suavidad la mano de ella de su hombro y retrocedió un paso más hacia un lado del sillón de mimbre. Millicent apoyó con desaliento sus dedos en el respaldo, antes de tambalearse y dejarse caer en el asiento.

—¿Qué te pasa? ¿Millicent, qué te pasa? —preguntó Roger muy inquieto.

Ella se giró, se recostó sobre el respaldo y prorrumpió en sollozos, hablando al mismo tiempo. Roger no entendía lo que decía y no tuvo más remedio que agacharse para hablarle con suavidad.

—Perdona, Millicent. ¿Podrías repetírmelo?

La joven levantó la cabeza, abrió sus grandes ojos de un azul agrisado y clavó la mirada vacía, como hechizada, en el ventilador que estaba en el suelo.

—Tú la quieres… Mi marido también me quería, pero él… —explicó con voz entrecortada—. Él me trató… Me trató con un comportamiento peor… ¡que el de un animal! Sencilla y llanamente, no me trató como a un ser humano, porque… él decía que era porque me quería…

—Millicent, no deberías contármelo, no soy quién para estar al corriente de vuestros secretos —dijo Roger, enderezándose y apartando la cabeza.

—Es cierto, no debería obligarte a escuchar estas historias vergonzosas y hacer que te sientas incómodo. ¿Por qué tendrías que compadecerme?

De espaldas a ella, Roger fruncía el ceño y apretaba los puños golpeándolos levemente uno con otro.

—En lo que respecta a tu desgracia, te compadezco de todo corazón —dijo en tono solemne y un tanto riguroso.

—No te equivoques —replicó ella con voz trémula—, no te hablo así para inspirarte compasión. Es porque temo por Susie. Los hombres… sois todos iguales…

Roger soltó una risa airada, interrumpiendo a Millicent.

—En eso te equivocas. Los hombres como tu marido son la excepción.

Millicent apoyó su puntiaguda barbilla en el dorso de su mano y contempló a Roger con expresión trágica.

—¿Cómo sabes que no formas parte de esa excepción? Mi marido, por su aspecto, era un hombre de lo más normal. Puede que aún no hayas descubierto nada que te diferencie de los demás; es la primera vez que te casas.

Súbitamente, Roger perdió el control, dio media vuelta y respondió con voz fuerte:

—¡Sí, es la primera vez que me caso! ¡Te ruego que recuerdes que la ceremonia es dentro de dos horas! Estas palabras infaustas, ¿no podrías habérmelas dicho en cualquier otro momento? ¿Tenías que elegir precisamente este día?

—Por favor, perdóname —respondió ella, llorando—. Lo he hecho por Susie.

—¡Por Susie! —exclamó Roger—. Soy un hombre absolutamente normal, pero tú consigues sacarme de mis casillas, y ¿dices que lo haces por Susie?

—Es que temo por ella —dijo Millicent entre sollozos.

Roger la sacudió por el hombro con violencia.

—¿Susie sabe la verdad sobre tu divorcio? —vociferó.

Con las sacudidas, las lágrimas de Millicent salpicaron por todas partes, sin que la joven fuera capaz de contestar.

—¡Habla! ¡Habla! ¿Le has contado estas cosas a tu hermana?

¡Qué impresión tan terrible debía de haber dejado esa historia en la mente de Susie! ¿Cómo iba él a vencer el terror que Susie debía de sentir?

—¡Roger, para ya! —gritó Millicent—. ¡No aguanto más!

Roger le soltó el hombro, y ella —¡plof!— cayó sobre el respaldo del sillón.

—Dime una cosa: tu madre, naturalmente, sabe perfectamente lo que te pasó. Pero ¿y tu hermana?

—No sabe nada —respondió Millicent con voz cansina—. ¿Crees que mi madre habría permitido que se enterara? Ni los periódicos podemos leer sin que pasen antes la censura de nuestra madre.

Roger fue recobrando poco a poco la calma; también él se sentía anormalmente fatigado. Cogió el sombrero con la intención de marcharse y, aprovechando que aún tenía tiempo, decidió ir a tomarse un par de whiskies para levantar el ánimo antes de vestirse para la ceremonia. Ya había olvidado el motivo de su espera.

En ese momento, llegó la señora Mitchell con un delantal blanco adornado con flores de melocotonero, ribeteado en rojo, y una fuente de comida en la mano, vacilante. Nada más ver a Millicent, dio un respingo. Roger carraspeó.

—Millicent ha venido a traer el ventilador —explicó—, pero se ha mareado de repente. ¿No será un golpe de calor?

—Cuanto más atareada está una, más contratiempos tienen que surgir —se quejó la señora Mitchell con un suspiro—. Vamos, sube ahora mismo y descansa un rato.

Ayudó a su hija a levantarse y la acompañó, sosteniéndola del brazo, hasta la puerta del salón.

—Está bien, puedo andar sola —dijo Millicent, antes de subir, lánguida y melindrosa.

La señora Mitchell obligó entonces a Roger a comer el hígado de ternera frío y la sopa de espárragos en conserva que había preparado para él. El novio comía en silencio. La señora Mitchell se sentó a su lado.

—¿De qué ha hablado usted con Millicent? —preguntó pausadamente.

Roger se limpió la boca con una servilleta.

—De lo de su marido —contestó.

Esa frase pareció levantar en la estancia una ráfaga de viento nefasto. La señora Mitchell permaneció largo rato sin decir nada. Roger arrugó con violencia la servilleta hasta convertirla en una bola que dejó en la fuente; luego se quedó mirándola mientras la pelota de papel volvía a abrirse poco a poco, y de nuevo la agarró para arrugarla, apretándola con fuerza sin soltarla. La señora Mitchell posó suavemente su mano encima de la de Roger.

—Millicent no habría debido elegir precisamente este día para contarle eso —dijo en tono suave y humilde—, pero estoy segura de que usted entenderá lo mal que se siente hoy la pobre… Susie es tan feliz con usted que su hermana, al verlo, se pone un poco susceptible. Ya lo sabe usted, es un ser que ha sufrido…

Roger volvió a coger la servilleta y rasgó una esquina para limpiarse los labios, antes de esbozar una sonrisa de compromiso. Por supuesto, Millicent era digna de lástima; la señora Mitchell también era digna

de lástima. Y Susie era digna de lástima; una belleza así, a esa edad… tener que vivir sepultada en esa pequeña ciudad extranjera, nublada y húmeda, asfixiante de calor, para terminar casándose con un tipo mediocre como él, que había vivido ya la mitad de su existencia sin pena ni gloria. Hasta él era digno de lástima por amarla tanto. Cuando estaban juntos, él siempre temía cometer alguna idiotez poco británica; era capaz de echarse a llorar a lágrima viva, de besarle las manos, de besarle los pies. Cualquier persona que amara hasta ese punto a cualquier otra persona era digna de lástima… Pero ¿qué ser humano no lo era? ¡No iba a sentir lástima por todos! Tenía que decir unas palabras, mostrar su compasión a la señora Mitchell y a la vez transmitir su indignación por lo que había sufrido su hija mayor; a fin de cuentas, Millicent venía a ser como su hermana, una hermana pequeña que había sido maltratada, y no podía sino expresar por ello resentimiento y aflicción. Pero no era capaz. Ese día, era un hombre egoísta, era el novio, el centro de atención de todos. Todo el mundo tenía que mostrarse comprensivo con él, reconfortarlo, reírse de él y felicitarlo, llorar con él por su libertad perdida. ¿Por qué hoy, precisamente, había de encontrarse con todas esas personas egoístas, cada una de ellas confinada en su propia atmósfera dramática?

¡Huy! La señora Mitchell estaba llorando otra vez.

—¿Por qué le habrá tocado a esta criatura un destino tan desgraciado como el mío? —exclamó la señora Mitchell—. Quién lo hubiera dicho. Y si al menos hubiera sido claramente como el mío, habría podido darse con un canto en los dientes. Cuando murió el señor Mitchell, me dejó tres niñas destinadas a vivir una existencia de penalidades y sinsabores, pero así es la vida, esas cosas pasan a menudo; peor fue lo de Millicent… ¡un giro tan impensable! Si es que hasta da vergüenza mencionarlo, ¿cómo va ella a vivir con eso?

Se dio la vuelta para buscar un pañuelo. Roger la miró: tenía las axilas empapadas y la espalda impregnada de sudor, lo cual oscurecía el granate azufaifa de su vestido. ¡Sudor y lágrimas! ¡Sudor y lágrimas! Y un tiempo nublado y ardiente… ¡justo el día de su boda! De repente, sintió náuseas. Ciertamente, la aflicción de la señora Mitchell y Millicent estaba plenamente justificada. Y Roger Empton era uno de los motivos: por su culpa, la señora Mitchell perdía a Susie. A causa de su boda con Susie, Millicent había recordado su congoja. Roger debería haberse mostrado contrito, compungido, pero lo único que sentía hacia ellas era un odio violento. ¿Quién no detesta a aquellos a quienes uno ha tratado con injusticia? Roger era consciente de que en aquel instante era un ser salvaje, una bestia irracional. Se levantó, se puso el sombrero y salió. Nada más cruzar la puerta de la casa, se dio cuenta de que no se había despedido y volvió a asomarse.

—Creo que debo irme —dijo.

La señora Mitchell, con los ojos nublados por las lágrimas, como una ciega, buscaba a tientas su pañuelo.

—Vaya usted, querido, ¡que sea feliz! —le contestó con la voz empañada tras sorber un par de veces los mocos.

—Gracias —respondió Roger.

Salió y subió al coche. En la calle, el sol arrojaba pálidas sombras. Katherine estaba delante de un puesto de papayas, mirando a su alrededor, ociosa, con las manos en la espalda. Cuando vio salir a Roger, lo llamó.

—¿Te vas, Roger?

Roger ni la miró, se limitó a saludarla con una seña y arrancó.

Al cabo de algo más de una hora, en la iglesia, su estado de ánimo tendía a estar más sosegado. Las hileras de cirios lanzaban destellos danzarines ante las cortinas doradas. La música del órgano, como un fuerte viento, inclinaba sus llamas. Las altas vidrieras, a ambos lados del altar, eran de color púrpura. Delante, el sacerdote, con su cabeza rosada ceñida de una nívea corona de pelo corto, parecía una baya envuelta en azúcar, aunque el reflejo púrpura de las vidrieras le añadía una aureola violácea. Todo era alegre, como tenía que ser. Roger hubiera querido que su madre estuviera allí. Era muy mayor; de otro modo, la habría hecho venir de Inglaterra para asistir a la boda… La música cambió, y entró Susie. Se inclinó un poco para poder verla. No tenía necesidad, conocía muy bien cada rasgo de su rostro, cada relieve de su silueta… Los conocía muy bien y, al mismo tiempo, le resultaban imprecisos, como si ella fuera un dibujo que él hubiera hecho en una vida anterior… No, mejor dicho, como un dibujo que él hubiera querido dibujar sin haberlo logrado. Y esa ensoñación de una vida anterior avanzaba ahora, pausada, hacia él. Envuelta en un velo plateado, como entre nubes o neblina, avanzaba hacia él. Al pasar ante una vidriera rosada, ella se tornó rosada; ante una vidriera azul, se volvió azul, y ante una vidriera amarilla oro, su cabellera, y toda ella, llamearon… A continuación, llegaron los votos del matrimonio, seguidos de la homilía; por fin los recién casados y sus testigos se dirigieron juntos a una pequeña habitación para firmar los registros. A la salida, los invitados les arrojaron una lluvia de arroz y confeti.

Después llegó el momento de ir a hacerse las fotografías, y los novios tomaron un coche aparte. Ya lejos de la música litúrgica y de la algarabía de los invitados, todo quedó en silencio, y Roger volvió a sentirse inquieto. Al otro lado del velo nupcial, Susie le sonreía como una valiosa muñeca de gran tamaño envuelta en celofán y presentada en un lecho de virutas de papel blanco.

—¿Estás cansada? —le preguntó.

Susie negó con la cabeza. Él se aproximó a ella.

—Si no estás cansada —le dijo bajando la voz—, me gustaría que respondieras a una pregunta.

—¡Otra vez! —protestó ella, riendo—. ¿Cuántas veces me lo has preguntado?

—Es verdad, y esta es la última vez. Ahora ya es un poco tarde, pero… todavía estamos a tiempo.

—Pero ¡qué gracioso eres! —dijo ella dulcemente, sujetando el rostro de Roger con las manos.

—Susie, ¿por qué me quieres?

La joven siguió la curva de sus cejas con los pulgares.

—Porque tus cejas son… así —dijo.

Luego le acarició lentamente el contorno de los ojos.

—Porque tus ojos son… así.

Roger le agarró la mano, la besó, luego la besó en la boca.

—¿Me amas tanto como para casarte conmigo? —le preguntó de nuevo al cabo de un rato—. Lo que quiero decir es que… ¿sabes con total certeza que me amas hasta ese punto?

—Pero ¡qué gracioso eres! —repitió ella, y se besaron de nuevo.

Al cabo de un rato, Susie se dio cuenta de que Roger seguía observándola con los ojos muy abiertos y el semblante pensativo. Se echó a reír y, frunciendo los labios, le sopló en los ojos, de modo que él no tuvo más remedio que cerrarlos. Volvieron a besarse.

Hicieron la sesión de fotos y regresaron a casa de las Mitchell para recibir a los invitados. Estuvieron festejando hasta la noche; luego los invitados fueron dispersándose poco a poco. Eran casi las doce cuando los recién casados volvieron al piso de Roger.

Roger era director de la residencia masculina de estudiantes de la Universidad de China del Sur. Su apartamento se hallaba muy cerca del edificio que ocupaban los estudiantes, lo cual facilitaba que pudiera ocuparse de todo. Detrás del edificio, se encontraban las canchas de tenis, y la entrada principal daba a una estrecha carretera. Flanqueada por vallas de hierro, la calzada de cemento descendía sinuosa por la ladera de la montaña. A esas horas ya era avanzada la noche, y el claro de luna iluminaba el suelo con su resplandor azul verdoso. Detrás de las rejas crecían profusas las grandes matas verde oscuro de los hibiscos, y el aire caliente que emanaba del suelo, a bocanadas, se condensaba formando grandes flores escarlata. El hibisco es una planta del sudeste asiático muy evocadora de las selvas tropicales, reminiscencias pobladas de monstruos negros de ojos refulgentes y de amores humanos semisalvajes. Por debajo de los hibiscos, en los pocos espacios que dejaban los entrelazos de ramas y hojas, crecían todo tipo de flores de ponzoñosos colores, amarillo, cárdeno, granate, como espumarajos de volcán. También había una especie de nenúfares que brotaban a par por tallo, blancos y con rayas atigradas. En medio de todas estas plantas y flores, innumerables insectos reptaban serpenteantes y lanzaban sus tenues zumbidos y chirridos. Eso sin contar los pequeños lagartos plateados y las ranas que, al croar, producían ese silencio a la vez inmenso e incompleto, tan inquietante.

Súbitamente, en la carretera, se oyó una estampida: una persona bajaba a todo correr por la pendiente chasqueando estrepitosamente las chinelas, perseguida por otra que la llamaba.

—¡Susie, Susie!

Una de las zapatillas de la mujer salió despedida, y Susie, con un pie descalzo, corrió un buen trecho carretera abajo tras ella, hasta donde la valla formaba una curva. Allí tropezó con la chinela y, al abrazarse precipitadamente a la valla, su cuerpo se desplomó y desapareció. Anonadado, Roger se detuvo un instante, antes de proseguir su carrera. Al llegar a la curva, no encontró a Susie: hasta donde alcanzaba la vista no había un alma en toda la carretera. Estaba sudando a mares y tenía el pijama a rayas completamente empapado. Se detuvo al pie de un árbol; junto a él, se abría un pozo de abastecimiento de agua potable que comunicaba, borboteante, con un túnel. Roger sabía perfectamente que en ese pozo no podía ahogarse nadie; aun así, no pudo evitar asomarse para observar el interior, que la luna iluminaba con su fulgor de nieve, y donde —resultaba evidente— nadie habría podido quedar oculto. Eso tenía que ser un sueño… ¡Una pesadilla! No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando oyó voces en la carretera. Era gente que subía andando, dos estudiantes chinos. Sabían que el profesor de la residencia se había casado esa tarde y que no habría nadie para controlarlos, de modo que habían aprovechado para salir a divertirse hasta esas horas. Roger se apresuró a ocultarse ágilmente en las sombras. Si lo veían, se quedarían muy sorprendidos y

harían numerosas conjeturas que correrían como un reguero de pólvora. Roger siempre había sido muy prudente y había cuidado con celo su reputación. Cuando los estudiantes se hubieron alejado, temió que todavía hubiera otros que regresaran tarde. De modo que deshizo el camino sin hacer ruido y regresó a su apartamento.

No todos los estudiantes de la Universidad de Huanan habían aprovechado la ausencia del director de la residencia para salir a bailar. Un estudiante indio de sexto año de Medicina llamado Mohindra estaba estudiando con ahínco en su habitación para los exámenes de licenciatura. Se encontraba tumbado en la oscuridad, y leía a la luz de una linterna. De pronto oyó que alguien llamaba a la puerta. Su agotamiento nervioso era tal que no pudo evitar dar un respingo. Se incorporó de golpe y se sentó sobre la almohada.

—¿Quién es? —preguntó.

La puerta se abrió con un chirrido y alguien entró en la habitación. Mohindra dirigió precipitadamente la linterna en esa dirección y, cuando el haz de luz, recto como un pincel, alcanzó su objetivo, se derritió de repente, fundiéndose en una neblina vaga y opalescente, tan tierno y delicado era el cuerpo iluminado, tan curvilíneo y diáfano: una joven se apoyaba con gesto asustado contra la puerta. Vestía un exquisito camisón de muselina de seda gris perla, a la manera de un vestido de noche, que mostraba sus hombros desnudos; su rubia melena caía sobre su rostro en desordenados mechones. El hipo le producía fuertes tirones en el cuello y, con cada sacudida, sus blancos hombros golpeaban la puerta haciéndola resonar. Mohindra quedó sobrecogido; su mano sin fuerza dejó caer la linterna, que rodó con estrépito, alejándose de él.

—¿Quién es usted? —preguntó de nuevo.

Susie se echó hacia atrás el cabello dejando al descubierto su rostro y miró al estudiante. Luego se giró y se asomó al exterior. Parecía aterrorizada. Tragó con dificultad.

—Perdóneme… —dijo con voz ronca y, precipitándose sobre él, añadió—: ¡tiene que ayudarme!

Aterrorizado, Mohindra se apartó de la cama a gatas. Por encima del lecho pendía una mosquitera circular de tul. Susie la agarró al pasar, retorciéndola hasta que quedó tan sólida como una columna y, presa del vértigo, se aferró a ella. Pero la mosquitera, que colgaba en precario, fue cediendo a la presión de su peso, y Susie empezó a mecerse de un lado a otro. Mohindra la contemplaba con las manos abiertas. Aunque no había asistido a la boda del director de la residencia, había reconocido a Susie, cuyo romance con el profesor era un tema de conversación habitual entre los estudiantes; la foto del compromiso había salido en el *South China Daily News*.

—Usted… ¿es usted la señora Empton? —preguntó Mohindra, trémulo y temeroso.

Al oír esas palabras, Susie pareció encontrarlas extrañamente punzantes. Sin pararse a pensarlo siquiera, prorrumpió en llanto. Lloraba y pataleaba, con un solo pie calzado en una chinela de satén dorado. El pie descalzo estaba cubierto de rasguños y de rastros de sangre.

El alboroto alertó a todo el vecindario. Numerosos estudiantes, con los zapatos a modo de pantufla y los ojos somnolientos, se apiñaron ante la puerta del cuarto de Mohindra. Al abrirla, vieron la habitación a oscuras, tan solo iluminada por el resplandor de una linterna de bolsillo debajo de la mesa. El haz de luz horizontal alumbraba, bajo la seda liviana del camisón, unas blancas y delicadas piernas femeninas que pataleaban estrepitosamente. A un metro de distancia aproximadamente, se veían las piernas oscuras, largas y flacas de Mohindra, y sus pies calzados con pantuflas de cuero de color azafrán. El barullo de voces fue creciendo delante de la puerta de la habitación.

—¿Se puede entrar, Mohindra? —preguntó alguien.

Mohindra, cada vez más nervioso, abría la boca, pero se le trababa la lengua y no alcanzaba a responder. Uno de los estudiantes encendió la luz, y Mohindra corrió a su encuentro como si se tratara de un familiar.

—¡Mirad! —dijo—. ¿Qué está pasando? La señora Empton…

—¿Que qué está pasando? Eso mismo te íbamos a preguntar —contestó uno riendo.

—¿Cómo que me lo ibais a preguntar? —replicó Mohindra, tan alterado que a punto estuvo de llegar a los puños—. ¡Ni… ni se te ocurra difamarme!

Un estudiante que estaba cerca de él le hizo entrar en razón.

—Pero si no ha dicho nada sobre ti.

Mohindra se rascó la cabeza.

—Esto no es ninguna broma —dijo lleno de rabia—. ¡Vosotros decís tonterías a la ligera, vale, pero me estoy jugando la licenciatura! Yo estaba estudiando, completamente ensimismado, cuando la señora Empton irrumpió en mi cuarto y se puso a llorar.

Al oírlo, los demás se miraron sin saber qué hacer.

—Pero ¿dónde se habrá metido el señor Empton? Vayamos a buscarlo —propuso uno.

Al oírlos, Susie palideció, apretó los dientes y dio una patada en el suelo.

—¡Que nadie se atreva!

Hubo un silencio.

—¡Que nadie se atreva! —insistió ella alzando la voz en tono agudo.

Todos enmudecieron unos instantes.

—Señora Empton —dijo un alumno—, perdónenos si desconocemos los detalles de esta cuestión. No sabemos cómo tratar este asunto…

Susie hundió su rostro en la mosquitera y estalló en sollozos.

—Os lo suplico, no me preguntéis nada… ¡Os lo suplico! Pero prometedme una cosa: que no iréis a buscarlo. No quiero verlo, no lo soportaría. ¡Es un animal!

Los estudiantes quedaron perplejos y, durante un buen rato, no se atrevieron a pronunciar palabra. Eran jóvenes, ver a una muchacha tan hermosa y tan desdichada les partía el corazón. Como, por otra parte, no sabían qué hacer, no encontraron nada mejor que acercarle una silla.

—De momento, siéntese y descanse un poco —le aconsejaron.

Susie se sentó, con la parte superior del cuerpo todavía reclinada en la mosquitera de Mohindra, llorando desconsoladamente. Perdió fuerza en la cintura y equilibrio en la silla, de modo que acabó deslizándose al suelo, de rodillas.

Los estudiantes deliberaron:

—¿Qué hora es?… En cualquier caso, pronto amanecerá y podremos ir a llamar al rector o al jefe de estudios.

—Vayamos ahora mismo —se apresuró a sugerir Mohindra, en su afán de quedar libre de responsabilidad—. Si nos demoramos, les parecerá mal.

Susie alargó una mano con lasitud e hizo una seña para detenerlos. Tardó un buen rato en lograr decir algo.

—Quiero volver a casa.

—¿Cuál es su número de teléfono? —la interrogó Mohindra—. ¿Llamamos para que vengan a buscarla?

Susie negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas.

—Pensaba volver, tenía intención de bajar la montaña para telefonear o llamar a un taxi. Pero luego pensé: no, no puedo… Mi madre… ha estado deslomándose por mí… estos últimos días… Ahora que ya ha acabado, ¿no voy a dejarla descansar ni una noche siquiera?… Mi pobre madre, ¿cómo se lo voy a decir?

—Y el señor Empton, ¿qué…? —preguntó inmediatamente uno de los estudiantes, incapaz de mantener la boca cerrada.

—¡No mencione su nombre! —chilló Susie.

—Cuanto más mojigato es alguien, menos escrupuloso es en su vida privada —suspiró con frialdad un estudiante de letras que llevaba gafas con montura de carey—. Ya decía yo que este Empton era demasiado perfecto. Me temo una aberración.

Unos estudiantes, algo más jóvenes, hicieron un guirigay de preguntas, y otros mayores los echaron diciendo que no tenían edad para oír esas cosas. Un campeón de fútbol puso los brazos en jarras.

—Señora Empton, nosotros la acompañaremos hasta la oficina del rector —declaró con el pecho henchido de indignación ante la injusticia—. ¡Le aseguro que semejante personaje no encontrará en todo Hong Kong un lugar donde esconderse!

—¿Cómo puede ser que un hombre así sea nuestro profesor? —corearon todos—. ¿Que dirija nuestra residencia?

Y todos instaron a Susie a que fuera a ver al rector lo antes posible. Una vez más, el estudiante de letras se mostró más reflexivo.

—¿Vamos a sacar al viejo de la cama en plena noche? No se atrevería a ponerse hecho un basilisco delante de la señora, eso es verdad, pero también es seguro que no estaría bien dispuesto para prestarle su ayuda. Creo que lo mejor será esperar unas horas. La señora Empton puede quedarse aquí descansando, y que Mohindra vaya a dormir a mi cuarto.

El campeón frunció el ceño.

—No es muy conveniente dejarla aquí sola —le advirtió al oído—. Salta a la vista que está conmocionada, no podemos darle la menor ocasión de acabar con su vida.

—Si no ve usted inconveniente —le dijo a Susie el estudiante de letras—, nos quedaremos aquí cuatro o cinco para cuidar de usted y darle ánimo.

—Os lo agradezco —dijo Susie en voz baja—. No os compliquéis la vida por mí, os lo ruego.

Los estudiantes deliberaron unos instantes; luego instalaron a Susie en un sillón de mimbre y eligieron a

los cuatro, incluido Mohindra, que dormirían unas horas apoyados en la cama de cualquier manera.

En su asiento, Susie estaba envuelta en un cubrecama de toalla del que solo emergía su pálido rostro. Permanecía completamente inmóvil, pero con los ojos abiertos y la mirada fija. Por la ventana de Mohindra se veía la negra silueta sesgada de la ladera de la montaña y, tras ella, el cielo tenía el azul hielo de un lago congelado. La luna creciente, no perfectamente llena, semejaba agua plateada cuyos destellos refulgieran desde un agujero en el hielo. La luna no tardó en desaparecer, y el cielo entero quedó congelado. Era el mismo azul desvaído, pero ya amanecía. En verano, a esa hora de la mañana, la temperatura era baja, y Mohindra prestó a Susie una chaqueta blanca para que se la pusiera encima del camisón, pero a ella le pareció que presentarse así vestida ante el rector no era de recibo y manifestó su deseo de ir a casa de Empton a cambiarse. Entonces, alguien se ofreció voluntario para ir de explorador. Cuando llegó a la casa, vio el garaje con su puerta de dos hojas abierta, sin el coche. Aparentemente, Empton no estaba en casa. El estudiante fue hasta la puerta principal, llamó al timbre y dijo que buscaba al señor Empton por un asunto urgente. El *boy* le contestó que el señor todavía no se había levantado. El estudiante insistió diciendo que se trataba de una emergencia, y el *boy*, inicialmente reacio a molestar a Empton en un momento tan inoportuno, ante la persistencia del joven no tuvo más remedio que obedecer. Regresó al cabo de un momento, demudado el semblante. Pidió al estudiante que le dijera de una vez por todas por qué deseaba ver al señor Empton. Al ver el cariz que tomaba la situación, y sabedor de que Empton no estaba en casa, el estudiante urdió una mentira, se escabulló y regresó como una exhalación a la residencia a presentar su informe. Todos los estudiantes escoltaron a Susie en imponente séquito hasta la casa. Cuando el *boy* vio a Susie, se sintió muy intrigado, pero se quedó con un palmo de narices porque ella fue a cambiarse sin prestarle la menor atención y volvió vestida con ropa de calle de gasa negra y con su rubia cabellera recogida en una redecilla del mismo color. Los estudiantes la escoltaron por los vericuetos de la montaña, atajando hasta llegar a la residencia del rector.

Susie se volvió hacia sus acompañantes y les hizo una señal, sin duda para pedirles que se quedaran fuera esperando y la dejaran entrar sola. Los estudiantes, que ya iban un tanto amedrentados, se sentaron en los escalones sin aguardar a que ella les dijese nada. Esperaron, de una sentada, varias horas. Cuando Susie salió, el sol arrojaba su luz dorada sobre la pérgola del portal, por la que trepaba una enredadera de campanillas violetas o de un azul intenso. Los estudiantes levantaron la cabeza y la miraron en silencio, deseosos de oírle contar cuál había sido la reacción del rector. Susie abrió levemente la boca y se pasó un dedo con lentitud por la comisura de los labios, sin decir nada durante unos instantes. Cuando por fin habló, su tono de voz era neutro.

—El señor Parker lamenta mucho lo que me sucede —dijo—. Lo lamenta mucho, pero me aconseja que regrese a casa de Roger.

Susie cortó una campanilla azul oscuro y sopló en el corazón de la flor. Recordó que la víspera, al salir de la iglesia, en el coche, Roger la contemplaba fijamente, y ella le había soplado de la misma manera en los ojos para obligarle a cerrarlos. Los ojos de Roger Empton eran azules… aunque muy pocas personas lo habían notado. En realidad, no eran muy azules, pero Susie, en sus arrebatos sentimentales, siempre era capaz de imaginarlos del mismo color que esa campanilla. Sopló de nuevo en la flor, sonrió, la puso en el hueco de la mano y la aplastó de una brusca palmada.

Un estudiante carraspeó.

—Empton suele hacer la pelota al señor Parker —dijo—. ¡A la vista está que se le da de primera!

—Parker teme que un escándalo pueda deslucir la reputación de la universidad —aventuró otro.

Susie arrojó la campanilla aplastada. ¡La reputación de la universidad! ¡Esa escuelucha inmunda! Y aunque acabara pulverizada, ¿qué más daría? Roger… había pulverizado todos sus ideales.

—Vuestro director académico es Morris, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respondieron los estudiantes.

—Me acuerdo de él, es un anciano muy afable a quien le gusta bromear con las chicas… Venid, vamos a verlo.

—A estas horas, es probable que Morris ya esté en la facultad, vamos allá directamente, a su despacho.

Esta vez los estudiantes se apiñaron sin aprensión alguna junto a la doble puerta de vaivén, de media altura, para escuchar la conversación; incluso el secretario del director académico se unió a ellos. Luego, cuando se enteraron, el bedel, el jardinero y todo el personal administrativo de las facultades de Medicina, Ingeniería y Letras también acudieron a curiosear. Susie y Morris hablaban en voz baja, de modo que solo se oía que él iba haciéndole preguntas y ella contestaba a retazos, pero el contenido de sus respuestas no se oía. A partir de un momento dado, Susie dejó de contestar y ya no hizo más que sollozar.

Morris telefoneó a la señora Mitchell y le pidió que viniera inmediatamente a buscar a Susie. Al poco

rato, llegaron la señora Mitchell y Millicent, un tanto aturulladas, pues habían tenido que tomar un taxi deprisa y corriendo, sin tiempo para arreglarse. Morris, pasando un brazo sobre los hombros de Susie, la acompañó fuera con sumo cuidado y la ayudó a subir al taxi. Al verlo, los estudiantes se dispersaron en pequeños grupos. Enseguida se pusieron a comentar el asunto. La cuestión central para ellos ahora era dónde se encontraba Empton: unos decían que sin duda no tendría el valor de aparecer y que se habría escondido; otros, que se habría ido a Wan Chai en busca de mujeres capaces de satisfacer sus deseos; y otros, que habría tenido un brote de alguna enfermedad mental latente en su inconsciente, porque uno de los primeros síntomas de ese tipo de pacientes solía ser la hipersexualidad.

No cabía duda de que Roger Empton estaba pasándolo muy mal. Aun así, distaba mucho de imaginar que hubiera tanta gente pendiente de él. La noche anterior, había vuelto sin hacer ruido a su habitación y se había quedado sentado en la cama, contemplando la foto de Susie colgada en la pared. En la oscuridad, no la veía muy bien, así que había alargado la mano para bajar la lámpara del techo y orientar la luz hacia la foto enmarcada. Era una lámpara vieja, pero la pantalla de porcelana a la antigua, con dragones en relieve, la había elegido Susie recientemente para él. Bajo el cristal fuertemente iluminado, el rostro de la joven parecía un nenúfar blanco a flor de agua. De repente, Roger se vio a sí mismo encaramado a la cómoda, en cuclillas, como un niño, sin recordar en absoluto cómo había llegado hasta allí. Sujetaba el marco con las dos manos y besaba el retrato de Susie. Solo el frío cristal se interponía entre ellos. No, no era el vidrio, habían sido sus propios labios ardientes lo que lo habían apartado de ella. Susie y él se amaban, pero su exceso de fogosidad los había separado. Entonces, ¿había sido por su culpa? No, había algo más… Cuando volvió a acostarse en la cama, lo comprendió de golpe, como en un relámpago: ¡El marido de Millicent era un hombre de lo más normal y corriente! ¡Igual que él! Se quedó dormido boca arriba, con las manos detrás de la nuca y la lámpara a unos veinte centímetros de la cara, arrojándole su luz de setenta y cinco vatios sin que él se diera cuenta siquiera.

Al clarear el cielo, fue atenuándose el brillo de la lámpara. Roger se incorporó de un salto. Era preciso marcharse de allí cuanto antes. No tenía ganas de ver a los *boys*; naturalmente, no tenía por qué darles explicaciones sobre la desaparición de su joven esposa, pero… no tenía ganas de verlos. Corrió al garaje y, al amanecer, sacó el coche. Susie… corriendo perdida en medio de la noche, ¿y si le había ocurrido algo? Como mínimo, tendría que telefonear a la señora Mitchell para preguntarle si Susie había ido a su casa. De lo contrario, tendría que ir a ver a todos sus conocidos y tratar de averiguar su paradero, avisar a la comisaría, a la brigada de investigación marítima, a las compañías de transporte por mar… Se echó a reír con el viento de cara. ¡Tendría que! En la primerísima mañana después de su boda, ¿tenía ella que infligirle ese sufrimiento?

Un hombre que se siente más desdichado que si estuviera muriéndose no asume responsabilidades respecto a nadie, quienquiera que sea. Cubrió de un tirón la decena de kilómetros que lo separaban de la costa y fue a refugiarse al pequeño club que habían montado sus amigos solteros y él. Como no era fin de semana, todos sus amigos trabajaban, de modo que estaba solo en esa sencilla cabaña de madera pintada de verde. Pasó toda la mañana sentado en la playa, calentándose al vapor del mar, la arena ardiente y el sol, y luego toda la tarde. El mundo entero semejaba una muela cariada, entumecida y sin mucha más sensibilidad que la de cierto dolor sordo cuando se levantaba viento.

En cuanto consideró que ya había recobrado el control sobre sí mismo, volvió al coche y regresó a casa. Al verlo, los *boys* no se atrevieron a preguntarle nada. Llamó a la señora Mitchell por teléfono.

—Ah, es usted, Roger… —dijo esta.

—¿Susie está con usted? —preguntó él.

—Sí, está aquí —respondió ella tras una pausa.

—¡Voy para allá enseguida! —dijo Roger.

Hubo una nueva pausa.

—Está bien, venga —dijo la señora Mitchell.

Roger se quedó con el auricular en la mano, sin colgar. Oyó que su interlocutora también permanecía callada, sujetando el teléfono, como si se hubiera quedado perpleja, y solo al cabo de unos instantes —clac — colgó.

Roger condujo hasta High Street pensando que se había tomado el asunto demasiado a pecho; la timidez era un rasgo muy común en las jóvenes, y era posible que Susie, al haber sido criada en un ambiente tan particular, estuviera aún más confusa. Su vida conyugal todavía podía arreglarse. Hong Kong era el escenario de los malos recuerdos del día anterior, pero nada les impedía ir a Japón o a Hawái a pasar su luna de miel. En esos lugares tan lejanos y hermosos, él podría tratar de inculcarle un poco de educación amorosa. ¡Educación amorosa! Esa clase de términos nauseabundos siempre le habían inspirado rechazo.

Por un instante, casi deseó haberse casado con una chica de mala vida, más ducha en relaciones humanas y mucho más experimentada. Una chica que no hubiera necesitado «educación amorosa».

Cuando llegó a High Street, la señora Mitchell fue a abrirle la puerta en persona.

—¡Mire a qué hora llega, Roger! —le dijo sonriente—. Estábamos muertas de inquietud. ¡Son ustedes como niños, hay que ver el escándalo que han montado, no tiene nombre!

—¿Dónde está Susie? —preguntó Roger.

—En el balcón de atrás —contestó la señora Mitchell.

Y subió delante de él mostrándole el camino. Roger tuvo la sensación de que, pese a los esfuerzos de su suegra por adoptar una actitud animada y bromista, su rostro se acaloraba y palidecía alternativamente, lo cual le daba una expresión muy inestable. Se diría que le tenía cierto miedo, pero que al mismo tiempo estaba un tanto disgustada con él y que le reprochaba que no pidiera disculpas. Roger frunció los labios; ¿por qué demonios debía él pedir disculpas? ¿Qué había hecho de malo? Una vez arriba, la señora Mitchell se detuvo y posó una mano en el brazo de Roger.

—Roger… —le dijo vacilante.

—Lo sé —dijo Roger.

Se dirigió solo a la parte trasera de la casa.

—¡Que tenga suerte! —añadió la señora Mitchell sonriendo, apoyada en la barandilla.

Roger apenas había avanzado unos pasos cuando se detuvo en seco. La víspera, antes de la ceremonia, como una maldición, su suegra ya le había deseado felicidad… Frunció el ceño, cerró fugazmente los ojos y los volvió a abrir.

—¡Gracias! —respondió con desgana, sin volverse, antes de entrar en la habitación.

Era el cuarto de Katherine; estaba completamente a oscuras y en el aire flotaba un aroma a talco. El ventanal estaba abierto. Probablemente Susie acababa de bañarse; llevaba sobre los hombros una bata de seda blanca y estaba sentada de espaldas a él sobre la barandilla de hierro del pequeño balcón. Abajo, en la calle, el terreno descendía en pendiente, un erial que caía abrupto una treintena de metros. Por ello, al mirar a lo lejos, no había nada, solo el mar teñido por la luz del crepúsculo y, enfrente, la orilla de Kowloon y las hileras de ojos verde esmeralda de las farolas de gas, parpadeando y titilando.

—Susie —llamó Roger en voz baja desde el ventanal abierto.

Ella no se inmutó, pero no pudo impedir que su bata de seda blanca, alzada por el viento, se abriera y batiera contra la barandilla. Por su parte, Roger no fue capaz de evitar que su voz temblara penosamente. Avanzó hacia Susie con la intención de apoyar las manos en sus hombros, pero apenas alzó los brazos esbozando el ademán, los dejó caer de nuevo.

—Susie, te ruego que me perdones —dijo quebrantando su intención inicial, porque ahora él le había perdonado su ingenuidad.

Susie se volvió, le cogió la mano y la posó en su mejilla.

—¡Te perdono! ¡Te perdono! —dijo llorando—. ¡Ah, Roger! ¿Por qué no me has dado la oportunidad de decírtelo antes? ¡Te he odiado todo el día!

—¡Querida! —respondió Roger.

Ella se giró para estar más cerca de él, arriesgándose a caer del balcón. Él estuvo a punto de aproximarse a ella para que pudiera apoyarse en él, pero le pareció… más peligroso aún. Tras vacilar unos instantes, se introdujo por debajo del barandal superior y se sentó hacia dentro en el segundo travesaño. Estaban como dos niños, sentados uno frente al otro.

—Mañana nos iremos de luna de miel —dijo Roger.

—¿No decías que había que esperar un mes hasta que acabaran los exámenes finales? —se extrañó Susie.

—¡No, mañana mismo! —dijo Roger—. A Japón, a Hawái, a Manila, adonde tú quieras.

Ella le apretó la mano. El día anterior, la actitud de Roger no había sido correcta, pero tras ciertas peripecias, había acabado reconociéndolo y arrepintiéndose. Ese era el primer paso en la «educación amorosa» que él le daría. En Japón, en Hawái…, en los misteriosos claros de luna de los países exóticos, podría completarla.

—¿Crees que te dejarán irte? —preguntó Susie.

—¿Acaso pueden impedírmelo? Llevo quince años trabajando aquí, así que en esto pueden mostrarse flexibles.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —preguntó Susie—. ¿Seis semanas, dos meses?

—Todas las vacaciones de verano —respondió Roger.

Susie le apretó un poco más la mano. Había oscurecido y el viento había arreciado. Roger estaba

sentado más abajo, y la bata de Susie, agitada por el viento, le rozaba la cara. Sonriente, ella le protegió las mejillas con las manos. Luego, con los pulgares, siguió lentamente la curva de sus cejas y le acarició los párpados. Esta vez no dijo nada, pero él no pudo evitar recordar sus dulces palabras de la víspera.

—¿Y si volviéramos a casa? —preguntó.

Ella asintió.

Cogidos del brazo, atravesaron la habitación de Katherine y salieron.

La señora Mitchell seguía donde se había quedado, en el rellano del primer piso. Al pie de la escalera, en la planta de abajo, se erguía Millicent, con su cobriza melena sobre los hombros, el rosto pálido como la nieve, los ojos un tanto hinchados y el alto y afilado mentón enérgicamente avanzado, como si hubiera tenido una violenta disputa con la señora Mitchell.

—Buenas noches, Millicent —dijo Roger.

Millicent no contestó. Mantenía los brazos bajos, tensos, y abría y cerraba los puños con fuerza. La señora Mitchell —tan, tan, tan— bajó precipitadamente las escaleras antes que la pareja y agarró a Millicent y la obligó a retroceder hacia la pared, como si temiera que fuera a hacer algo. Al ver la escena, a Roger se le demudó el semblante. Susie apoyó la cabeza en su brazo.

—Hawái… —dijo con voz tenue.

Sí, al día siguiente viajarían a Hawái, muy lejos de Millicent, de la señora Mitchell, de los *boys*… Aunque no eran muchos los que estaban al corriente de su historia, eran los suficientes como para que uno se sintiera incómodo. Bien era verdad que, cuando regresaran del viaje, esa gente seguiría allí y habría que verla, pero para entonces su unión sería verdaderamente íntima, y todas las sospechas se habrían desvanecido. Ya no tendrían que temer a nadie.

Roger sonrió levemente a Susie y bajaron por la escalera sin dejar de cogerse el brazo. Al pasar por delante de Millicent, a pesar de estar a principios de verano, la temperatura descendió súbitamente, y Roger sintió en la nuca las bocanadas de vaho blanco que exhalaba su cuñada al respirar.

—¡Hasta otra, madre! —dijo volviéndose hacia la señora Mitchell.

—Hasta mañana —dijo Susie.

—¡Hasta mañana, querida! —contestó la señora Mitchell.

Millicent resopló ligeramente, no se supo si de risa o queja.

—Finalmente, mamá, Susie es más valiente que yo —dijo—. Yo no hablé nunca más por teléfono con Frank después de aquello.

Cuando mencionó el nombre de su marido, levantó el labio mostrando una hilera de pequeños dientes, de un blanco casi azul a la luz de la lámpara; dientecillos azules… Roger sintió escalofríos.

—Ven, Millicent, salgamos a tomar el aire al balcón —dijo la señora Mitchell.

Roger y Susie subieron al coche. Durante el trayecto, hablaron muy poco, fundamentalmente sobre los pasajes de barco que comprarían al día siguiente y las diversas formalidades que habría que cumplimentar. Susie tenía intención de hacer las maletas nada más llegar a casa. Una vez allí, Roger dio órdenes a los *boys* de preparar la cena. Los *boys* seguían un tanto azorados, presa del pánico. Ni siquiera habían arreglado el dormitorio. La lámpara seguía allí bajada, a pocos centímetros de la cama. Roger alzó la cabeza y miró la foto de Susie; luego bajó la cabeza y miró a Susie: simplemente, le costaba creer que estuviera allí de verdad. Apoyó la mano en la pantalla de la lámpara y dirigió el haz de luz directamente a su rostro.

—¡Eh! ¡Eh! Pero ¿qué estás haciendo? —exclamó ella con voz aguda, riendo y sin poder abrir los ojos.

Se los tapó con las manos, echó la cabeza hacia atrás y, al reír, dejó ver una hilera de diminutos dientes, de un blanco casi azul. ¡Dientecillos azules! Pero ¡qué bonitos eran! Su melena de oro claro flotaba, vaporosa, en los claroscuros que producía la lámpara. Alguien con una cabellera tan liviana y mullida debía tener también la cabeza llena de sueños livianos y mullidos, ¿no? Sueños en los que quizá estuviera él.

Soltó la lámpara, que se balanceó, baja como estaba, arrojando por toda la habitación las sombras de ambos agigantadas.

Quiso besarla.

—Ahora puedes besarme en la mejilla —dijo Susie—, y dentro de un rato, cuando nos digamos buenas noches, quizá te permita besarme en la boca.

A continuación, Roger se dispuso a subir la pantalla de la lámpara hasta su altura habitual.

—No, déjala así —dijo ella—, me gustan estas sombras.

—A mí me inquietan un poco —objetó él, riendo—. Nuestros gestos más nimios se ven ampliados, diez veces mayores, en el techo.

—Pues mí me sabe a poco. Ay, Roger, querría que todo el mundo supiera cuánto te amo, querría que todo el mundo supiera cuánto mereces ser amado.

Roger quiso besarla otra vez. El *boy* llamó a la puerta.

—El señor Parker está aquí, señor —anunció.

—¡Vaya! —dijo Susie, con un mohín de disgusto—. ¡Ni siquiera has ido aún a solicitar el permiso al rector, y ya viene él a aguarte la fiesta!

—Pero ¿qué dices? Al contrario, llega justo a tiempo; así me evitará tener que ir a verlo mañana —dijo Roger, sonriendo.

Se apresuró a acudir al salón.

Parker estaba mirando por la ventana con las manos cruzadas a la espalda. Era muy alto, delgado, levemente encorvado. En las sienes le quedaban sendas mechas de cabello blanco, en medio de las cuales solo se veía un cogote mondo y lirondo, rojo como un huevo de felicitación por un nacimiento.

—Buenas noches, señor Parker. Precisamente tenía que verlo —dijo Roger con una sonrisa—. Mañana nos vamos a Hawái. Aunque las vacaciones no han comenzado aún, quisiera pedirle que me conceda un permiso para irme un poco antes. McPherson podría reemplazarme para la corrección de exámenes, y, en lo que respecta a la residencia de estudiantes, creo que podría usted dejarla al cuidado de Lambert.

Parker se volvió y miró a Roger.

—Ah… Se marcha a Hawái… Y su señora, ¿se marchará con usted?

Roger se echó a reír.

—Normalmente, cuando uno se marcha de luna de miel, su esposa lo acompaña, ¿no? —replicó risueño —. Uno no suele ir con el *boy* de la cocina.

Parker no le coreó la risa.

—¿Su esposa está contenta de ir? —preguntó, insistente.

Roger lo observó, estupefacto.

—¡Por supuesto! —contestó, cambiando de tono.

El rostro de Parker se congestionó, como a punto de montar en cólera, pero cambió de idea.

—Empton, ya sabe usted que aún es muy niña… Una niña caprichosa…

Roger se quedó callado, mirándolo fijamente. Parker estuvo a punto de decir algo, pero se sintió violento y le dio de nuevo la espalda, volviéndose hacia la ventana. Carraspeó.

—Empton —dijo—, llevamos quince años trabajando juntos. Durante todo ese tiempo, el dinamismo con el que resuelve todo me ha satisfecho siempre desde todos los puntos de vista. En lo que respecta a su vida privada, nosotros no tenemos derecho alguno a inmiscuirnos en ella. Pero, aun suponiendo que lo tuviéramos dentro de ciertos límites, nunca hemos tenido nada que reprocharle…

—¿Qué quiere decir con eso, Parker? —preguntó Roger, acercándose a la ventana—. Se lo ruego, dígamelo abiertamente. Somos viejos amigos, ¿para qué andarse con tantos rodeos?

Parker lo miró profundamente a los ojos, como para asegurarse de que no se estuviera haciendo el tonto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Roger con aspereza.

Parker carraspeó de nuevo.

—A mi parecer, en esta ocasión —dijo en tono pedante—, ha dado usted muestras de falta de dominio de sí mismo en lo que respecta a sus emociones, así como en el control del comportamiento de su esposa, convirtiéndose en la comidilla de personas que no le son afectas…

—Dígame, Parker —musitó Roger entre dientes—, ¿a qué viene todo esto?

—Ayer, a las dos de la mañana, su esposa irrumpió en el dormitorio de los estudiantes, por lo visto presa de… cierto pavor —dijo Parker—. Ella no les contó gran cosa, pero… lo suficiente como para dar lugar a todo tipo de elucubraciones. Esta mañana ha venido a verme y me ha pedido mi apoyo. Naturalmente, me ha puesto en un compromiso, y le he dicho un par de cosas para que se marchara. Pero ¿quién habría imaginado que, en lugar de renunciar, llevaría las cosas hasta el extremo yendo a ver a Morris? Ya sabe que Morris le tiene a usted tirria desde la expulsión de aquellos dos estudiantes. Él sabe que su esposa no tiene motivos para solicitar el divorcio, pero le ha faltado tiempo para prometerle que le buscará un abogado y que hinchará el asunto. Por la tarde, su suegra ha llevado a su esposa a todas partes, a visitar a sus amistades, empezando por nuestros colegas, de modo que ahora todas las familias inglesas de clase media y alta de Hong Kong están al tanto de este asunto.

Mientras lo escuchaba, Roger había palidecido, pero conservaba su aspecto sosegado, apoyado en el alféizar de la ventana, con los pulgares en los bolsillos y los dedos fuera, tamborileando sobre los muslos. Al oír la última frase, sin embargo, pareció no poder aguantar más.

—¿Este asunto?… —preguntó, dejando escapar una risa involuntaria—. Pero, dígame, este asunto… en definitiva, ¿de qué se trata? ¿He infringido la ley?

—En términos legales… naturalmente… —contestó Parker, evasivo— naturalmente, no hay un

problema legal…

La risa de Roger acabó sonando más bien a lamento. Se había dado cuenta de golpe de que le sería muy difícil justificarse. Ni siquiera ante sus amigos más cercanos, como Parker, por ejemplo, lograría aclarar el malentendido. En cuanto a los demás, a los ingleses de clase media y alta de Hong Kong, ¿qué podría decirles? Los varones eran como pequeños despertadores de hierro galvanizado: comían, tomaban el té, hacían sus necesidades e iban a sus despachos a su hora en punto. En sus cerebros no había nada más que el tictac del péndulo. Debido al ardiente clima oriental, podía ocurrir que el despertador no fuera muy puntual, pero un reloj siempre era un reloj. Las mujeres, por su parte, se pasaban el día haciendo punto. ¿Sus vellosos rostros aterciopelados semejaban jerséis de lana afelpada? ¿Acaso podía él explicar a toda esa gente las carencias de la educación familiar de Susie? Ahora que se veía presionado por el entorno, expulsado de su círculo, Roger, a quien tanto había gustado siempre ser un hombre normal y corriente, se daba cuenta de la estupidez reinante en ese ambiente… la ferocidad de la estupidez… Al mismo tiempo, ¿cómo no sentir miedo fuera de él? Dientecillos azules, gigantescas sombras negras agitándose en el cielo raso, chismorreando… Una multitud de pensamientos acerbos se posó sobre su rostro cual tela de araña recién tejida. Sacudió la cabeza con todas sus fuerzas tratando de desembarazarse de ellos y luego apoyó la mano sobre el hombro de Parker.

—Le ruego que acepte mis disculpas por haberlo puesto a usted en una situación tan comprometida. Mañana mismo presentaré mi dimisión.

—¿Adónde piensa ir?

—No faltan lugares a los que pueda ir —contestó Roger encogiéndose de hombros—. Shanghai, Nankin, Pekín, Hankou, Amoy, Singapur, hay centros de enseñanza en todos lados. En China, los ingleses no conocen el desempleo, ¿verdad?

—Le aconsejo que no vaya a Shanghai, allí la mayor parte de las universidades dependen de la Iglesia, y ya sabe que son particularmente puntillosos a la hora de elegir profesores… Me refiero a que ya sabe usted que acostumbran a tener muchos prejuicios. En cuanto a las de otros lugares como Pekín, la atmósfera eclesiástica es también muy densa…

—No se preocupe por mí, Parker, hace que me sienta todavía más en deuda con usted. Bien, entonces, hasta mañana. Le agradezco que haya venido a informarme acerca de todo esto.

—Lo lamento de corazón, pero estoy convencido de que usted comprenderá que me he visto obligado a…

—¡Hasta mañana! —insistió Roger con una sonrisa.

—Quince años, Empton… —dijo Parker.

—¡Hasta mañana!

Una vez que Parker se hubo marchado, Roger se quedó aturdido, mirando embobado por la ventana, con los pulgares todavía en los bolsillos del pantalón y los demás dedos tamborileando en los muslos. Siguiendo el compás, iba taconeando en el suelo —ticotín, ticotán—. Aprovechaba esa onda sonora para cubrir los sollozos entrecortados que se le iban escapando. ¡No podía permitirse oírse a sí mismo llorar! En realidad, no era llanto, sino más bien bocanadas de aire que, de vez en cuando, se le bloqueaban. Estaría así dos minutos máximo y luego se le pasaría. Abandonaría Hong Kong… Hong Kong, que hasta el día anterior se le antojaba una pequeña ciudad de extraños, nublada y húmeda, agobiante, y que ahora sabía era su única patria. Todavía tenía a su madre en Inglaterra, pero cuando iba a verla cada cuatro o cinco años, siempre le parecía que no lograba readaptarse. Pero, al fin y al cabo, ¿por qué resultaba Oriente tan entrañable? Por el trabajo no era. Quince años antes, cuando había entrado a trabajar en la Universidad de Huanan, todavía era un joven que amaba profundamente su oficio; que a veces, en el trabajo, se paraba a reflexionar. Pero el clima de Huanan no se prestaba a la reflexión. En la primavera, las azaleas que cubrían la montaña rojeaban bajo la lluvia persistente —que caía susurrante, que caía incesante—, rojeaban sin descanso. En verano, cuando pasabas por entre los montículos de tierra amarilla, a ambos lados de la calle, para ir a dar clase, florecían los hibiscos, con sus flores rojas y ardientes cual multitud de pequeños soles en ascuas. En otoño y en invierno, el aire se tornada a la vez crujiente y dulce y suave, como una galleta rellena. Los vientos del mar y de la montaña aullaban entre árboles de un verde pardo y árboles de un azul plateado. Solo te apetecía subir al monte silbando, con unos cuantos perros, y hacer un poco de ejercicio enérgico que no requiriera pensar en nada. Así había transcurrido el tiempo. En quince años no había introducido cambio alguno en su material docente. Las investigaciones en física y química progresaban renovándose constantemente, pero él nunca consultaba las nuevas publicaciones científicas, ya fueran libros o revistas; de lo que hubiera leído antaño, ya había olvidado la mayor parte. Seguía empleando los manuales de ciencias adoptados quince años atrás. Los apuntes que había tomado en su época de estudiante, en

Inglaterra, hacía veinte años, los utilizaba también como material complementario, y si alguna vez se le ocurría bromear en clase, lo hacía sistemáticamente con las mismas bromas. En la clase sobre el nitrógeno, soltaba la del nitrógeno; en la clase sobre el hidrógeno, soltaba la del hidrógeno; y en la clase sobre el oxígeno, soltaba la del oxígeno. Un hombre así, dotado de un mínimo de sentido del humor, no iba a tomarse demasiado en serio, ¿verdad? Y así era, no se tomaba muy en serio, como tampoco confiaba mucho en la enseñanza universitaria que impartía y a la que había dedicado media vida. Aun así, de todos modos, esa aglomeración de unos mil jóvenes ociosos en un entorno tan bonito, siempre y cuando uno no prestara atención a lo que sabían o dejaban de saber, ni se interesara por su psicología y ese tipo de cosas aburridas, no dejaba de ser algo bueno. En cualquier caso, fuera bueno o fuera malo, llevaba quince años viviendo de ese modo, y a nadie había molestado, puesto que era un hombre satisfecho con su condición y que sabía estar en su lugar. ¿Por qué Susie, esa chica rubia, tenía que impedirle continuar con su vida?

Mientras pensaba en estas cosas, regresó a la habitación. Susie estaba en cuclillas haciendo la maleta en el suelo, con un platito para el té sobre las rodillas y, en una pila, junto a ella, un traje de mandarín tradicional, con túnica de raso azul cerúleo y falda escarlata bordada en oro, que pensaba llevar en algún baile de disfraces. Cuando oyó sus pasos, alzó la cabeza, pero, deslumbrada por el fulgor de la lámpara baja, no lo vio.

—¡Cuánto has tardado! —dijo sonriendo.

Roger no contestó y permaneció de pie en el umbral; su sombra agigantada cubría todo el techo. Imaginándose que la estaba mirando tan anhelante como un rato antes, Susie decidió mostrarse un poco magnánima. Ladeó levemente la cabeza, bostezó y, sobre el azul brumoso de sus ojos, sus párpados adormilados empezaron a cerrarse.

—Me voy a dormir —dijo risueña—. Ahora puedes darme un beso, ¡solo un beso!

Al oírla, Roger sintió de repente sus brazos extraordinariamente pesados, saturados de toda su energía, tan cargados que le dolían. Habría sido capaz de pegarle. No lo hizo, por supuesto; tan solo echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una risotada que sonó como una traca cuyo estallido disparara al aire pequeñas tiras de tela roja que, tras ascender, se precipitaran de nuevo sobre su rostro azotándole las mejillas. Asustada, Susie perdió el equilibrio y cayó sentada al suelo, mirándolo atónita. A Roger le costó dejar de reír, pareció querer decirle algo, pero fue mirarla y tener un nuevo ataque de risa; salió sin poder contener las carcajadas. Esa noche, durmió en un hotel.

Al día siguiente fue a la oficina del rector a hacerle entrega de su carta de dimisión formal.

—Naturalmente, tiene usted intención, tal como acordamos en nuestro contrato si se daba el caso de una dimisión, de cumplir con el preaviso de un mes, ¿no es así? —preguntó Parker lentamente, mientras toqueteaba el papel.

—Esto… si usted lo estima absolutamente indispensable… Ya sé que este es un mes muy cargado para la facultad, sin embargo, McPherson podría reemplazarme en la corrección de exámenes. Y luego está Lambert, de quien usted dijo que lo consideraba fiable…

—Por fiable que sea, ya sabe usted que en periodo de exámenes finales no podemos prescindir de usted.

Roger calló. Después de semejante escándalo, ¿cómo iba a seguir colaborando con los demás profesores, los asistentes y los secretarios? ¿Cómo podría controlar a los estudiantes de la residencia? ¡Seguro que lo consideraban un depravado!

—Comprendo perfectamente los motivos particulares de su renuncia —añadió Parker—. En una situación como esta, no puedo insistir en exigirle que cumpla con las condiciones inicialmente fijadas. Aun así, espero que acepte quedarse tres semanas más, en nombre de nuestra amistad de tantos años… Ya se lo dije ayer, y deseo volver a decírselo hoy: en este asunto le he fallado a usted lamentablemente. Ha resultado usted agraviado en muchos aspectos, y no tengo palabras para expresar hasta qué punto lo siento. Puede que considere que no merezco su amistad. Si, debido a este asunto, tuviera yo que perder la amistad de un hombre como usted, lo sentiría todavía más por mí mismo. Pero, Empton, creo que usted lo sabe, no sería la primera vez que me defraudo a mí mismo debido a mi cargo.

Esas palabras conmovieron a Roger. Era alguien a quien Parker apreciaba. A lo largo de esos quince años, siempre había actuado conforme a las reglas, sin cometer la menor irregularidad. Ahora tenía que finalizar adecuadamente lo empezado. Reflexionó un instante antes de responder con determinación.

—Muy bien, retrasaré mi marcha hasta que acaben los exámenes y las reuniones del profesorado y el personal administrativo.

Parker se puso en pie y le estrechó la mano.

—¡Gracias! —le dijo.

Roger también se puso de pie, se despidió y salió del despacho.

Presentía que la carga que acababa de asumir no iba a ser fácil de llevar, pero la realidad resultó ser más complicada de lo previsto. Era a la vez responsable de la Facultad de Ciencias y director de la residencia de estudiantes. Durante el periodo de los exámenes finales, sus encuentros con estudiantes a menudo se debían a cuestiones de orden personal. Los exámenes eran orales y prácticos. En la residencia, no podía permitir que los alumnos estudiaran hasta altas horas de la noche ni que se extralimitaran en nada. Los estudiantes excesivamente estresados solían pelearse por cualquier tontería y acababan yendo con sus disputas al despacho del director. Los había que acababan los exámenes antes que los demás y, en cuanto se relajaban de toda la tensión sufrida, reaccionaban siempre de forma violenta. Roger no podía permitirles que se reunieran en la residencia para celebrarlo a lo loco molestando a los demás, y temía particularmente ese tipo de negociaciones, pues aquellos muchachos, jóvenes y rebosantes de energía, no eran muy dados a ocultar sus pensamientos más íntimos. Llevaba muchos años dirigiendo la residencia, y ya en condiciones normales les daba de por sí bastantes razones para sentirse agraviados. Nunca le habían tenido simpatía, pero debido a su posición de autoridad acumulada a lo largo de los años, no se atrevían manifestarlo. Ahora que su conducta indigna había hecho que le perdieran el respeto, los estudiantes ya no se preocupaban de mantener las apariencias, y le decían a la cara cosas desconsideradas, o se burlaban abiertamente de él en cuanto les daba la espalda. Cuando Roger se movía entre ellos, siempre tenía la impresión de llevar una gran mancha húmeda de sudor en la espalda y de que la camisa blanca se le pegaba, completamente arrugada, al cuerpo. El resto del personal docente y administrativo, por supuesto, se comportaba de forma mucho más comedida, y delante de él no solo hacían como si nada, sino que se mostraban particularmente atentos. No mencionaban su cambio de domicilio, como si durante todos esos años hubiera vivido siempre en un hotel. No hablaban de asuntos universitarios, porque, al no estar él incluido en los planes docentes de los cursos siguientes, el tema era susceptible de producirle frustración. Evitaban toda cuestión moral. Las novelas, películas y demás obras de entretenimiento con frecuencia versaban sobre las relaciones entre hombres y mujeres, de modo que no iban, encima, a criticarlas o comentarlas delante de él. Incluso habían dejado de dar rienda suelta a los cotilleos a los que antes estaban tan acostumbrados, puesto que, en los últimos tiempos, el único tema de habladuría en el círculo académico era su matrimonio. Ni siquiera se atrevían a abordar a la ligera la situación política o la coyuntura mundial, porque siempre habría algún anciano vehemente para exhortar con voz sofocada a los presentes que no olvidaran preservar el prestigio de los blancos en las colonias, y todos callarían inmediatamente al recordar la vergonzosa historia de Roger Empton. Eran tantos los temas tabú por temor a su recelo, que prácticamente no tenían ya de qué hablar con él. Se los veía tan apurados que daban pena. Roger prefería rehuirlos, en parte por compasión, pero también porque esa diplomacia demasiado obvia se le había vuelto excesivamente enojosa. Pero lo que más le costaba soportar era la actitud de las mujeres respecto a él. Las secretarias, las dactilógrafas, las estudiantes, las esposas de los profesores y de los miembros de la administración lo contemplaban con grandes ojos bovinos, de mirada dulce y estúpida, tan azoradas que enrojecían y palidecían, temerosas de que su inconsciente enfermo tuviera otra crisis repentina y le impulsara a hacer cosas de las que no deben hacerse. Sentían desprecio, aversión hacia él, y al mismo tiempo, medrosas, experimentaban agrado por todos los delincuentes y los hombres brutales, salvajes, primitivos. Si se hubiera quedado allí mucho tiempo más, la presión de esas mujeres habría acabado convirtiéndolo en uno de esos hombres. Eso hacía que anhelara todavía más abandonar Hong Kong.

El trabajo de dos días lo hacía en uno. Sabía que lo suyo con Susie no tenía buena solución. La ley de divorcio inglesa era muy rigurosa; legalmente, no bastaba con el acuerdo entre ambas partes. A menos que uno de los dos fuera adúltero, enloqueciera o cometiera un delito y fuera encarcelado, no había esperanzas de poder disolver el acuerdo matrimonial. Si convenían tan solo en vivir separados, él tendría que mantenerla. Quedarse en Hong Kong se había vuelto algo impensable para él. Tenía que irse a otra parte a buscarse la vida. Llevándola consigo, imposible: ella no lo consentiría. Él mismo tampoco querría. Pero, si no la llevaba, ¿cómo haría él para mantener dos casas? En esa situación de hostilidad, Susie y su madre, ¿se mostrarían comprensivas ante las dificultades que estaba atravesando? Pero si lo volvían loco, ellas tampoco sacarían beneficio alguno. Seguro que la señora Mitchell encontraría alguna solución, era una suegra experimentada, ¿acaso Millicent no se había divorciado sin problemas de su marido?

Susie había regresado hacía tiempo a su casa y la señora Mitchell telefoneaba a Roger cada dos por tres o mandaba a alguien a buscarlo. Roger siempre se las arreglaba para transmitirle que estaba muy atareado, por el motivo que fuera, y que ya hablarían pasados unos días. En esos momentos, pretender que Roger tratara con serenidad su embrollo matrimonial, era pedir lo imposible.

Ese sábado por la tarde por fin iba a disfrutar de una pequeña pausa en medio de los exámenes. El matrimonio McPherson y el hijo mayor de Parker habían quedado con él para jugar al tenis. Su costumbre

de jugar por parejas se remontaba a muchos años atrás; ellos no podían dejar de invitarlo como antes, porque no querían que tuviera la sensación de que ocurría algo extraño, y él tampoco podía dejar de acudir, porque no quería que ellos tuvieran la sensación de que sucedía algo raro. Pero siempre tenía que ocurrir algo. Cuando la señora McPherson entró en la pista estaba como ausente; después de algunos golpes, no pudo más y se tomó un descanso. El hijo de Parker se sentó junto a ella, en el banco colocado al borde del césped, y miraron jugar a Roger y a McPherson en individual. Mientras iba y venía corriendo por la pista, Roger descubrió de pronto que al lado de la señora McPherson había otra mujer, con la mano sobre las cejas a modo de visera, observándolo mientras hablaba y se partía de risa. La señora McPherson parecía incómoda. Roger se sintió como un animal en el zoo; no pudo seguir jugando y tiró la raqueta.

—Estoy cansado —dijo—. Que venga Parker a jugar contigo.

—¿Te rindes? —bromeó McPherson.

—Los hay que saben perder, no como tú —dijo la señora McPherson—. Opino que hace rato que tendrías que haber hecho un descanso. A Parker lo ha llamado su padre, se ha tenido que ir. Es tarde, ¿por qué no volvemos?

Roger y McPherson abandonaron la pista. Roger había reconocido a la mujer, Dorinda, la segunda esposa del profesor Morris. Era una inglesa con algo de sangre judía. Tenía una cabellera rubio claro, rizada, tan densa que resultaba indomable, y la llevaba recogida en un moño alto. Su nariz era maciza y su pequeño mentón, adiposo y huidizo. Sus grandes ojos azul claro, ligeramente globulosos, solo se entornaban cuando se reía, dándole cierto encanto. Se decía que, años atrás, había sido volatinera en Tianjin y que tenía un cuerpo muy ágil. Pero ahora, vestida con una amplia chaqueta de un blanco cebolla tierna y las manos en los bolsillos, separando la prenda del cuerpo, lo holgado del atuendo impedía distinguir su figura. Al casarse con ella, Morris había provocado la desaprobación de prácticamente toda la Universidad de Huanan y, antes del escándalo de Roger, la boda de Morris había sido el hecho más sensacionalista que se había producido nunca. El mismo Roger había criticado con severidad a Morris, y la animosidad entre ellos se había visto agravada por ello. Ahora a Morris la venganza debía de saberle aún más dulce.

Desde que Dorinda se había mudado al campus universitario de Huanan y había conocido a Roger, habían pasado dos o tres años, pero ella nunca le había prestado mucha atención. Los saludó, a él y a McPherson, con una sonrisa.

—Esta noche os invito a los tres a cenar algo informal, ¿qué os parece? —les dijo—. Mi marido no tardará en volver con unos cuantos amigos, será muy animado.

—Disculpe, pero tengo un compromiso —dijo la señora McPherson sin mucho entusiasmo—. Me temo que no podré ir.

—¿Y usted? —preguntó Dorinda volviéndose a McPherson—. Le digo una cosa: mi marido ha traído hace poco un brandy de 1830, y me pregunto si no lo habrán timado. ¿Vendría usted a probarlo, a ver si es auténtico? —y añadió risueña, dirigiéndose a la señora McPherson—: Es el único versado en estas cuestiones, ¿no cree?

La señora McPherson permaneció callada.

—Gracias —respondió su marido con una sonrisa—. Iré sin falta. ¿A qué hora?

—A las ocho en punto —contestó Dorinda.

—¿Hay que ir de etiqueta? —preguntó McPherson.

—No es necesario —dijo Dorinda—. Profesor Empton, ¡hoy no puede usted faltar! Hace mucho tiempo que no viene a nuestra casa.

—Lo siento de verdad —dijo Roger—, me he enterado demasiado tarde, ya tengo una cita.

Mientras conversaban, avanzaban hacia la escalinata que ascendía, flanqueada de setos, la montaña.

—¡De eso nada! ¡Se haya enterado cuando se haya enterado, tiene que venir! —exclamó Dorinda. Iba caminando detrás de Roger y, de pronto, él sintió una mano que le daba dos palmadas en el hombro. Lleno de repulsión, un leve escalofrío recorrió su cuerpo. Al volverse, comprobó que no se trataba de la mano de Dorinda, sino del echarpe de seda verde musgo que esta llevaba al cuello y que, ondeando al viento del atardecer, le lamía el hombro. Inevitablemente, recordó a Susie en bata de seda blanca, en el balcón de las Mitchell… El crepúsculo sobre el mar y, enfrente, la orilla de Kowloon con su larga hilera de farolas de gas guiñando los ojos, destellantes… Ahora también era la hora del crepúsculo, el momento de descansar, el momento de pensar, el momento de recordarla… Tenía miedo. En cualquier caso, no podía quedarse solo en el hotel. Se dirigió a Dorinda esbozando su mejor sonrisa.

—No tengo mucho de qué hablar con los amigos del profesor Morris; son hombres de letras.

—En efecto —intervino McPherson—, hoy les toca tertulia sobre arte y literatura, y además todos saldrán de allí borrachos, ¿por qué ha elegido usted precisamente este día para su invitación?

Dorinda se echó a reír.

—Si no llegan borrachos, lo estarán cuando se vayan, ¿qué diferencia hay? —dictaminó—. Profesor Empton, tiene usted que venir a ver la pinta que tiene Morris cuando está bebido, ¡es graciosísimo!

Roger reflexionó: si todo el mundo acababa borracho, no parecía tan mala idea.

—Está bien, gracias —dijo—. Iré.

Dorinda llevaba tacones y, sobre las piedras desiguales de la escalera, iba tambaleándose en precario equilibrio. En un momento dado tuvo miedo de caerse y apoyó una mano en el hombro de Roger. Él creyó primero que, de nuevo, era su echarpe, pero luego comprobó que esta vez se trataba de su mano. Nervioso, tendió precipitadamente el brazo a la señora McPherson y se dirigió a su marido.

—Ayude usted a la señora Morris. Está oscuro y podría caerse.

Dorinda no tuvo más remedio que retirar su mano y agarrarse al brazo de McPherson. Los cuatro caminaron juntos hasta una bifurcación. Dorinda y los McPherson regresaron a sus casas por su lado, y Roger bajó solo en coche hasta el hotel, se cambió y, como ya eran casi las ocho, acudió a la cena en casa de los Morris.

El propio Morris y sus contertulios literarios estaban, en efecto, considerablemente ebrios, y durante la recepción siguieron bebiendo. Después de la cena, se reunieron todos en torno al ventilador, con el rostro congestionado y las orejas rojas, arrastrando la lengua al discutir sobre la cuestión de la independencia de la India. A todas luces, no tardaría en salir el tema de la necesidad de «preservar el prestigio de los blancos en las colonias». Roger se apartó discretamente para encender la radio. No imaginaba que el aparato precisara un arreglo: un fragor ensordecedor de poo-po-po… pu-pu-pu… rrrrrrrr… brotó del receptor. Roger lo apagó a toda prisa —clic— y deambuló, con las manos a la espalda, hasta la ventana, frente a la cual había, mirando hacia afuera, un sofá de raso verde cubierto con una esterilla malaya de color jade con motivos florales; encima de ella reposaba una revista abierta en la página de los crucigramas. Roger se inclinó, se sentó en el sofá, sacó su pluma estilográfica del bolsillo interior y se puso a rellenar casillas. En ese momento, se aproximó Dorinda.

—¿Qué hace aquí solo, escondido? —preguntó sonriente.

Roger tuvo la súbita sensación de que su propia actitud narcisista de aislamiento en su torre de marfil tenía algo de vieja solterona, digna y serena en su pulcra castidad; no pudo evitar mostrarse avergonzado. Se apresuró a deslizar la revista bajo el cojín de la derecha, aunque la mitad seguía asomando. Dorinda se dio cuenta enseguida, y se sentó a su izquierda.

—Me encantan estas cosas —dijo—. Vamos, vamos, enséñemelo. Ya lo tendrá casi terminado, ¿no?

Se inclinó hacia él para alcanzar la revista —su cuerpo a la izquierda de Roger, su mano a la derecha—, pero perdió el equilibrio y resbaló levemente, cayendo sobre él. Llevaba un vestido de crepé gris plata muy ajustado y se diría que en el escote tuviera dos pequeñas ardillas retozonas frotando con insistencia las rodillas de Roger. Este se levantó bruscamente, y Dorinda —¡pum!— se fue al suelo. La prioridad de Roger fue volverse a comprobar si alguien en la sala se había fijado en ellos. Afortunadamente, Morris y los demás estaban en plena polémica acalorada, el ventilador zumbaba, alguien había vuelto a encender la radio y, por encima de los po-po-po pu-pu-pu, llegaban los confusos acordes de jazz de la banda del Hong Kong Hotel y una estruendosa salva de ovaciones. Roger, sudoroso, se enjugó la frente; ser visto flirteando con la mujer de Morris delante de sus narices, ¿acaso no habría sido la prueba de que él era un obseso sexual, una forma de confesar sin haber sido obligado a ello, y para colmo con agravante de recidiva?

Bajó la cabeza para ver cómo estaba Dorinda: seguía tumbada boca abajo, inmóvil, aunque él sabía bien que la mujer no se había herido ni mareado. Estaba pensando. Pero ¿en qué? ¿En qué podía pensar esa mujer avara y vulgar? Por espacio de unos segundos, el miedo que le inspiraba esa criatura alcanzó el súmum, el terror a que ella girara la cabeza lo dejó allí clavado, de pie, sin atreverse a moverse ni un milímetro. Finalmente, Dorinda se apoyó en las manos para incorporarse, se sentó en el suelo y reclinó la cabeza en el borde del sofá. Alzó el rostro hacia Roger y lo miró fijamente. En la penumbra de aquel rincón, en su rostro liso y terso, las cejas, los ojos, la nariz y la boca resaltaban como revestidos por la luz, semejantes a las horas de un reloj fosforescente.

—¡No se reprima con tanta dureza, se lo suplico! —dijo en tono bajo, con la voz ligeramente ronca.

Pero ¿cuándo se había reprimido él? No solo no le gustaba Dorinda, sino que ni siquiera ejercía sobre él la menor atracción sexual. No le gustaba esa clase de belleza. Pero ¿cómo podía estar seguro de que no se había reprimido nunca? ¡Cualquiera parecía conocer mejor que él la actividad de su propio inconsciente! Después de haber pasado por experiencias tan inquietantes y vergonzosas, ¿podía tener una vida sexual normal?

—Es peligroso reprimirse demasiado —prosiguió Dorinda—. ¿Sabe cómo murió Frank Timber?

—¡Frank Timber! —dejó escapar Roger—. El marido de Millicent… ¿Ha muerto?

Dorinda se echó a reír.

—¡Se suicidó! —contestó—. Cuando coincidí con él en Tianjin, no encontraba trabajo…

—No encontraba trabajo…

—Y si lo hubiera encontrado, ¿qué? Igualmente habría sido incapaz de disfrutar de la vida. Pobre hombre. Tenía deseos más intensos que los demás, más fuertes que los demás, pero los reprimía constantemente. Al final se volvió un poco loco. ¿Me ha oído, querido? —Alargó una mano y la posó sobre la rodilla de Roger—. Querido, deje de mortificarse.

Roger no había entendido ninguna de sus insinuaciones. Solo unas palabras daban vueltas sin parar en su mente: «Al marido de Millicent lo obligaron a quitarse la vida. ¡Al marido de Millicent lo obligaron a quitarse la vida!».

Sin saber por qué, Roger se sintió de repente inundado por una oleada de paz; inicialmente, era como si se hubiera encontrado en un pequeño cuarto ardiente, con la luz encendida, sin poder dormir profundamente, agitado por las pesadillas, con mosquitos y jejenes arremolinándose alrededor de la bombilla en una masa semejante a una nube de oro verde. Luego, había apagado la luz. Se había hecho la oscuridad, y esta, desde el cuarto, se había extendido hasta los confines del universo, hasta el gran caos original… un lugar donde la ilusión humana, el reflejo de lo divino, no habían dejado rastro alguno, un lugar de inmensa paz y nirvana. El interior y el exterior del cuarto se confundían, las tinieblas del universo lo habían invadido todo.

Sintió un escalofrío, tenía medio cuerpo helado. Dorinda le había agarrado la pierna sin que él se hubiera dado cuenta. Renqueante, se dirigió hacia la salida. Con el inesperado tirón, Dorinda volvió a caer de bruces. Roger atravesó la espesura de invitados, sin saludar siquiera al dueño de casa, y salió de allí. Todos lo miraron con ojos como platos.

—Tampoco ha bebido tanto —dijo Morris moviendo la cabeza sin comprender—, ¿cómo es posible que se haya emborrachado hasta ese punto?

—Que se vaya, mejor —opinó Lambert—. Un tipo así… si bebe mucho, a saber de qué es capaz; y asusta a las damas, la cosa puede acabar mal…

Dorinda, que ya se había puesto de pie, se acercó a los demás y vio el sombrero de Roger encima de una silla.

—¡Si hasta se ha dejado el sombrero! —dijo sonriendo y dándose golpecitos con el dedo en la sien—. ¡Ay, me parece a mí que está cada vez peor, me temo que no tenga cura!

Cogió el sombrero, corrió a la puerta, y vio a Roger delante de la escalinata.

—¡Profesor Empton, eh, su sombrero! —exclamó.

Lo lanzó en vuelo rectilíneo y, sorprendentemente, el sombrero fue a parar precisamente sobre la cabeza de Roger, que no pareció comprender lo sucedido y ni se volvió siquiera; tan solo se detuvo, alzó lentamente las manos, cogió el ala del sombrero, lo ajustó girándolo una y otra vez hasta dar dos vueltas completas y estuvo palpándolo un buen rato antes de considerar que ya estaba bien colocado. Entonces se giró, se quitó de nuevo el sombrero y dirigió a Dorinda una rígida reverencia. La mujer, con los vigorosos brazos cruzados en el pecho, le sonrió encogiéndose de hombros y entró en la casa.

Roger no bajó por la pendiente a buscar el coche para regresar al hotel, sino que cogió el sendero montañoso que conducía a la residencia de los estudiantes. Era el mismo camino que había tomado su esposa cuando huyó en la noche de bodas mientras él corría tras ella llamándola. Le pareció que habían transcurrido siglos desde aquello. Esa también era una noche de luna y, allende las montañas, sobre el mar, flotaban islas negras, y montañas sobre las islas, y allende las montañas, de nuevo el mar y de nuevo las montañas. En la superficie del agua, sobre los riscos de las montañas, en las hojas de los árboles, por todas partes, rielaba un fulgor límpido que semejaba el lamento de una flauta. Y, sin embargo, Roger tenía la impresión de que adondequiera que fuera, encontraría oscuridad. Por el camino, se cruzó con varios grupos de estudiantes, y se llevó una mano al sombrero saludándolos con la cabeza, sin que llegara a ver si ellos le respondían o no. Cabía la posibilidad de que ni siquiera pudieran distinguirlo en las tinieblas. Como un fantasma volviendo a casa para presentarse en sueños, caminó vacilante hasta la puerta de su domicilio, y vio que dentro estaba completamente oscuro. Ni siquiera había luz en las habitaciones del servicio; probablemente, al ver que Roger llevaba tantos días sin volver a casa, los *boys* habían aprovechado el tiempo libre para regresar a sus aldeas a ver a sus familias.

Sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, entró y giró el interruptor. En el corredor colgaban telarañas de polvo. Se quitó el sombrero y lo colgó en el perchero. El espejo del perchero también estaba sucio. Trazó unas rayas con el índice sobre el cristal y luego entró en la cocina. Por alguna razón que ignoraba, un *boy*

había quitado la bombilla de la lámpara; no le quedó más remedio que dejar abierta la puerta y poner agua a calentar en la cocina de gas a la luz del corredor. Mientras el agua iba calentándose en el hervidor, Roger se quedó junto a la cocina, pensando en sus asuntos. Cuando el agua estaba a punto de ebullición, puso la mano sobre el asa del hervidor; sentía el calor en la palma, ascendiendo a bocanadas, y los silbidos ululantes que brotaban de la boquilla, como si hubiera habido allí alguien llorando. Ensimismado, dejó que el vapor alcanzara su rostro, que acabó completamente mojado.

Cuando el agua hirvió, Roger apartó el hervidor del fuego. La llama de gas parecía un enorme crisantemo azul de pistilos negros cuyos largos y finos pétalos se curvaban hacia el centro. Bajó el gas poco a poco; los pétalos fueron acortándose, acortándose, hasta casi desaparecer; solo quedaba un círculo uniforme de dientecillos azules, que a su vez fueron retirándose; pero antes de apagarse por completo, surgieron de nuevo hacia fuera, alargándose de golpe como acerados colmillos de más de cinco centímetros de largo, apenas un instante, antes de que —¡paf!— un fogonazo los redujera a la nada. Roger apagó el gas, cerró la puerta, corrió el pestillo; luego volvió a abrir el gas, pero esta vez no raspó la cerilla para encender el fuego. El característico olor tenue y dulce del gas fue intensificándose, se acentuó, al tiempo que el del incienso en el incensario de Roger comenzó a extinguirse. Los fragmentos de agar se habían consumido, las ascuas se habían apagado, la ceniza estaba fría.

Notas

[1] El carácter *wàn*, 卍, pronunciado igual que *wàn* 萬 (10 000, la infinitud de las cosas de este mundo), es un término y símbolo auspicioso que aparece en el diseño de numerosos objetos y tejidos. En este contexto, no tiene nada que ver con su sentido en la Alemania nazi. *(N. de la T.)* < <

[2] Proverbio de Confucio. *(N. de la T.)* < <

[3] Nombre del vestido chino femenino de origen manchú modernizado y actualizado en las primeras décadas del siglo XX en Shanghai y también conocido bajo el nombre cantonés de *cheongsam. (N. de la T.)* < <

[4] En la tradición China, para señalarse a uno mismo, se señala la punta de la nariz. *(N. de la T.)* < <

[5] Se celebra diez o veinte días después del día de Año Nuevo chino, generalmente en febrero. *(N. de la T.)* < <